

# SANTIAGO

ideas  
crítica  
debate

3 MAY  
2017

SANTIAGO DE CHILE

\$ 3.000 pesos  
chilenos

ISSN 0719-8337

**100 AÑOS DE LA  
REVOLUCIÓN RUSA:**

Los libros más recientes

Entrevista a Liudmila  
Ulítskaya

Documento: conversación  
con Leszek Kołakowski

ENSAYO **La escuela fantasma,**  
por Óscar Contardo

POLÍTICA **Izquierdas,  
capitalismo y confusión,**  
por José Joaquín Brunner



DIRECTOR Carlos Peña  
EDITOR Álvaro Matus  
PERIODISTA Matías Hinojosa

COLABORADORES Milagros Abalo, Lorena Amaro, Sarah Bakewell, Álvaro Bisama, José Joaquín Brunner, Cristóbal Carrasco, Germán Carrasco, Matías Celedón, Óscar Contardo, Evelyn Erij, Federico Galende, Daniela Gaule, Evan R. Goldstein, Rafael Gumucio, Sebastián Ilabaca, Andrea Kottow, Enrique Krauze, Daniel Mansuy, Isabel Mardónez, Marcelo Mellado, Adán Méndez, Rodrigo Olavarría, Gonzalo Peralta, Ana Pizarro, Iván Poduje, Pablo Riquelme, Matías Rivas, Víctor Ruiz, Pablo D. Sheng, Marcelo Somarriva, Patricio Tapia, Gabriel Vergara y Manuel Vicuña.

COMITÉ EDITORIAL

Andrea Insunza  
Cristóbal Marín  
Alan Pauls  
Ana Pizarro  
Matías Rivas  
Héctor Soto  
Manuel Vicuña

Manuel Rodríguez Sur 415, Santiago.  
Ventas: [revistasantiago@mail.udp.cl](mailto:revistasantiago@mail.udp.cl)

DISEÑO Mg estudio  
Impreso en Santiago por Fyrma Gráfica S.A.

[www.revistasantiago.cl](http://www.revistasantiago.cl)

 [revistasantiago](https://www.facebook.com/revistasantiago)

 [santiago revista](https://twitter.com/santiago revista)

 [revistasantiago](https://www.instagram.com/revistasantiago)



**udp** UNIVERSIDAD  
DIEGO PORTALES

# SANTIAGO

ideas  
crítica  
debate

# 3

4	<b>Personaje</b> Svetlana Alexiévich: en la piel del hombre rojo, por Álvaro Matus
6	<b>Plaza pública</b>
8	Notas sobre la escuela fantasma, por Óscar Contardo
15	<b>Lagunas mentales</b> , por Manuel Vicuña
16	Izquierdas, capitalismo, confusión, por José Joaquín Brunner
22	En busca del pueblo perdido, por Daniel Mansuy
24	Una <i>selfie</i> con Churchill, por Marcelo Somarriva
30	<b>Brújula</b>
32	Los nuevos intelectuales estadounidenses, por Evan R. Goldstein
40	La autoridad en tiempos virtuales (o la utopía como un infierno), por Rafael Gumucio
44	Un mundo ocupado, por Cristóbal Carrasco
48	<b>Relecturas</b> , por Marcelo Mellado
49	<b>Pensamiento ilustrado</b>
<b>100 AÑOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA</b>	
50	Las revoluciones de 1917, por Patricio Tapia
58	Entrevista a Liudmila Ulitskaya, por Evelyn Erlj
64	La noche del marxismo, por Enrique Krauze
72	<b>Creación</b> ¡Señor, el existencialismo, qué horror!, por Sarah Bakewell
75	<b>Voces y lecturas</b> , por Matías Rivas
76	Ese extraño sentido del humor, por Germán Carrasco
80	El profesor Vladimir Nabokov, por Rodrigo Olavarría
88	Fernando Pessoa y Ofélia Queiroz: ruptura en prosa, ruptura en verso, por Adán Méndez
94	<b>La historia material de los libros</b> , por Gonzalo Peralta
100	La clase de español, por Milagros Abalo
104	Bares chinos, por Pablo D. Sheng
108	<b>Vidas paralelas</b> , por Federico Galende
111	<b>Críticas</b>
<b>Libros</b>	
<i>Los diarios de Emilio Renzi</i> de Ricardo Piglia, por Lorena Amaro	
<i>La séptima función del lenguaje</i> de Laurent Binet, por Andrea Kottow	
<i>De armas tomar. Vidas cruzadas por el MIR</i> de Soledad Pino, por Ana Pizarro	
<i>Homo Deus: Breve historia del mañana</i> de Yuval Noah Harari, por Gabriel Vergara	
<b>Serie de TV</b>	
<i>Homeland</i> , por Pablo Riquelme	
<b>Cómics</b>	
<i>Los hijos del Topo</i> de Alejandro Jodorowsky, por Álvaro Bisama	
<b>Ciudad</b>	
¿Jane Jacobs o Robert Moses?, por Iván Poduje	
122	<b>Turismo accidental</b> , por Matías Celedón
124	<b>Pensamiento ilustrado</b>



Ilustración: Daniela Gaule

# Svetlana Alexiévich: en la piel del hombre rojo

POR ÁLVARO MATUS

**E**l Premio Nobel de Literatura contribuye a la difusión de una obra muchas veces desconocida, pero pocas veces los ganadores se convierten en escritores leídos en forma masiva. Lo que ha sucedido con Svetlana Alexiévich es raro. Incluso en un país como el nuestro, tan despreocupado por lo que sucede más allá de sus fronteras, los libros de la escritora bielorrusa ingresan al ranking de los más vendidos. Se la lee y se la comenta, en gran medida porque viene a arrojar una luz nueva sobre la Unión Soviética, distinta a la que conocíamos por medio de Joseph Brodsky, Ana Ajmatova o Alexander Solzhenitsyn.

El trabajo de Alexiévich, periodista de 69 años, consiste en dejar hablar. Sí, algo también raro en una época narcisista: rehuir el protagonismo y escuchar, escuchar, escuchar: que el tono, la sintaxis y los matices del lenguaje oral fluyan libremente hasta reconstruir un clima emocional. Mejor, los sentimientos que están detrás de los sucesos. Sus libros se arman a partir de cientos de voces que dan cuenta de sus experiencias particulares bajo la URSS. Es lo que ella llama “el hombre pequeño”, aquel que suele ser una cifra en el gran relato de la Historia y que vivió las victorias y derrotas de la utopía comunista. Todos sus textos, de algún modo, componen un solo libro, el libro del hombre rojo.

*La guerra no tiene rostro de mujer* debió esperar la perestroika para salir a la luz pública, en 1985, y así todo la escritora tuvo que enfrentar

una acusación por “mancillar el honor de la Gran Guerra Patriótica”. Por *Los muchachos de zinc* (1989), sobre la invasión soviética en Afganistán, también debió comparecer ante un tribunal, y desde 1991 Alexiévich estuvo refugiada en Francia, Alemania, Italia y Suecia. No en vano, tras ganar el Nobel dijo que el galardón le permitiría “comprar libertad”, ya que ha sido permanentemente marginada por las autoridades del gobierno ruso (de Putin) y bielorruso (de Lukashenko).

*Los muchachos de zinc*, que es el último libro traducido a nuestro idioma, ejerció un efecto poderoso en la mentalidad de la escritora. Hija de un militar que hasta el día de su muerte perteneció al partido, antes de esa guerra Alexiévich creía, según sus palabras, en el “socialismo con rostro humano”. Incluso ahora, jamás se refiere en forma despectiva a quienes consideran que los argumentos del socialismo siguen en pie. Le duele ver que hoy la división es “entre los que pueden comprar cosas y los que no”. Pero de todos modos, cuando vio a los escolares en Afganistán matando a gente que no conocían y en un territorio desconocido, perdió toda ilusión.

Después vino su libro sobre la tragedia de Chernóbil y *El fin del homo sovieticus*, su trabajo de mayor alcance. Este año, cuando se conmemoran los 100 años de la Revolución Rusa, leer a Alexiévich es como meter la cabeza entre los escombros y ver los efectos psicológicos que el fracaso del comunismo tiene, incluso hoy, en los habitantes de ese imperio desmembrado. **S**



*“En Chile la verdadera gente culta está en los bares; el resto son especialistas”.*

*Raúl Ruiz*



*“El problema de la universidad es que los jóvenes piensan que los van a convertir en artistas, y eso no es así. El artista se hace solo, con esfuerzo, trabajo y paciencia. Por eso hoy abunda el arte de la copia (...). Por eso siempre les digo a los jóvenes que vienen a visitar mi taller que el artista tiene que tener rebeldía, pero también el silencio, la soledad y la perseverancia son fundamentales para encontrar un camino propio. El ser humano se hace solo, pero el artista aún más”.*

*Federico Assler, escultor*



*“No hay que obligar a la gente a ver cultura. Si a la gente le gusta la cultura, le gusta. Si no, no le gusta. Ver cultura no es bueno ni malo (...). No creo que la gente necesite cultura. No sé si es un bien para la sociedad”.*

*Rodrigo Danús, creador de S.Q.P.*



*“¿Qué es el matrimonio, a fin de cuentas? Nunca lo he sabido muy bien. Y ahora es la muerte lo que no entiendo”.*

*Lucia Berlin, cuentista*



*“Si un partido político se atribuye el mérito de la lluvia, no debe extrañarse que sus adversarios lo hagan culpable de la sequía”.*

*Dwight Whitney Morrow,  
político y empresario  
estadounidense*

*"No he conocido detenidos desaparecidos en Cuba ni casos de torturas a la escala que ocurrieron en Chile. No existe eso en Cuba. Comparar con la dictadura de Pinochet es una ofensa gratuita, sin ningún asidero".*

*Guillermo Teillier, diputado y presidente del Partido Comunista*

*"Nosotros éramos rebeldes mirando a América Latina. Pero hoy día ser rebelde no tiene esa dimensión, no tiene ese eco ni esa proyección, por eso los rebeldes hoy día operan al interior de colectivos, de grupos chicos por causas locales y con mucha interacción entre ellos mismos. La rebeldía hoy tiene un continente espacialmente menor, teóricamente no es universal sino que mucho más restringida, más local, más identitaria".*

*Gabriel Salazar, historiador*

*"Yo recuerdo cuando los partidos los daban por TV abierta en los 90 y aun cuando eran menos los partidos televisados, todos teníamos acceso a eso. Deberíamos avanzar en esa dirección, un mecanismo parecido. Y lo otro que da rabia es la exclusividad sobre los goles, que finalmente hagan una parafernalia en algunos noticiarios para ver los goles el domingo es realmente una lata, y ver cómo se privatiza la pasión".*

*Gabriel Boric, diputado*

*"El texto es incomprendible: debe tratarse del catálogo de una exposición".*

*Will Gompertz,  
crítico de arte británico*



# Notas sobre la escuela fantasma

Si bien la dictadura de Pinochet agudizó la crisis de la educación pública al implementar la municipalización, el copago y al alejar por completo a la clase media de las escuelas y liceos, los sucesivos gobiernos democráticos fortalecieron esa visión al incentivar un sistema que prometía un acceso a colegios con "gente como uno". Pero como lo revela este ensayo, las huellas de la desigualdad y la discriminación vienen de mucho antes: ascender socialmente siempre ha estado ligado al acceso de un espacio minoritario y excluyente, como los liceos emblemáticos o los diversos experimentos educativos asociados a la caridad.

POR ÓSCAR CONTARDO

**H**ace un par de años la Biblioteca Nacional lanzó el primer libro de una nueva colección de su editorial. Era una antología que reunía la obra de más de 80 poetas chilenos vivos. En el programa figuraba como encargado de presentar el libro el ministro de Educación, que en ese momento era Nicolás Eyzaguirre. Sin embargo, él no llegó y en su reemplazo habló la subsecretaria. La sala estaba repleta. Había público de pie por los pasillos. La subsecretaria habló, pero en lugar de aludir a la obra que se presentaba o a la tradición poética chilena, leyó un discurso sobre la manera en que el gobierno buscaba reformar el sistema educacional. Estaba perfectamente articulado para una campaña de difusión, pero escucharlo en esas circunstancias resultaba incómodo: habló de políticas públicas, de proyectos de gobierno, pero no dijo ni una palabra sobre la obra que los convocaba. Era una autoridad explicándole a un grupo de escritores (la mayoría de ellos educados en liceos) lo que significaba avanzar en la gratuidad universitaria. Pensé que solo a mí me estaba molestando lo que escuchaba, hasta que en mi teléfono apareció el mensaje de un amigo que estaba en la misma sala.

“¿Por qué habla de eso?”, leí en la pantalla.

Ese amigo era escritor, profesor, hijo de profesores y ex alumno de la educación pública. Mi respuesta fue algo así como “esto es absurdo”. Supuse que se trataba de un discurso tipo, una especie de resumen de uso recurrente que,

sin importar la audiencia, se repite una y otra vez en diferentes ceremonias, pero que dicho en esas circunstancias revelaba un síntoma de la fractura sobre la que se estaba construyendo la idea de una nueva reforma a la educación:

extirpada de toda tradición cultural, rendida a los expertos económicos y carente de todo sentido de la historia.

La subsecretaria parecía hablar sobre el podio de la economía. Desde allí era imposible zurcir el ámbito de los números, las cifras y las declaraciones políticas con el significado de que la Biblioteca Nacional editara un libro como ese.

Parecía como si las autoridades no pudieran dar cuenta de un paisaje cultural que, por lo demás, estaba fuertemente vinculado a la escuela pública como una institución forjada durante el siglo XX, que había sido fundamental en la construcción de un horizonte común a la cultura chilena. El discurso que escuché esa tarde parecía estar hecho para un

grupo de apoderados de algún colegio privado, el mundo al que pertenecía gran parte de los expertos a cargo de la reforma y también el de los líderes universitarios de las movilizaciones de 2011.



Desde que comenzó la llamada revolución de los pingüinos en 2006, los periodistas escuchamos una y otra vez el relato de una crisis que era descrita como si se tratara de la agonía de

**El discurso de la subsecretaria revelaba un síntoma de la fractura sobre la que se estaba construyendo la nueva reforma a la educación: extirpada de toda tradición cultural, rendida a los expertos económicos y carente de todo sentido histórico.**

un animal que se desangraba, producto de las palizas que fue recibiendo durante décadas. Un recuento de azotes y llagas que arrancaban en dictadura con la reforma a las universidades de 1981, continuaba con la municipalización en 1986 y la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza de 1990, y remataban en democracia con la sostenida disminución de alumnos matriculados en las escuelas públicas, gracias a las políticas de los gobiernos de la Concertación. Sobre lo que había ocurrido antes de la dictadura, poco y nada. Aquel era un tiempo sin testigos, una nebulosa que nadie quería explorar.

Durante las largas jornadas de tomas de 2006, la televisión mostraba imágenes de las escuelas de comunas lejanas al centro de Santiago; salas de clases derruidas, baños en estado miserable y grupos de escolares (niños y niñas) organizándose para enfrentar algo que los sobrepasaba. Era el rastro más material de la crisis. Pero había otro que no se podía grabar con una cámara. Una herida invisible que atravesaba la manera en que la población percibía la educación pública en su vida cotidiana, más allá de los grandes discursos políticos.

¿Y cómo era percibida?

Del mismo modo en que se juzga lo indeseable: liceo y escuela eran palabras que debían evitarse, que podían manchar un currículum y tensar una conversación. “Liceo con número” se transformó en una frase hecha para señalar aquello que marcaba de manera definitiva la

calidad de una persona. Surgieron bromas sobre la manera en que ese pasado (haber estudiado en esa dimensión oscura) podía definir a alguien, la manera en que sería tratado y las posibilidades que tendría. Egresar de un liceo y lograr una carrera profesional era una rareza que incluso merecía una nota en alguna sección del diario, como algo insólito que merecía ser registrado. Lo habitual era que quienes lograban cierta notoriedad pública, hablaran de su colegio de origen con orgullo. Así lo hizo un empresario en una revista cuando fue elegido Sebastián Piñera: nos recordó que era un ex alumno del Verbo Divino quien entraba a La Moneda, había que enorgullecerse. En otra columna, la escritora Diamela Eltit mostraba la otra cara, cuando describía un incidente callejero sin mayor importancia de no ser por el insulto que recibió: un hombre joven la llamó “rota de escuela municipal”.

La educación pública había alcanzado el rango de grosería, algo que se usa para ofender. Nadie parecía querer hacerse cargo de este hecho. La única manera de relacionarse con el desastre parecía mostrar que había dinero disponible para lograr que la educación fuera gratis.

El lema con el que arrancó la reforma educacional propuesta por el segundo gobierno de Michelle Bachelet fue económico (fin al lucro, gratuidad universitaria), y así se sostuvo hasta decaer en energías; en gran medida ese lema no se profundizó ni amplió, porque quienes tenían el poder de hacer los cambios no

**Liceo y escuela eran palabras que debían evitarse, que podían manchar un currículum y tensar una conversación. “Liceo con número”, se transformó en una frase hecha para señalar aquello que marcaba de manera definitiva la calidad de una persona.**

**Solo algunos (los privilegiados) estarán en la tranquilidad de la cumbre o sus alrededores; a la gran mayoría lo que le corresponderá hacer será imitar los modos de quienes tienen el poder y evitar ser confundido con quienes vienen más abajo.**

contaban con las herramientas para elaborar una propuesta más densa que una glosa presupuestaria: la educación pública no era parte de su historia. Pudo haberlo sido para algunos (como en el caso de la Presidenta Bachelet o Ricardo Lagos), quienes solían recordar su paso por el Liceo 1 o el Instituto Nacional. Sin embargo, a la hora de educar a sus hijos, eligieron colegios privados. La escuela pública quedaba circunscrita en su biografía a un pasado nostálgico que se invocaba cada tanto, como quien muestra credenciales de calle que servían para contentar al electorado.

Recuerdo haber entrevistado en La Moneda a Rodrigo Peñailillo mientras fue ministro, antes de caer en desgracia. Él se había convertido en una especie de símbolo del político que había escalado desde un liceo en Coronel hasta lograr un lugar en el corazón del poder político nacional. Cuando le pregunté si su hija estudiaría en una escuela pública, no titubeó: “Ella no... tal vez mis nietos”, respondió.



En 2014, durante el lanzamiento de un libro sobre enseñanza escolar escrito por un grupo de expertos, Nicolás Eyzaguirre, el ministro de Educación encargado de poner en marcha la reforma, hizo algunas declaraciones que provocaron asombro. Aseguró que más allá de la preocupación por la educación demostrada a través de las marchas, él no “sentía” que el país tuviera plena conciencia del tema. Para ilustrar su punto dijo lo siguiente: “Las familias son seducidas por ofertas de colegios ingleses

que solo tienen el nombre en inglés y que por 17 mil pesos le ofrecen al niño que posiblemente el color promedio del pelo va a ser un poquito más claro (...). Una cantidad enorme de supercherías que nada tienen que ver con la calidad de la educación”.

Aunque luego se disculpó, la frase era desconcertante. El ministro hacía referencia en su discurso a un sistema (el del copago) instalado y defendido por los gobiernos en los que él había participado en altos car-

gos. No se trataba de un capricho de las familias llevar a sus hijos a esos colegios; era lo que las políticas públicas estaban impulsando. La broma de Eyzaguirre, además, estaba cargada de un profundo desprecio de clase que aludía a elementos raciales (el color del pelo), instalando el tema en una zona peligrosa y ofensiva. Era el ministro de Educación quien aparecía ejerciendo un tipo de crueldad muy propia del privilegiado que, frente a su incapacidad de entender un mundo que le resulta ajeno, traduce los datos de la realidad a su propio alfabeto: esta gente elige colegio como quien elige un champú que le promete ser rubio, esta gente no solo es ignorante, también es arribista.

Cuando las familias matriculaban a sus hijos en colegios de nombres estrambóticos, lo que hacían era huir del despeñadero y el descrédito que prometía el mero hecho de estudiar en una escuela con número. Las familias atendían a las políticas gubernamentales que desde la dictadura apuntaban a un solo mensaje: la educación pública (como la salud pública, como el transporte público) es el foso en el que caen los pobres, aquellos que no son dignos de respeto, los destinados al fracaso.

**La municipalización y el copago no crearon la segregación, solo la agudizaron al provocar un colapso de la educación pública que, conforme avanzaba el siglo XX, había contribuido a crear esa estrecha franja demográfica llamada clase media.**

Era un mensaje que se fundió rápidamente con la tradición de jerarquías sociales heredadas de la Colonia (las mismas que el ministro usó para burlarse), en donde la cuna y el origen (racial y de clase) marcan el lugar que mantendrán las personas durante toda su vida. Solo algunos (los privilegiados) estarán en la tranquilidad de la cumbre o sus alrededores; a la gran mayoría lo que le corresponderá hacer será imitar los modos de quienes tienen el poder y evitar ser confundido con quienes vienen más abajo.

Ese terreno escarpado, como la pendiente de un farellón, existía antes de la dictadura y de las políticas neoliberales. El Instituto Nacional tenía durante las primeras décadas del siglo XX jornadas diferenciadas para niños de familias de clase alta y el resto. No se topaban. Tal como en el *apartheid* sudafricano, el mensaje era: un mismo país, varios destinos según la clase de pertenencia. Algunos colegios religiosos mantienen ese espíritu hasta hoy, con colegios diferenciados según el barrio.

En ese sentido, la municipalización y el copago no crearon la segregación, solo la agudizaron provocando un colapso de la educación pública que, conforme avanzaba el siglo XX, había contribuido a crear esa estrecha franja demográfica llamada clase media. La escuela y el liceo les abrieron camino a muchos, pero había diferencias siderales que la escuela no podía suplir cuando la desnutrición infantil superaba el 30% y los niños se morían de tifus.

La mitificación del experimento de integración llevado a cabo en el colegio Saint George de Santiago durante la Unidad Popular no solo es un síntoma de lo extraordinario que resultaba el hecho de que estudiantes pobres

y estudiantes de clase alta compartieran una misma sala, sino también una manera de rendirse frente a los límites de la educación pública para lograr acortar la brecha entre los más privilegiados y los más pobres. Lo que quedaba era la beneficencia, la buena voluntad.

Aquel episodio, recreado en la película *Machuca*, subrayaba la relevancia de las redes familiares y de clase para acceder a una enseñanza considerada de cali-

dad. En la película, la salvación no está en el liceo de origen de los muchachos pobres (el que nunca vemos), sino en su incorporación al espacio de los privilegiados. Por defecto, la película *Machuca* recuerda que la historia de la escuela pública en Chile es un relato fantasmal. Una historia que se nos escabulle y fragmenta en tesis de historia y pedagogía sobre períodos específicos o instituciones puntuales. Lo que tenemos, en general, son retazos que conocemos por recuerdos familiares o por la biografía de personajes extraordinarios que alcanzaron notoriedad: Gabriela Mistral, Amanda Labarca, Pablo Neruda y esa brillante generación del Internado Barros Arana encabezada por Luis Oyarzún. Más que un mero escalón para subir una pendiente rumbo a la cima, la educación pública había logrado instalarse como un espacio de convivencia, un salón no tan amplio como para acoger a la muchedumbre, pero sí lo suficientemente espacioso como para cultivar los talentos de quienes venían de sitios ajenos a los privilegios habituales. La prosperidad no era solo un asunto de ingreso monetario, sino algo más complejo y espeso de sentido. Significaba una



Pixabay

propuesta de futuro y también un lugar de convivencia, debate y creación. Eso le dio prestigio a la escuela pública y al conjunto de instituciones que la sostenían: el Pedagógico, la Escuela Normal, la Universidad de Chile.

Luego del golpe de Estado, la escuela pública fue transformándose en una expresión en desuso, algo que la dictadura vertiginosamente se encargó de desmontar del paisaje. Acabó con las escuelas normales, transformó el Pedagógico de la Universidad de Chile en una institución menor bajo control policial y traspasó a los municipios (la mayoría pobres) la responsabilidad de las escuelas de su área. El gran logro del proyecto educacional de la dictadura fue alejar a la clase media de las escuelas y liceos, fundir el pavor por el

**Matricular a un niño en un colegio se ha transformado en una carrera de obstáculos feroz, en donde los padres y los hijos son puestos a prueba en su forma de vida, ingresos y creencias.**

desprecio social (ser considerados parte del pueblo llano) que caracteriza a esos sectores, con la oferta de un nuevo sistema que los alejaría de los pobres y les prometía un acceso mayor a la universidad. Ese proyecto fue alegremente fortalecido por la democracia.

❖

Durante los últimos años las autoridades políticas han ensayado metáforas sobre la educación. Imágenes que remiten a las reformas que han intentado llevar a cabo. Esas imágenes evocan una y otra vez la idea de una competencia deportiva. Hablan de “emparejar la cancha” y de ponerles o sacarles los patines a los estudiantes, en una retórica deportiva que pone el acento en individuos aislados que deben ver a los otros



La brillante generación del Internado Barro Arana: Jorge Millas, Hermann Niemeyer, Luis Oyarzún y Nicanor Parra.

como rivales frente a los que hay que sacar ventaja. Todo el sistema parece volcado a esa idea. Matricular a un niño en un colegio se ha transformado en una carrera de obstáculos feroz, en donde los padres y los hijos son puestos a prueba en su forma de vida, ingresos y creencias. El ideal de educación pública, en tanto, lo encarna un puñado de instituciones de Santiago que tienen como principal sello la selección de los mejores, un certificado de distinción al que puede acceder un porcentaje minúsculo del total de los estudiantes chilenos, pero que aun así acapara mayor preocupación de los medios y los políticos que todo el conjunto de las escuelas y liceos del país.

En el concepto de “liceo emblemático” se concentra un entramado de ideas sobre la educación pública que es utilizado como un talismán de poderes sobrenaturales que impide pensar más allá

**En el concepto de “liceo emblemático” se concentra un entramado de ideas sobre la educación pública que es utilizado como un talismán de poderes sobrenaturales que impide pensar más allá de las cifras y montos de dinero. La principal virtud que se ostenta es la capacidad de seleccionar, de separar a los alumnos con los atributos requeridos de aquellos destinados al fracaso.**

de las cifras y montos de dinero. La principal virtud que se ostenta es la capacidad de seleccionar, de separar a los alumnos con los atributos requeridos de aquellos destinados al fracaso. La meta es figurar en una lista de honor que los certifique como formadores de puntajes nacionales. ¿Qué se hace con el resto? No importa. El mensaje oficial nos indica que la única manera de lograr respeto es mantener asociado el prestigio al ámbito de lo exclusivo y excluyente. La escuela pública ya no más como un lugar de encuentro, debate y convivencia, sino como un estado de alerta individual, que obliga a reconcentrarse en la necesidad de escalar en dirección a una cima estrecha, poblada por el éxito de unos pocos. Un triunfo que descansa en el fracaso de la mayoría. ●

# Dios está en las farmacias

POR MANUEL VICUÑA

Me lo topé por casualidad. Sigo considerándolo un hallazgo. Es un libro de formato pequeño, de tan pocas páginas y escritor tan recóndito, que parece destinado al olvido. El autor es Henri Roorda, profesor de matemáticas, suizo, nacido en 1870. El título: *Mi suicidio*.

Roorda escribe con impasibilidad y ligereza. Todo revuelto hasta dar, en los mejores pasajes, con el gusto del desencanto sin rastros de amargura. Vividor, sabe que los placeres añorados ya no están a su alcance. Ha envejecido sin haber tomado los resguardos para compensar el declive de la energía. Mala cosa para un hombre ajeno a la virtud burguesa del ahorro. Y aficionado al derroche como gesto aristocrático. “El individuo que no tiene disposición para los trabajos forzados cuenta con un recurso: marcharse”. *Mi suicidio* es una nota de despedida y una defensa de la autonomía del individuo frente al chantaje moral de la sociedad y del Estado.

Roorda habla de su desencanto a la vez que registra su proceso de desasimilamiento. Corta amarras con oraciones breves y filosas. Para su entorno no era un misterio lo que preparaba. ¿Qué le habrán dicho los amigos? Intentaron ayudarlo a repechar el desgano. Entiendo que hijos no tenía. Siempre he pensado que los hijos son quienes nos mantienen atados a la vida. No hay que estar desesperado para matarse; a veces basta con el tedio, una temporada de insomnio y el chispazo de un momento propicio. Sorprende cuánta gente se suicidaba en el pasado. La depresión mortal, antes de los avances de la industria farmacéutica, era un mal corriente. Más corriente que ahora, al menos. Perdí la cuenta de las biografías y memorias que evocan una fosa común donde se apilan cadáveres de suicidas. En la década de 1890, Émile Durkheim exploró la idea del suicidio como síntoma de una sociedad en desbandada, marcada por la sensación de aislamiento.

Hoy Dios está en las farmacias (no en las iglesias), transubstanciado en píldoras blancas, azules y rosadas. Atrás quedó el tiempo en que a uno lo mandaban a darse duchas frías, guardar cama, evitar las emociones fuertes y comer alimentos livianos. Antidepresivos, Antipsicóticos, Estabilizadores del Ánimo, no nos dejen caer en la tentación y líbrennos del mal. El melancólico sin medicación vive con la soga al cuello. Con un nudo en la garganta, me tocó hacer de chaperón de familiares asaltados por la idea del suicidio. Escondí corbatas, medicamentos y cuchillos. Me desperté de golpe en mitad de la noche, alarmado por la sensación de haber descuidado a mi protegido. Me pasé semanas cortando el paso hacia balcones de departamentos encumbrados, atento a la cuenta regresiva para el despegue anímico de los antidepresivos. En esa época,

nada me irritó tanto como una señorita aleccionándose sobre la conveniencia de reemplazarlos por menjunjes naturales y terapias exóticas. Eso es dejarle la presa servida a la muerte.

Escribo este librito, dice Roorda, “para protestar de antemano contra la severidad con que seré juzgado”. Los suicidas suelen recibir la condena de los vivos, ejecutada *in absentia*, como antes se hacía con los prófugos de la justicia. De la aprobación del asunto por los antiguos romanos queda poco o nada; el consejo de Séneca (el sabio vive mientras debe, no mientras puede) nos resulta tan remoto como el consumo ritual de carne humana. La ceremonia del *seppuku* y el fervor del kamikaze arrojado en picada contra los portaviones de EE.UU., solo hacen pensar en el mandato de una ética marciana. La mala prensa del suicida ha tenido como principales promotores a los teólogos cristianos. Vendría a ser un sacrilego que dispone de la vida que Dios le ha dado y que solo Dios puede arrebatarse. Llama la atención la resistencia a juzgar a los mártires y a Cristo como suicidas encubiertos, gente que abraza la muerte sin tener necesidad de hacerlo.

Quién no sabe de padres que se vuelan los sesos, de hijas que se abren las venas, de hermanos que se cuelgan en las buhardillas y de madres intoxicadas con un cóctel de pastillas. Quién no ha escuchado su condena aduciendo el egoísmo salvaje de sus actos finales. Se entiende: el suicida puede abandonar el mundo haciendo estallar una bomba de racimo cuyas esquirlas dejan inválidos en el camino. No es tan raro el suicida como emisario de una mente retorcida motivada por el deseo de venganza. Es el destino del resentido cósmico. Se ancla en el lugar de la víctima, alega contra el mundo que ignora sus cualidades superlativas y solo le prodiga agresiones gratuitas; redacta cartas o graba videos de desagravio, preocupado por congraciarse con la posteridad; toma un arma de asalto, entra a un colegio y mata indiscriminadamente, antes de pegarse un tiro. Una versión aun más intrigante del asunto: el líder de la secta que impone el suicidio colectivo a sus seguidores.

Todo suicida es un autor, alguien que relata una historia aun cuando prescinda de las palabras. Equivocadamente, pensamos la nota del suicida como un género íntimo, una escritura reservada a la lectura de una sola persona o, a lo más, de un reducido círculo de elegidos. Durante el siglo XVIII, en Inglaterra, los suicidas mandaban cartas de despedida a los diarios. Eso sí que es exhibicionismo con talento publicitario. ¿Y los mudos? También narran al modificar el recuerdo de sus vidas, en adelante contadas como preludios de ese acto final, que no concluye la historia, solo la reorganiza. **S**

# Izquierdas, capitalismo, confusión

La incompreensión para entender las "variedades de capitalismo" que coexisten en todo el mundo, sería una de las principales causas que explican la desorientación de los movimientos de izquierda, incluidos los chilenos. Se confunde capitalismo con neoliberalismo, individuación con individualismo posesivo y esfera pública con Estado, reclama el autor de este ensayo, quien también critica que "las izquierdas condenan a los mercados sin entender su rol en la coordinación de las sociedades capitalistas, igual como exaltan el rol del Estado sin percatarse de sus fallas y de los riesgos del panoptismo".

POR JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER



Getty Images

“Las crisis son esenciales para el desarrollo del capitalismo. Es en el curso de las crisis del capitalismo donde las inestabilidades se confrontan, se reestructuran y se reorganizan para crear una nueva versión del propio capitalismo”.

David Harvey, *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism* (2014)

**E**n todas partes, las izquierdas parecen estar confundidas. Sucede en España y Turquía, en los países de América Latina y de la Unión Europea, en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y en los emergentes regímenes surgidos de la primavera árabe.

Lo mismo ocurre en casa, dentro y entre las diversas corrientes de izquierda: liberal-socialismo, socialdemocracia en sus vertientes ortodoxa y de tercera vía, socialismos tradicionales, de cátedra, comunismo, izquierdas alternativas o antisistémicas, anarquistas de variada índole. Su mera fragmentación muestra, desde ya, el desorden ideológico que se ha instalado.

Para entrar en materia, conviene preguntarse en qué ha consistido el espacio de izquierdas durante el corto siglo XX.

Se han ensayado diversas explicaciones para la contraposición de izquierdas y derechas en el espacio simbólico de la política. Así, por ejemplo: cambio versus conservación, innovación frente a tradición, igualdad y jerarquías, emancipación y estatus, y así por delante. En su clásico estudio sobre la estructuración de este espacio, Bobbio divide las aguas en torno a la línea que separa el valor de la igualdad frente al de la diferencia. Sostiene que “el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad”. De modo que, “por una parte están los que consideran que los hombres son más iguales que desiguales, por otra los que consideran que son más desiguales que iguales”. Dos autores le sirven para representar

el ideal igualitario y el no igualitario; Rousseau y Nietzsche, respectivamente. En términos histórico-sociales concretos, las izquierdas lucharían por remover las condiciones que generan desigualdad y los obstáculos que impiden a la igualdad avanzar.

Pero, claro, Bobbio no era un utópico ni un igualitarista; más bien, un realista moderado de izquierda democrática. Por eso, concluye, “la primera vez que una utopía igualitaria entró en la historia, pasando del reino de los ‘discursos’ al de las cosas, dio un vuelco para convertirse en su contrario”. Tempranamente reconoció el fracaso del comunismo. Y su pensamiento permite poner en cuestión que la izquierda sea siempre igualitaria y, menos aún, libertaria, emancipatoria, innovadora o progresista. Por el contrario, puede ser perfectamente de derechas: autoritaria, jerárquica y conservadora de sus propios privilegios estamentales.

Hasta hoy, sin embargo, la izquierda comunista latinoamericana (la chilena incluida) elude reconocer el fracaso histórico de la URSS y el bloque soviético. No analiza cómo la utopía desembocó en el Gulag, los revolucionarios se convirtieron en nomenclatura ni cuál es el significado de estas mutaciones para el pensamiento de izquierda. Tampoco ha podido explicar cómo en vez del anunciado desplome del capitalismo, el que desapareció fue el socialismo real, científico o comunismo. Ni por qué este se fue *not with a bang, but with a whimper*. O sea, consumido por sus propias contradicciones, aplastado bajo el peso de su propia burocracia, asfixiado por la falta de libertades elementales y de un bienestar social y democrático.

## Presente contradictorio

Efectivamente, ni la intelectualidad seguidora de Marx desde la cátedra universitaria ni los partidos inspirados por él lograron captar en profundidad el carácter revolucionario, dinámico, expansivo y radicalmente innovador (destrutivo-creador) del capitalismo. Marx mismo, en tanto, lo retrató con mayor lucidez y fuerza literaria que ningún otro pensador de su época, quizá con excepción de Max Weber. ¿Quién no recuerda aquellas frases que exaltan el poder transformador del capitalismo?

Transformación material primero que todo: “La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas. La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social”.

Transformación de las instituciones y la cultura, en seguida: “La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario. Dondequiera que se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. (...) Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás”.

En realidad, es una astucia más de la historia que mientras en nuestras latitudes se esperaba el estruendo del colapso final del capitalismo, y nadie siquiera avizoraba la consunción del socialismo real (comunismo) y la caída del muro de Berlín, lo que de verdad estaba ocurriendo era la

globalización de los mercados y, a la sombra de ellos, la universalización del capitalismo. Hoy se halla sólidamente asentado en el continente de la revolución cultural de Mao bajo la dirección del Partido Comunista (¡qué paradoja!) y en el heroico Vietnam (de mi generación).

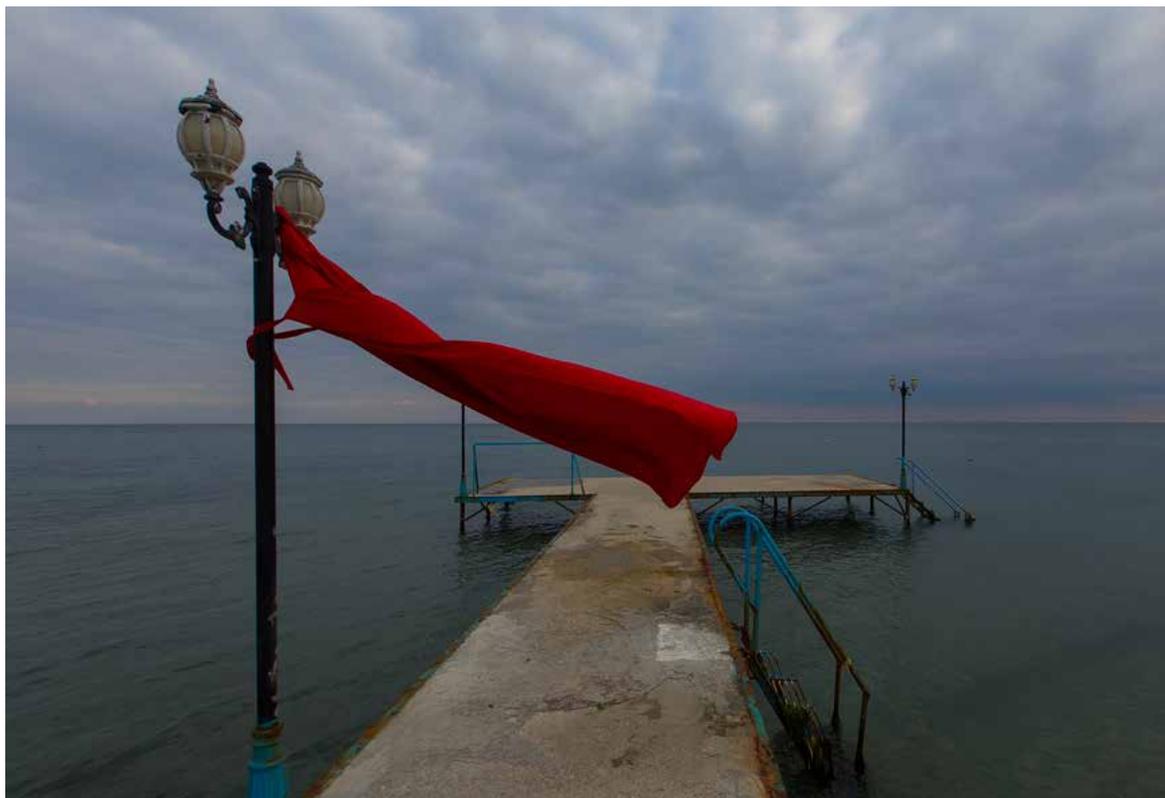
Con todo, hasta ahora les resulta difícil a nuestras izquierdas –tradicionales y nuevas– entender el dinamismo del capitalismo y su diversidad de modelos; lo que se conoce como “variedades del capitalismo”. La razón es conocida: flojera intelectual, por un lado; por el otro, una tendencia a sustituir el análisis por la censura o repulsa moral. Así, el malestar ideológico frente al capitalismo se traslada al juicio político. Este a su vez reemplaza a la teoría; mas no por una praxis transformadora de la realidad sino por la declamación retórica.

## Futuro sin fin

En América Latina, los últimos años han sido particularmente ricos en ese tipo de confusiones.

El análisis del capitalismo y sus contradicciones es superficial, incluso dentro de la izquierda de cátedra. Se confunde capitalismo con neoliberalismo, individuación con individualismo posesivo y esfera pública con Estado. El mayor desbarajuste sobreviene cuando las izquierdas necesitan ajustar cuentas con la tesis decimonónica del desplome del capitalismo y se ven obligadas a aclarar su perspectiva intelectual sobre la sociedad después de ese supuesto Big Bang socioeconómico y cultural.

Ni siquiera se interesan nuestras izquierdas –incluso su estamento académico– por el debate sobre las contradicciones del capitalismo (a la Daniel Bell y P. Anderson) o sobre el fin del capitalismo como proceso de larga duración, según sugiere Wolfgang Streeck, por ejemplo. En efecto, su hipótesis es que el capitalismo terminará por autodestruirse en razón de los excesos del mercado, con la mercantilización del trabajo, la naturaleza y el dinero.



Shutterstock

De hecho, hay una interesante literatura que gira en torno al fin del capitalismo. Por ejemplo, G. Roth, en la huella de Weber, se pregunta si acaso en el largo plazo la democracia es compatible con el capitalismo avanzado, perspectiva que podría fácilmente integrarse con el actual debate sobre la emergencia de nuevas formas de capitalismo autoritario en países tan diversos como China, Ecuador o Hungría. Se plantea entonces la pregunta: ¿fin del capitalismo o de la democracia?

Por su parte, Craig Calhoun, intelectual habermasiano de Estados Unidos, actual director del London School of Economics (LSE), especula que el fin del capitalismo no ocurrirá como una catástrofe nuclear, un fin del mundo. Más bien, resultaría de una crisis de las estructuras que soportan al capitalismo global y hasta debería anticiparse por la posibilidad de que traiga consigo una sociedad más humana, integrada e igualitaria. Sin embargo, dice Calhoun, este proceso envuelve riesgos también. Y recuerda a sus lectores cómo los intentos de comienzos del siglo pasado por crear alternativas anticapitalistas –fascismo y comunismo– terminaron sepultados en los campos de exterminio.

## Revolución que no fue

También la revolución de 1968, que tantas esperanzas levantó entre los jóvenes de entonces y nos hizo imaginar que estábamos a las puertas de un cambio de época y de una nueva cultura, terminó en su contrario. En vez de poner en jaque al productivismo, al complejo militar-industrial, al hombre unidimensional de Marcuse, a la burocracia, a las macro organizaciones, al imperialismo y al colonialismo, dio un inesperado y decidido impulso a la racionalización de la producción capitalista. Es decir, abrió las puertas hacia una nueva fase de innovaciones, productivismo, despliegue de mercados y hacia la cultura posmoderna.

Como señala Immanuel Wallerstein, influyente representante de la neoizquierda académica, no llevó a la transformación política del sistema-mundo sino a reponer la vieja encrucijada política frente al capitalismo: o seguir al espíritu de Davos o invocar al espíritu de Porto Alegre (aquel del Foro Social Mundial que en 2001 reunió a los movimientos antiglobalización). El propio Wallerstein reconoce que también el alma de Porto Alegre se halla dividida. Por un lado, afirma, están los que desean transitar hacia la nueva sociedad construyéndola

desde abajo, horizontalmente, maximizando los debates y la búsqueda de consensos entre personas y grupos con orígenes e intereses diversos. Intentan superar el colapso del capitalismo, al que identifican como una crisis de civilización. Y rechazan el objetivo del crecimiento económico continuo, sustituyéndolo por unos balances racionales que conduzcan a más democracia e igualitarismo. Algo parecido piensa nuestra neozquierda autónoma en sus vertientes movimientista, de cátedra y de frente amplio. Por otro lado, indica Wallerstein, están quienes insisten en una política de cambio mediante el empleo vertical del poder, con predilección a través de la organización de un partido y con énfasis en el crecimiento económico para poder distribuir beneficios. Esto es, algo más parecido –en cierto sentido– a nuestro PC y al modelo de desarrollo (socialismo del Buen Vivir) del Presidente ecuatoriano, Rafael Correa.

En suma, si la primera versión de este espíritu revolucionario resuena más con la izquierda antisistema, la segunda resulta compatible con una variedad de capitalismo de izquierdas, presididos por un fuerte Estado que buscaría sustituir la anarquía del mercado por un plan racional.

## Lógica de mercado

Un motivo adicional de la relativa impotencia del pensamiento de izquierda radica en su rudimentaria comprensión de los mercados. Esta resulta a ratos ahistórica, como si no hubiese existido Braudel; a veces trivialmente economicista, dejando de lado la literatura desde Adam Smith hasta D.C. North, Pierre Bourdieu y Neil Fligstein; por momentos carece de cualquier tensión moral, olvidando a Max Weber y sus múltiples referencias políticas, religiosas y éticas de los mercados; o bien le falta penetración cultural, desconociendo que ya los primeros críticos conservadores del mercado, como Justus Möser (1720–1794), conocían su poder transformador y destructor de la cultura establecida.

Marx previó de inmediato dicho poder, al constatar que la competencia había hecho brotar

“como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte [que] recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró”. De allí precisamente arranca aquella metáfora del capitalismo de mercado que lo representa como el producto de un pacto entre el hombre moderno por excelencia, el empresario de Marshall Berman, con aquellos espíritus de abajo –fuerzas diabólicas– que prometen la transformación continua del mundo en una carrera schumpeteriana cada vez más acelerada. Es la escena que el Fausto de Goethe imagina en lo alto de un acantilado al observar, embriagado, la infinita potencia productiva del trabajo humano que su contrato con Mefistófeles inaugura.

Mientras diversas disciplinas de las ciencias sociales descubren el poder “fáustico” del mercado –para hacer circular bienes, ideas, valores y seres humanos; para socavar tradiciones y consumir naturaleza; tender redes alrededor del globo, hibridizar culturas y transformar entornos–, la izquierda local lo acusa de faltas morales. Desconoce que Max Weber había constatado hace ya más de un siglo que “el mercado, en plena contraposición a todas las otras comunidades que siempre suponen confraternización personal y casi siempre parentesco de sangre, es en sus raíces extraño a toda confraternización”. Pues el mercado no repara “más que en la cosa, no en la persona, (y) no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad”. Dicho de otra forma, las izquierdas condenan a los mercados sin entender su rol en la coordinación de las sociedades capitalistas, igual como exaltan el rol del Estado sin percatarse de sus fallas y de los riesgos del pantoftismo. Mantienen la secreta esperanza de que los mercados podrían suprimirse y la sociedad, la economía y la cultura, gobernarse exclusivamente con los medios propios del Estado.

Sería sorprendente, sin embargo, que el siglo XXI pudiera salvarse del capitalismo recurriendo a una receta del siglo XX que ya probamos y de cuyo naufragio aún no nos reponemos. ●



# En busca del pueblo perdido

Las aproximaciones críticas a la obra de la Concertación han estado dominadas por argumentos abstractos y construcciones teóricas de dudosa viabilidad práctica (el caso más patente, aunque no el único, es el de Fernando Atria). Varios artículos de *La gran ruptura* ponen la mirada en un lugar distinto: antes de pensar en la marcha de la historia y en el reino terrenal de la fraternidad, invitan a preguntarse con qué fuerzas efectivas cuenta la izquierda para dar las batallas que vienen.

POR DANIEL MANSUY

El libro colectivo *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI* constituye un genuino esfuerzo por pensar la crisis que afecta a nuestro país desde hace algunos años. Como todo libro colectivo, es irregular, pero arranca de un diagnóstico compartido por los autores: los consensos de los 90 produjeron una creciente distancia entre las aspiraciones sociales y los partidos políticos llamados a canalizarlas. En esta observación hay una nostalgia algo paradójica: el regreso a la democracia indujo una desmovilización de la vitalidad social construida en dictadura. En ese sentido, la transición conllevó una sensible baja en el activismo político, y esa baja estaría en el origen del desacople actual.

Pero hay más. La vuelta a la democracia habría acentuado el proceso iniciado con las políticas económicas de los militares y, sobre todo, sus consecuencias sociales. Las antiguas clases se desagregaron y se dispersaron, volviendo muy difícil la reconstitución de sujetos sociales activos, capaces de encarnar resistencia efectiva frente a la amplia dominación de los mecanismos de mercado. La modernización capitalista habría operado un cambio brutal en la configuración general de la sociedad, atomizando hasta el extremo el tejido social. Allí residiría la causa de nuestra perplejidad: somos cada vez más conscientes de la gran ruptura entre política y sociedad, pero carecemos de los instrumentos necesarios para reducir esa brecha, pues no

hay sujetos sociales constituidos como tales, con la fuerza necesaria para forzar un cambio de rumbo.

El argumento es interesante por varios motivos. El primero es que aporta una comprensión novedosa a nuestra situación, que está más bien ausente del debate público. En efecto, las aproximaciones críticas a la obra de la Concertación han estado más bien dominadas por argumentos abstractos y construcciones teóricas de dudosa viabilidad práctica (el caso más patente, aunque no el único, es el de Fernando Atria). Varios artículos de *La gran ruptura* ponen la mirada en un lugar distinto: antes de pensar en la marcha de la historia y en el reino terrenal de la fraternidad humana, quizás cabe preguntarse con qué fuerzas efectivas cuenta la izquierda para dar las batallas que vienen. Hay un intento por recuperar las viejas categorías marxistas, que no por olvidadas han perdido toda su pertinencia: mientras no haya reconstitución de sujetos sociales activos, no habrá resistencia posible al capitalismo. Dicho de otro modo: no hay revolución sin pueblo. El libro, desde luego, no llama a la revolución ni nada semejante, pero sí se pregunta por las condiciones de posibilidad de una izquierda digna de ese nombre. Y aquí no valen tanto los razonamientos solipsistas como una aproximación sociológica honesta respecto de lo que ocurre en Chile.

El segundo mérito del libro es saber poner el acento en los efectos sociales del imaginario capitalista (los artículos de Emmanuelle Barozet y de Carlos Ruiz Encina son particularmente lúcidos al respecto). El tipo de capitalismo impuesto en Chile no es solo, ni principalmente, un sistema económico de asignación de recursos, sino que constituye, sobre todo, un sistema de referencias culturales muy profundas, que modelan el conjunto de la vida social. Naturalmente, como los defensores del sistema suelen padecer la ilusión de que es un régimen axiológicamente neutro, tienen dificultades para percibir este aspecto. Si se quiere emprender una crítica radical al capitalismo, es indispensable fijarse en este aspecto antes que en las cuestiones meramente económicas: no hay nada más revolucionario que el mercado, y quien crea que se trata de un modelo conservador y patriarcal, cae en una ilusión tan tierna como descaminada. Para lo que interesa acá, el mercado como agente cultural puede individualizar hasta el punto que hace desaparecer la categoría misma de clase social. Esto se

ve muy claramente en la extrema diversidad de los movimientos sociales, que presentan una colección variadísima de reivindicaciones, que no solo muchas veces son incompatibles entre sí, sino que además remiten a adscripciones individuales más que a una consideración global de nuestros problemas. ¿Cómo lograr, en esas condiciones, la emergencia de algo así como un pueblo con conciencia de ser tal? ¿No es este desafío aún más difícil que aquel formulado por Lenin en su célebre escrito *Qué hacer?*

Aunque algunos artículos del volumen diagnostican bien esta situación, me temo que no son capaces de llevar su crítica hasta el final. Aunque vislumbran la naturaleza del problema, no dan el paso decisivo, porque su crítica a ciertas manifestaciones capitalistas no es todo lo radical que exige la naturaleza del fenómeno. Como lo ha explicado una y otra vez Jean-Claude Michéa, el liberalismo cultural encarna una dimensión esencial del capitalismo contemporáneo, pues comparte el mismo supuesto antropológico que provocaba los conocidos sarcasmos de Marx (¡robinsonadas!). Esa es, me temo, la piedra de tope de buena parte de la izquierda chilena, que suele adherir alegremente el liberalismo cultural sin percibir que se trata de una pieza fundamental del mismo sistema que critican (buena parte de la derecha comete, por cierto, el error simétrico). Por lo mismo, su ímpetu movilizador termina esterilizado y fragmentado por demandas particulares relativas a derechos individuales que, al final, radicalizan el movimiento del mercado. El (re)encuentro del pueblo con la izquierda —como tan dolorosamente lo muestran Trump y el éxito de los populismos europeos— pasa por comprender cuán alejadas están las categorías liberales (y cosmopolitas) de representar a ese pueblo. Dicho de otro modo, no hay resistencia posible sin un reconocimiento previo de las comunidades y de ciertas tradiciones. Fuera de ese cuadro, la búsqueda (y la lucha) seguirá siendo vana. 



---

**La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI**

---

Manuel Antonio Garretón  
(coordinador)

---

LOM, 184 páginas

---

\$8.000

---



**Una selfie  
con Churchill**

Hay muchísimos libros sobre el célebre político británico y a cada rato aparece uno nuevo sobre algún aspecto de su extensa vida pública o privada. Se han detallado sus hábitos de comida y bebida, incluyendo los famosos puros, sus dificultades financieras, su impresionante oratoria y su extraordinario sentido de la oportunidad. Ahora además se incluye la serie *The Crown* y un libro –*El factor Churchill* de Boris Johnson– que parece llegar más lejos que ninguno, al señalar que Churchill fue capaz por sí solo de cambiar el rumbo de Inglaterra y que su legado ha inspirado, ni más ni menos, que al Brexit.

POR MARCELO SOMARRIVA

**A**l comienzo de *El factor Churchill*, Boris Johnson se lamenta de que el nombre y la obra de Winston Churchill estén en peligro de ser olvidados o imperfectamente recordados, aunque la verdad es que se trata de dos asuntos bien distintos: no es lo mismo olvidar algo que recordarlo de manera equivocada. Es difícil comprobar si Churchill ha sido olvidado, pero es todavía mucho más complejo lograr que la gente lo recuerde de la manera como uno quiere. Hay algunas encuestas extrañas. En Inglaterra, el año 2002, la mayoría de los consultados sostuvo que Churchill era el británico más grande de todos los tiempos, y según Johnson una encuesta más reciente sugirió que para la mayoría de los jóvenes británicos Churchill era el nombre del bulldog que aparecía en una propaganda de seguros. Hoy la popularidad de Churchill parece haber vuelto a subir; por lo menos podemos verlo en la televisión, especialmente en la serie *The Crown* (Netflix), representado por el actor norteamericano John Lithgow, que a pesar de ser demasiado alto para encarnar a este gigante que no pasaba del metro 70, ha logrado revivir para una nueva audiencia los rasgos característicos de Churchill al final de su vida, convertido ya en una especie de monstruo sagrado. Ahí están su humor característico, el eterno puro en la boca, el vaso de whisky al

alcance de la mano y toda la grandeza y pequeñez de este estadista. Considerando que la primera temporada de esta serie gira en torno a la relación de discípula y mentor que sostuvieron la veinteañera reina Isabel II y este experimentado político septuagenario, el éxito podría atribuirse al carisma del entonces primer ministro.

Como sea, Churchill es una figura histórica muy controvertida, que dividió la opinión de sus contemporáneos de una manera que hoy tal vez parezca inaudita, considerando su extraordinario papel en la Segunda Guerra Mundial. Pero cuando Churchill volvió al poder en 1940, tenía ya 65 años y una carrera con puntos altos y otros muy bajos. Hoy existe un consenso casi unánime en reconocer que Churchill fue visionario al comprender de manera cabal la naturaleza del peligro que significaba la Alemania nazi. El mejor Churchill, parafraseando lo que dijo en uno de sus discursos, afloró en la peor hora de Gran Bretaña, cuando supo aprovechar sus extraordinarias habilidades políticas y comunicacionales para liderar a su nación en un momento desesperado.

El mito de Churchill y todo lo que este supone (pugnacidad, oratoria inflamable y el símbolo de la “v” de victoria con dos dedos) se formó después de esta guerra y proyecta una densa sombra sobre su turbulento pasado. Este mito es tan fuerte que incluso los estudiosos más acuciosos de su vida,

como Roy Jenkins, sucumbieron a él. Es descorazonador terminar las mil páginas de su notable biografía, con tendinitis en la mano luego de sostenerlas por una semana entera y encontrarse en la última página con que el autor ha dejado de ser un biógrafo para adoptar una pose de Dios que dictamina que entre todos los primeros ministros de la historia británica, Churchill ha sido el mejor espécimen. Algo similar pasa con Andrew Roberts, para quien el político es el hombre más grande de la historia. Lo más desconcertante es que son estos mismos libros los que demuestran el grado de controversia que Churchill despertó en su tiempo.

Boris Johnson no necesita de muchas presentaciones: periodista y político, fue ex alcalde mayor de Londres por dos períodos y hace poco lideró la campaña de la opción por el Brexit, que triunfó el año pasado, acontecimiento que según él será recordado como el día de la independencia para los británicos. Histriónico, ingenioso y colorido, Johnson incluso les cae bien a algunos de sus rivales políticos, aunque son ahora sus antiguos compañeros los que le tienen más bronca. Es probablemente el político británico más famoso del momento y en ambas orillas del Atlántico ha sido ungido como una versión británica de Donald Trump, lo que no es un elogio. Johnson y Trump comparten el estatus de celebridades políticas, lo que equivale a decir que son famosos porque son famosos y no por alguna obra o gestión pública en particular. No obstante Johnson, a diferencia de Trump, además de ostentar un pelo rubio auténtico, tiene una carrera política concreta (no exenta de polémicas) que lo ha llevado a ser mencionado como candidato a primer ministro por el partido tory. Churchill es su héroe y no le interesa indagar en su mito ni en la forma como este opera, lo suyo es hagiografía con mayúsculas.

Hay muchísimos libros sobre Churchill y a cada rato aparece uno nuevo sobre algún aspecto de su extensa vida pública o privada. Entre los últimos, se han escrito estudios sobre sus hábitos de comida y bebida, incluyendo los famosos puros, y sobre sus finanzas personales, siempre apuradas para costear esos y otros hábitos opulentos. Desde muy joven, Churchill escribió para costear sus gastos y lo que pudo

parecer una opción poco prudente funcionó bien. Sus primeros escritos, antes de iniciar su carrera política, fueron como corresponsal de guerra en diferentes frentes a fines del siglo XIX, donde mezcló labores militares y periodísticas, y exhibió un inquietante entusiasmo por exponer su vida en la línea de fuego.

Con los años, sus gastos se multiplicaron y su escritura se volvió una verdadera industria editorial en la que trabajaba, junto a él, un equipo de secretarios y asesores o investigadores. Churchill siempre andaba con un séquito detrás, que incluía uno o más taquígrafos o taquígrafas que tomaban notas de sus palabras. La mayor parte de sus libros, excepto una novela y un par de biografías de sus ancestros, se refieren a su propia vida y al papel que ocupó en los asuntos públicos, especialmente en la guerra, algo que lo obsesionó la vida entera. Con su humor (o cinismo) característico, una vez dijo que el pasado era mejor dejárselo a la historia, sobre todo si esta iba a escribirla él mismo.

Boris Johnson sostiene que Churchill hizo la historia torciendo el curso de los acontecimientos históricos con su voluntad. El “factor Churchill” según él, desmentiría a los historiadores marxistas que sostienen que la historia sería el resultado de fuerzas sociales o económicas anónimas, y no de la influencia de los grandes hombres. Pero no hay que ser necesariamente marxista para considerar que la historia es una sutil y compleja interacción entre estas fuerzas y la actividad de hombres y mujeres individuales; y que Churchill, por grande que fuera, no era una excepción.

Los estudiosos han establecido una especie de lista oficial de los reproches que perjudicaron severamente su reputación. Son varios, todos graves, terribles incluso. Entre ellos se mencionan sus instrucciones de reprimir manifestaciones populares de mineros, obreros y mujeres sufragistas mediante la fuerza pública; la decisión de restablecer el patrón oro a partir de 1925 y sus diversos errores de juicio en las dos guerras mundiales, especialmente la célebre catástrofe de Gallipoli en 1915. A esto se añaden su virulenta oposición a las demandas de la India por su independencia y el bochornoso papel que tuvo en la polémica por la abdicación



de Eduardo VIII. Estos últimos incidentes provocaron su caída del poder en 1936, iniciando una de sus épocas más sombrías, donde como él mismo dijo, estuvo “a la intemperie”.

Johnson revisa sumariamente cada uno de estos casos, actuando como defensor y juez, y midiendo la incidencia que en cada uno de ellos tuvo su famoso “factor Churchill”. Los resultados son variables y no siempre satisfactorios para su héroe, pero aquí claramente la visión histórica del gran hombre hace agua y prueba que es mucho más razonable admitir que la responsabilidad de Churchill, tanto en sus éxitos como en sus caídas, pudo haber sido compartida con otros, y que su mente y voluntad no eran inmunes a motivos o circunstancias que no pudo manejar.

Para destacar este factor Churchill, Johnson simplifica acontecimientos complejos, donde los historiadores han tenido mayor cuidado de entregar visiones más balanceadas. La visión que entrega de las negociaciones del Gabinete de Guerra en mayo de 1940, cuando el gobierno tomó la decisión de seguir la guerra solos, es muy simplificada. Su representación de un Churchill que con valentía se enfrenta a la pusilanimidad y cobardía de Neville Chamberlain

y Lord Halifax es una caricatura, que no refleja la complejidad de la situación y los estudios históricos recientes han atenuado los juicios rotundos que hace Johnson.

La reputación de Churchill sufrió por su oportunismo político y los políticos de su tiempo le objetaron su falta de lealtad a consecuencia del espectacular zigzag que hizo en los inicios de su carrera, cuando se pasó del partido conservador al liberal, manifestando su total repudio por su antiguo partido, al que luego volvió algunos años más tarde.

Jenkins sugiere que él no era hombre de partidos, sino que más bien de clubes o coaliciones. Johnson, sin embargo, lo reclama como patrimonio exclusivo de los tories, quienes según él lo consideran tan propio como los ciudadanos de Parma sienten suyo el queso parmesano. Esta afirmación es llamativa, no solo porque compara a Churchill con un queso, sino también porque pasa por alto que la relación de los tories con él no fue siempre tan afectuosa. Un detalle curioso de la reputación póstuma de este parmesano es que algunos de los primeros en rayarla fueron políticos de su propio bando, como Robert Rhodes James y Alan Clark. Johnson parece tener algo con el queso o con la leche: al describir

**Fue un verdadero maestro con el idioma inglés y manejó la oratoria como una eficaz arma política, pero las ideas no parecían importarle demasiado; alguna vez dijo que no se preocupaba tanto de los principios que defendía en sus discursos como de la impresión que sus palabras producían en el público.**

la situación de Churchill en 1940, descalifica a los tories más rancios como monos comedores de Stilton, un famoso queso azul inglés, que era por lo demás, según dicen, el queso favorito de Churchill. Más adelante sugiere que los principales detractores de su héroe siempre han sido los laboristas y los pusilánimes liberales de izquierda, cuyo paladar es demasiado sensible para tragar al despasteurizado Churchill.

Hay algo cansador en la forma como Johnson celebra la incorrección política de su homenajeado, como un supuesto antídoto contra la blandura de la política actual. Su insistencia en esto resulta candorosa después de que Trump pateara con tanta fuerza el tablero donde se establecían los límites de lo que un político podía hacer o decir. Leyendo a Boris Johnson, da la impresión de estar recibiendo una larga perorata por una de esas personas que al hablar te toman del antebrazo y te disparan un poco de saliva.

Si Churchill no fue un hombre de partido, tampoco podría decirse que fue un hombre de ideas políticas. Fue un verdadero maestro con el idioma inglés y manejó la oratoria como una eficaz arma política, pero las ideas no parecían importarle demasiado; alguna vez dijo que no se preocupaba tanto de los principios que defendía en sus discursos como de la impresión que sus palabras producían en el público. Johnson hace un encomiable intento por definir ideológicamente a su héroe, a quien su individualidad y patriotismo mantenían a salvo de las divisiones entre izquierda y derecha. Churchill, dice, “tenía

una especie de semi-ideología” que luego define como “un conservadurismo de izquierdas, imperialista, romántico, pero situado al lado del trabajador”. Todo un ornitorrinco ideológico, y es fácil entender por qué exasperó a sus correligionarios y detractores.

Johnson se topa de frente con esta ambigüedad ideológica cuando trata de usar a Churchill para avalar su posición respecto de la relación de Gran Bretaña con la Unión Europea. El lector, en tanto, se topará de frente con las mañas de Johnson. Churchill está en el corazón mismo del debate sobre la actitud de Gran Bretaña frente a la Europa unida, porque fue uno de los primeros promotores de lo

que hoy se conoce como Unión Europea en sus intervenciones políticas para garantizar la paz y la estabilidad del continente después de la guerra. El problema es que su posición respecto de la situación de Gran Bretaña ante el escenario continental fue extremadamente ambigua y osciló entre definiciones ideológicas y soluciones pragmáticas. Johnson escoge las palabras de Churchill que justifican su propia postura, pero el problema es que entre las numerosas intervenciones públicas suyas sobre este asunto, hay material suficiente para justificar a eurófilos y euroescépticos por igual. El punto es precisar debidamente los contextos de estas expresiones y ser medianamente honestos. Al exponer las opiniones de Churchill, Johnson no mencionó al Consejo de Europa que él contribuyó a formar en 1949, seguramente porque no le convenía. Es claro entonces que Johnson usó este libro como

parte de su campaña del Brexit, ya que los argumentos que expuso aquí son los mismos que usó más tarde en un manifiesto publicado en la prensa, donde la figura del ex primer ministro aparecía como el principal argumento. Lo curioso es que los partidarios de la opción contraria hicieron lo mismo, y la figura de Churchill fue rostro de ambas campañas.

Para Johnson, Churchill no solo encarnó el “espíritu de Gran Bretaña” durante la guerra donde según él se volvió la imagen viva de John Bull, ese personaje de caricatura creado a principios del siglo XVIII para personificar la posición británica frente a la Europa católica, sino que fue el emblema del carácter británico. Según Johnson, los atributos clave de este carácter serían el gran sentido del humor, la propensión a los excesos en la comida y la bebida, la excentricidad, una belicosidad ocasional, la irreverencia dentro de un respeto por la tradición y cierta propensión a los juegos de palabras. Las mitologías del carácter nacional nunca tienen mucho sentido más allá de las campañas políticas y en el contexto multicultural británico actual, esto parece totalmente absurdo. La imagen aristocrática y carnavalesca del carácter británico que propone Johnson parece venir directamente de alguna de esas fabulosas caricaturas de Gillray, Rowlandson o Cruikshank de finales del siglo XVIII y del período de la regencia. Es muy distinta de la definición del carácter inglés que propuso el novelista E.M. Forster en un famoso ensayo de los años 20, donde observó que este era un asunto de clase media, de hombres grisáceos y taciturnos, “que actúan rápido pero sienten desprecio”.

Esta personificación del carácter británico se parece sospechosamente a un político rubio, robusto, de aspecto desgarbado, de lenguaje florido, divertido a ratos y proclive a la autoparodia. ¿Adivina quién?

Cuando Johnson nos dice que Churchill “fue toda su vida un *showman*, extravertido, teatrero,

cómico”, queda perfectamente claro que el retrato que está haciendo de Churchill es una manera de contemplarse a sí mismo y proyectarse ante el público de manera indulgente, y convencerlo de que su personalidad y lo que muchos consideran sus defectos, son los rasgos esenciales del carácter británico. Al elogiar la excentricidad de Churchill, su humor, su individualismo desenfrenado y todos sus excesos oblicuamente, se exalta a sí mismo como el líder natural de una nación. Nos queda claro cuál es para Boris Johnson la manera correcta de recordar al héroe: sacarse una *selfie*. 

### BORIS JOHNSON



### EL FACTOR CHURCHILL

UN SOLO HOMBRE CAMBIO EL MUNDO DE LA HISTORIA

Manda cultura

#### El factor Churchill

Boris Johnson

Alianza, 496 páginas

\$31.500



### CHURCHILL

Roy Jenkins

Los mejores momentos en caricaturas

Arthur Lillington, ed.

#### Churchill

Roy Jenkins

Península, 1.136 páginas

\$38.000



#### The Crown

Netflix

Creador: Peter Morgan

Primera temporada: 2016

### Las apuestas (y las deudas) de Netflix

Por un momento se pensó que Netflix cumpliría la fantasía de tenerlo todo ahí, a la mano. La historia y la actualidad. El cine con minúscula y el con mayúscula. Pero no. La oferta decepciona a cualquier cinéfilo. No hay películas de John Ford, Orson Welles, John Cassavetes, Fellini, Bergman, Rohmer... Y en el cine más reciente, ni siquiera están las que han sido premiadas en los últimos festivales de Berlín, Cannes o Venecia. Evidentemente, algo hay: un Hitchcock por aquí, un Scorsese por allá... pero la apuesta de Netflix decididamente va por el lado de las series de TV y el documental. En este último género, destaca *Lo and Behold*, lo nuevo de Werner Herzog, quien aborda distintos aspectos de internet; *La sal de la tierra*, película en que se repasa la carrera del fotógrafo brasileño Sebastião Salgado; y *Life Itself*, un entrañable trabajo en torno al crítico norteamericano Roger Ebert.



### 1967, el año que marcó la historia del rock & roll

Mientras el pop y la electrónica se consolidan como los géneros de mayor arraigo en el siglo actual, el rock ha perdido la presencia que tuvo en décadas pasadas, alejándose de la programación de las radios y los rankings. Hace exactos 50 años, el cuadro se presentaba distinto. Considerado como el mejor año en la historia del rock & roll, en 1967 apareció el *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de Los Beatles. Guitarras, bajos y baterías buscaban recrear experiencias trascendentales y sicodélicas, como lo demuestran otros discos aparecidos ese mismo año: Pink Floyd sacó *The Piper At The Gates Of Dawn*, The Doors su disco homónimo y *Strange Days*, Jimi Hendrix *Are You Experienced?* y Velvet Underground su debut, *The Velvet Underground & Nico*.

### Jacques Audiard debuta en Hollywood

Para 2018 está programado el estreno de la primera película en inglés del director Jacques Audiard, que con películas como *Un profeta* y *De óxido y hueso* se constituyó en punta de lanza del cine francés actual. El ganador de Cannes debutará en Hollywood con la adaptación de *Los hermanos Sisters*, novela que fue publicada en español por el sello Anagrama en 2013. Aunque todavía se conocen pocos detalles de la producción, tres actores de alto perfil ya han sido confirmados como parte del elenco: Jake Gyllenhaal, Joaquin Phoenix y John C. Reilly. El guion, a cargo del propio Audiard, toma lugar durante la llamada "fiebre del oro", narrando la clásica historia del gato y el ratón: contratados por un magnate y aspirante a político, los hermanos Charlie y Eli Sisters se embarcan en un viaje por California para eliminar al buscador de oro Hermann Kermit Warm. Esta será la octava cinta del realizador francés, quien además de recibir la Palma de Oro en Cannes en 2015 por *Dheepan*, ha sido nominado al Oscar a mejor película extranjera por *Un profeta*.





### Las raíces de Bauman

Esta es la entrevista que Zygmunt Bauman concedió a la revista *Thesis Eleven* antes de hacerse conocido por su idea de la modernidad líquida. Hasta ese entonces, su libro más famoso, el que lo sacó de los círculos estrictamente sociológicos, era *Modernidad y Holocausto* (1989), donde planteaba que el Holocausto no era un accidente ni una desviación, sino una consecuencia de la modernidad occidental. La entrevista –que gira en torno a este tema y a la necesidad de la sociología de conectar con las personas comunes y corrientes por medio de un lenguaje claro– fue con el psicólogo y teórico social alemán Harald Welzer, mayormente conocido por su libro *Guerras climáticas*, y el sociólogo australiano Peter Beilharz, editor de *Thesis Eleven* y autor del libro *Zygmunt Bauman. Dialectic of Modernity*.

### Roger Federer: el milagro más resplandeciente del tenis

Para David Foster Wallace, los héroes desprenden una luminosidad misteriosa que va más allá de la costumbre de ganarlo todo. Es lo que proyecta el jugador suizo que, a los 35 años, salió campeón en el último Abierto de Australia, su Grand Slam número 18, en una final memorable en la que derrotó a su archirrival, Rafael Nadal. No sabemos qué diría Foster Wallace sobre este partido, pero sus magníficas reflexiones sobre tenis –y sobre Federer en particular– están recogidas en su libro *El tenis como experiencia religiosa*. Se trata de un regalo, de una fiesta, del escritor que mejor ha tratado este deporte.

### Hollywood y el sexo: entre la represión y la libertad

Cuando en 2015 se estrenó *Cincuenta sombras de Grey*, sobre un *affaire* de dominación y sumisión entre un empresario y una estudiante, el crítico Nicholas Barber, de la BBC, escribió: “¿Es un melodrama psicosexual o una comedia romántica cursí? ¿Es *Atracción fatal* o *Pretty Woman*?”. Antes del estreno mundial de *Cincuenta sombras más oscuras*, segunda parte de la saga, publicamos este artículo que recuerda los permanentes forcejeos de Hollywood con la moral y analiza por qué la industria se ha vuelto más conservadora que en los años 80 y 90.

### Las huellas de Ángel Parra

Ser “el hijo de...” nunca es fácil, pero Ángel Parra logró forjar una historia propia y poderosa, llena de canciones, discos, libros e historias con otros músicos. Su rastro está desperdigado en la cultura latinoamericana, como muestra este artículo que repasa sus discos y canciones fundamentales, así como los encuentros con músicos que lo marcaron.



### Lo que tantas personas no entienden de la clase obrera estadounidense

A la luz de los resultados en las elecciones estadounidenses, a los demócratas se les escapa que ser trabajador no significa ser pobre, sino de clase media. Y este sector, que es mayoritariamente blanco y que mira con resentimiento a los que están abajo, esperaba que la economía fuera el centro del debate. “Lo que ellos quieren”, escribe Joan C. Williams, “son trabajos estables y de tiempo completo, que entreguen una sólida vida de clase media al 75% que no tiene un título universitario. Trump promete eso”.

# Los nuevos intelectuales estadounidenses

El movimiento Ocupa Wall Street en 2011 trajo algo más que un renovado interés por la economía política. Surgieron medios y escritores que están refrescando el debate público en EE.UU. Tienen menos de 40 años, al igual que sus predecesores de principios del siglo XX son de izquierda, saben que la carrera académica los relegará a la intrascendencia y escriben en revistas como *Jacobin*, *n + 1* y *The Point*. Su principal motor es la crítica al neoliberalismo.

POR EVAN R. GOLDSTEIN

Una noche de esta primavera, el Instituto de Humanidades de Nueva York organizó una reunión para discutir acerca de los “nuevos intelectuales públicos”. Frente a una sala repleta, sentados en una mesa rectangular, había tres ejemplares de esta raza ascendente: Nikil Saval, coeditor de *n + 1*; Sarah Leonard, editora senior de *The Nation*; y Jon Baskin, coeditor de *The Point*. Todos tienen menos de 40 años, no siguen carreras académicas y forman parte integral de lo que los organizadores del evento calificaron de “renacimiento en el periodismo cultural”.

Es una afirmación notablemente optimista, especialmente cuando se compara con el retorcerse de manos que típicamente acompaña al hablar de los intelectuales públicos en Estados Unidos, quienes parecen estar siempre en acto de desaparecer. Los pocos que quedan palidecen en comparación con las mentes casi míticas que

recorrían las calles de Nueva York en las décadas de 1930 y 1940, cuando los alquileres eran baratos, las polémicas eran duras y la política era radical. O así dice la sabiduría convencional. ¿Qué pasó? Los intelectuales que no podían sobrevivir como escritores independientes se hicieron profesores. En la década de 1960, quedaban pocos intelectuales que no fueran académicos. El carerismo y la especialización abrieron gradualmente un abismo entre los intelectuales y el público. La enérgica prosa de Edmund Wilson e Irving Howe cedió, a mediados de los 90, a la complicada teoría de género de Judith Butler y las reflexiones de estudios culturales de Andrew Ross.

Si un renacimiento intelectual está en marcha, el catalizador ha sido la avalancha de pequeñas revistas que han aparecido en la última década más o menos: *Jacobin*, *Los Angeles Review of Books*, *The New Inquiry*, *n + 1*, *The Point*, *Public Books*. Al mismo tiempo, las publicaciones más



David Marcus



Peter Frase

antiguas, como *Dissent*, han sido rejuvenecidas; revistas inactivas, como *The Baffler*, han sido resucitadas. James Livingston compara el momento actual con las primeras décadas del siglo pasado, cuando revistas como *The Dial*, *The New Republic* y *Modern Quarterly*, reorientaron la vida intelectual en EE.UU. “Entre 1900 y 1930, esas pequeñas revistas definieron el canon literario y elaboraron todas estas ideas sobre cómo reformar el mercado”, dice Livingston, profesor de historia en la Universidad de Rutgers en New Brunswick. “Fue un tiempo increíble de fermento intelectual. Nuestra época es similar en que todos saben que tenemos que hacer algo radical”.

Como sus predecesores de principios del siglo XX, los nuevos intelectuales públicos de hoy están, de manera casi uniforme, en la izquierda. Gran parte de ellos alcanzó la mayoría de edad en los años 80 y 90, un período marcado por el triunfo del capitalismo pos Guerra Fría y la sensación de que las grandes preguntas habían sido resueltas. En la medida en que comparten una agenda política, ella es desafiar el neoliberalismo. Cuando la economía casi colapsó en 2008, abrazaron las críticas marxistas y estructuralistas. En 2011 se precipitaron a la bandera de Ocupa Wall Street. Los dos meses que duró el campamento de Ocupa en el distrito financiero de Nueva York representaron una de las experiencias más esperanzadoras y significativas de sus vidas (la primera

vez que las cosas parecieron estar en juego política e intelectualmente).

Muchos de los nuevos intelectuales son, o fueron hasta hace poco, estudiantes de posgrado. Llegaron al campus mucho después de que sus profesores y los profesores de sus profesores se hubieran retirado de la esfera pública, alejando a la izquierda académica de la izquierda política. La política del campus había suplantado la política más grande. Bruce Robbins, profesor de literatura en la Universidad de Columbia y un destacado combatiente en las escaramuzas del PC de los años 80 y 90, mira hacia atrás esa época con pesar. “A veces siento como si hubiera tirado 10 años de mi vida luchando las guerras culturales”, dice. Los nuevos intelectuales, añade, han iniciado una conversación más sustantiva. Samuel Moyn, que era un estudiante de posgrado en los años 90 y ahora es profesor de derecho e historia en la Universidad de Harvard, describe a su generación como pasiva: “Nunca estuvo la idea de que pudiéramos o debiéramos llegar a un público más amplio”, dice, señalando que los estudiantes de posgrado hoy no asumen tal postura. “Esta es una generación que rechaza la vocación de mero erudito”.

En su libro de 1987, *The Last Intellectuals*, Russell Jacoby sostuvo que la generación de escritores y críticos que llegaron a la conciencia política en los años 60 fue absorbida por la universidad y desapareció de la vida pública, precipitando

“una retirada de la energía intelectual del dominio más amplio a una disciplina más estrecha”. Para Jacoby, las implicaciones eran terribles. “La correa de transmisión de la cultura (la manera inefable por la cual una generación mayor pasa no solo su conocimiento, sino sus sueños y esperanzas) está amenazada”, escribió. “Los intelectuales más jóvenes están ocupados y preocupados por las exigencias de las carreras universitarias. A medida que la vida profesional crece, la cultura pública se hace cada vez más pobre y más vieja”.

Treinta años después, ese proceso muestra signos de estar revirtiéndose. Los intelectuales más jóvenes no ven la academia como un refugio. La ven como una institución en crisis. Nunca han conocido un mercado de trabajo académico saludable o una época en la que las humanidades no estuvieran en una actitud defensiva.

Pero a medida que la vida académica se deteriora, la cultura pública se hace más rica y más joven. Evan Kindley, editor sénior de *Los Angeles Review of Books* y profesor visitante del Claremont McKenna College, argumentó el año pasado en *PMLA*, la revista de la Modern Language Association, que la crisis de contratación ha debilitado los incentivos para producir estudios revisados por pares. La energía intelectual que en una época anterior iba a llenar un currículum y tratar de conseguir un trabajo con nombramiento y trayectoria está ahora, para una pequeña pero influyente camarilla, siendo canalizada hacia el debate público. “La estructura de recompensa de la vida académica se ha desmoronado”, dijo a la multitud en el Instituto de Humanidades de Nueva York, el coeditor de *n + 1*, Nikil Saval, quien tiene 33 años y un doctorado en literatura de la Universidad de Stanford. “Muchos de los estudiantes de posgrado son como... ¿por qué debo participar en esto? Y escriben para los lugares que quieren”.

Y están encontrando una audiencia, ayudados por las redes sociales y las bajas barreras de acceso que ofrece internet. *Jacobin*, por ejemplo, una revista anticapitalista radical que comenzó en un dormitorio de la Universidad George Washington en 2010, tiene ahora 20.000 suscriptores de la versión impresa, casi un millón de visitantes mensuales a su sitio web y más de 80 grupos de lectura, desde Chicago a Calgary o

Copenhague. Eso es un gran número de seguidores para una pequeña revista socialista.

Los nuevos intelectuales son “la refutación más grande al argumento de Jacoby”, dice Corey Robin, un teórico político en el Brooklyn College, quien fue profundamente influenciado por la lectura de *The Last Intellectuals* cuando era estudiante de posgrado en los años 90. “Toda la premisa de la narrativa de Jacoby es una historia de corrupción: los intelectuales son absorbidos por el mundo académico, son corrompidos y pierden su filo”, dice Robin. “Ahora estamos en el otro extremo de ese túnel”.

Hasta hace poco, David Marcus pasó la mayor parte de sus días escondido en un pequeño cubículo sobre la Biblioteca Butler en la Universidad de Columbia, como estudiante de posgrado en historia estadounidense. Su tesis es sobre la teoría política estadounidense en los 50. Enseñó un seminario de “Civilización contemporánea”, un curso de Columbia sobre grandes libros esenciales. Una nubosa tarde de marzo, su escritorio está lleno de una pila de trabajos de estudiantes que necesitan calificaciones. Pero su mañana fue dedicada a trabajar en el ensayo editorial para el próximo número de *Dissent*, que edita con Michael Kazin, profesor de historia en la Universidad de Georgetown.

Marcus, que tiene 32 años, se unió a *Dissent* en 2006, un tiempo “sombrio e insano” en la revista. Por un lado, se estaba haciendo vieja. Fundada en 1954 por Irving Howe y un círculo de escritores que incluían a Norman Mailer, Meyer Schapiro y Lewis Coser (“Cuando los intelectuales no pueden hacer nada más, empiezan una revista”, escribió Howe en ese entonces), el promedio de edad en las reuniones editoriales estaba desde hace tiempo bien al norte de los 50. “No creo que la gente en la órbita de *Dissent* anticipara que hubiera otra generación”, dice Marcus.

Durante la última década, sin embargo, la revista demócrata-socialista ha experimentado una suerte de reajuste generacional. El pie de imprenta ahora integra a varios escritores y estudiosos más jóvenes, incluyendo a Tim Barker, Tressie McMillan Cottom, Sarah Leonard, Jedediah Purdy y Nick Serpe. Cuando *Dissent* celebró su aniversario número 60 en una cena de gala en Manhattan, *The New York Times* se

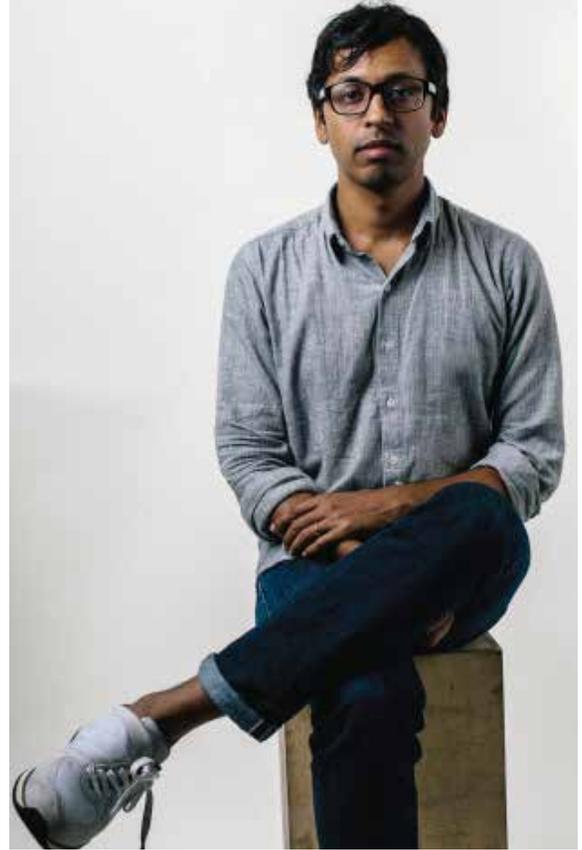


Jon Baskin

maravilló ante el “notorio contingente de personas veinteañeras” que asistió.

La circulación de *Dissent* nunca superó los 10.000 ejemplares (hoy se sitúa en aproximadamente 5.000). Sin embargo, siempre ha sido una respetada incubadora de talento, un lugar donde jóvenes intelectuales de izquierda podrían comenzar a hacerse un nombre por sí mismos. Entre esos escritores estaban Keith Gessen, Mark Greif y Benjamin Kunkel; en 2004, junto con Marco Roth, Chad Harbach y Allison Lorentzen, fundaron *n + 1*, posiblemente la más celebrada de la nueva cosecha de pequeñas revistas. Apareciendo el año después de que *Partisan Review*, la revista insignia de los intelectuales de posguerra, cesara sus 69 años de existencia, *n + 1* ofrecía una mezcla de tanta seriedad literaria y aspiración política que fue saludada como un cambio de guardia, una “lucha generacional contra la pereza y el cinismo”, como A.O. Scott escribió en *The New York Times Magazine*. Bruce Robbins, “instantáneamente golpeado” por *n + 1*, organizó un evento para sus editores en Columbia. Para su sorpresa, cientos de personas se presentaron. “Los jóvenes sabían enseguida que algo importante estaba sucediendo”, dice. En seis meses, el primer número de *n + 1* se había agotado.

La influencia de *n + 1* se extiende a la manera en que se comercializó y se financió, en parte,



Nikil Saval

haciendo fiestas. La primera tuvo lugar en un gimnasio de una escuela en el Lower East Side. “Entré y había 800 personas emocionadas por esta pequeña revista que era seria y directa, y no se avergonzaba de su elitismo”, recuerda Jon Baskin. El modelo de negocio básico –unas pocas personas comprometidas y una inversión de unos 8.000 dólares por los editores fundadores– parecía replicable. En 2009, Baskin junto con Jonny Thakkar y Etay Zwick, dos compañeros estudiantes de posgrado en el Comité de Pensamiento Social de la Universidad de Chicago, fundaron *The Point*, una revista de filosofía, cultura y política (fiel a sus raíces de la Universidad de Chicago, *The Point* es la menos izquierdista de las nuevas revistas pequeñas).

John Palattella, editor general de *The Nation* y uno de los organizadores del evento en el instituto de Nueva York, ve la fusión del compromiso intelectual y el espíritu empresarial como un rasgo único de esta nueva cosecha de intelectuales. Empiezan revistas pero también imprimen libros; organizan paneles y son expertos vendedores, promotores y usuarios de las redes sociales. Nadie personifica más este fenómeno



Rachel Rosenfelt



Bhaskar Sunkara

que Bhaskar Sunkara, el fundador de *Jacobin*, 26 años, a quien Vox recientemente ungió “el mejor capitalista socialista que se haya visto”.

“*Jacobin* se ha convertido en el más querido del profesorado”, dice James Livingston. “Bhaskar ha reclutado esta generación más joven de pensadores y escritores brillantes que no transigirán en su política, lo que es tan atractivo en un mundo que escinde la diferencia”. La revista también destaca por su colorido y elegante diseño. Un vistazo a la portada y está claro que esta no es la revista trimestral intelectual de tu padre.

“La mirada atrevida evidencia la distinta sensibilidad generacional de los intelectuales más jóvenes”, dice Corey Robin. Su sello es la falta de miramientos ante los expertos profesionales, académicos e intelectuales. “Son confrontacionales, argumentativos y no les importan los modales”, dice Robin, editor colaborador de *Jacobin*.

Él contrasta este estilo con el tenor educado y profesional de su propia generación. “Cuando fui a la universidad, me dijeron que lo más importante es conseguir un protector; es un sistema feudal, necesitas un patrocinador, pero nadie cree que su mentor pueda ya protegerlo, ni siquiera en los programas superiores. Si en una relación feudal el protector no puede protegerte, toda la relación de obligación y deferencia empieza realmente a cambiar”.

Peter Frase se inscribió en el Graduate Center de la City University of New York con el objetivo de convertirse en un teórico marxista. Pero llegó a considerar la cultura del marxismo académico como arcana e insular. “Cuando comencé a redactar artículos para revistas y proyectar mi tesis, me sentí frustrado por tener que escribir artículos que nadie más leería, para satisfacer a los árbitros del sistema de revisión por pares y participar en un proceso que parecía internamente justificado para llenar currículums y tener una carrera académica, pero sin tener mucho efecto”. Él encontró más satisfacción escribiendo su *blog*, que llegó a los lectores de todo el mundo.

Un día recibió un correo electrónico de Sunkara. “No pensé que *Jacobin* fuera a llegar a ninguna parte”, dice Frase, de 36 años, “pero Bhaskar parecía un buen tipo”. Frase contribuyó con un ensayo sobre la ética del trabajo en el primer número. “El amor al trabajo no llega fácilmente al proletariado”, escribió, “y su

construcción durante siglos fue un logro monumental para la clase capitalista”. En el ensayo más conocido de Frase, publicado en 2011, anticipó el fin del capitalismo y el surgimiento de nuevos acuerdos sociales más equitativos. Ese artículo es la base del primer libro de Frase, *Four Futures: Life After Capitalism*, recién aparecido por el sello de *Jacobin* en la editorial Verso. Tras siete años en su doctorado en sociología, Frase se alejó.

“Hay mucho miedo entre los jóvenes académicos, porque están tratando de comenzar una carrera y conseguir trabajo y, por lo tanto, puede haber una efectiva reticencia de hacer afirmaciones audaces o de herir susceptibilidades, lo que es comprensible”, dice. “Tener una plataforma para hacer argumentos fuera de ese contexto nos ha liberado de tener que ocuparnos de nuestros modales”.

Si bien la decepción ha sido durante mucho tiempo la disposición tradicional de los pensadores de izquierda en EE.UU., los nuevos intelectuales muestran un grado de esperanza. “Como el primer período sostenido durante generaciones”, comienza la nota del editor en un número reciente de *n + 1*, “es un momento emocionante para la izquierda estadounidense”. Este optimismo se remonta al menos al 17 de septiembre de 2011, cuando un grupo de activistas estableció un campamento en el parque Zuccotti de Nueva York. Protestas similares pronto se extendieron por todo el país. Las pequeñas revistas se agruparon alrededor de Ocupa Wall Street, formando lo que ellos llamaron un “grupo de afinidad de escritores y artistas”, organizando conferencias y paneles de discusión y analizando los objetivos del floreciente movimiento. “Intelectualmente esos pocos meses fueron el mejor momento de mi vida”, dice Nikil Saval, el coeditor de *n + 1*.

“Durante mucho tiempo, parecía que no había alternativa a la política tal como existía”, dice Sarah Leonard, 28 años, profesora de tiempo parcial en la Gallatin School de la Universidad de Nueva York. “Y así seguimos escribiendo sobre el socialismo y la desigualdad, porque eso era lo correcto, no porque pensáramos que nuestros argumentos iban a triunfar. El optimismo que surgió de Ocupa quiso decir que mucha gente tenía los mismos sentimientos que nosotros. Ciertamente, estos temas eran preguntas vivas e ideas vivas. Fue un gran cambio emocional”.

Leonard y Saval ayudaron a iniciar una publicación emergente, *Occupy!*, un intento temprano

para pensar lo que estaba sucediendo en terreno. El primer número incluyó un mensaje de la mayor figura política de la Nueva Izquierda, Mark Rudd; una carta abierta a la policía; relatos de primera mano de las protestas en Atlanta, Oakland y Filadelfia; y un cancionero Ocupa (Woody Guthrie, naturalmente, estuvo a la altura). Saval y sus colaboradores transportarían pilas de *Occupy!* al campamento.

Cualquiera fuese el optimismo nacido con Ocupa ha sido reafirmado por el auge de *Black Lives Matter* y el sorprendente éxito de la campaña presidencial de Bernie Sanders. “Tal vez por primera vez en el trayecto de 60 años de *Dissent*”, dice David Marcus, “estamos bien posicionados en la política del momento”. A raíz de la elección de Donald J. Trump, eso significa una política de fiera oposición. “Hemos aprendido que los límites de la política estadounidense son más amplios que lo que cualquiera de nosotros imaginó. El peligro es mayor, pero también lo es la promesa”, escribe Timothy Shenk, estudiante de doctorado en historia en la Universidad de Columbia, en el sitio web de *Dissent*. “Nuestra tarea no es aferrarse a fragmentos de un orden liberal destrozado, recolectando pedazos antes de que lleguen los bárbaros”.

Seth Ackerman, 38 años, miembro del consejo editorial de *Jacobin* y candidato a doctor en historia en la Universidad de Cornell, señala otro efecto persistente de Ocupa: una oleada de interés por la economía política. “Los jóvenes académicos cuyo trabajo anterior se centró en Foucault o Barthes, de repente quieren escribir sobre productos derivados o paraísos fiscales”. Cita un precedente histórico: “Cuando hay una generación de intelectuales cuya posición de clase está en peligro, es probable que haya algún tipo de radicalización intelectual entre los jóvenes”.

Esa radicalización se extiende más allá del relativamente remoto archipiélago de las pequeñas revistas. La actitud es capturada en la introducción a *The Future We Want: Radical Ideas for the New Century* (Metropolitan Books, 2016), una colección de ensayos y llamada generacional a las armas, editada por Leonard y Sunkara. “Se nos dijo que en la economía del conocimiento los buenos trabajos seguirían a la educación superior; hay pocos trabajos y nos encerramos en unos miserables tan pronto como sea posible para alimentar a los usureros”, escribe Leonard.

“No necesitas un curso universitario para saber cuándo te están estafando”.

Al menos una vez al mes, durante los últimos 30 años, un desconocido le pide consejo a Russell Jacoby. El buscador de consejo típicamente es un estudiante de posgrado desesperado por convertirse en un intelectual público, para continuar la tradición de críticos-ensayistas de antaño: Edmund Wilson, Dwight Macdonald, C. Wright Mills. El buscador quiere una ratificación por parte del autor de *The Last Intellectuals*.

“Nunca sé qué decir”, relata Jacoby con un suspiro. “Odio alentarlos, porque la economía es tan intimidante”. Señala que incluso un escritor exitoso como Christopher Hitchens tuvo que enseñar a tiempo parcial en la New School. “A menos que tengan un socio rico o una familia rica, va a ser muy difícil sobrevivir”. Él lo sabe por experiencia. Jacoby intentó varios períodos como escritor independiente; ninguno resultó ser sostenible. Cuando *The Last Intellectuals* se publicó, él era un trabajador académico desempleado de 42 años y padre de dos hijos, que había enseñado en siete universidades en 12 años. Durante los últimos 20 años, ha tenido un puesto en el departamento de historia de la Universidad de California en Los Angeles con un contrato renovado anualmente. “Yo soy lo que se llama un profesor en residencia”, dice Jacoby. “Sea lo que sea que eso signifique”.

Consultado sobre la nueva cosecha de pequeñas revistas y los escritores congregados alrededor de ellas, responde: “¿Cómo se las arreglan?”.

La respuesta: precariamente. Los empleados de *Jacobin* (hay 10) ganan salarios de un rango que va de la sección media de los 40.000 a la sección baja de los 30.000 dólares. Saval no cobra salario como coeditor de *n + 1*. Él es autor de *Cubed: The Secret History of the Workplace* (Doubleday, 2014) y escribe sobre arquitectura y diseño para *T: The New York Times Style Magazine*, entre otros lugares. Frase se gana la mayor parte de su sustento como analista estadístico. Ackerman, que está en el décimo año de su doctorado, recientemente tropezó con una carrera lateral como traductor al inglés del economista francés Thomas Piketty. Espera que la faena le permita flotar el tiempo suficiente para terminar su tesis. David Marcus no ganó dinero como coeditor de *Dissent* y sobrevivió con su beca de posgrado en Columbia

y escritos ocasionales. “Tengo 32 años y gano 30.000 dólares al año”, dijo en marzo. “En algún momento necesitaré encontrar otra forma de remuneración para mi trabajo”. En septiembre fue nombrado editor literario de *The Nation*.

La relación entre dificultades financieras y resonancia intelectual es difícil de desenredar. Sin embargo, la mayoría de la gente ve una. “La desaparición de los trabajos académicos en las humanidades indudablemente ha acelerado el resurgimiento de las pequeñas revistas, al negarles a tantos jóvenes intelectuales de talento un nicho profesional seguro y obligándolos a improvisar alternativas”, dice Jackson Lears, historiador cultural de Rutgers y editor de la revista trimestral *Raritan*. ¿Cuán sustentables son esas alternativas? No mucho, dice Thomas Frank, editor fundador de *The Baffler*. Los trabajadores de la cultura están atrapados en una paradoja: nunca ha sido más fácil ser publicado y nunca ha sido más difícil ganarse la vida. “Este es el final del camino para la crítica cultural no académica”.

Mientras tanto, las pequeñas revistas siguen haciendo correrías. Alyssa Battistoni, estudiante de 30 años de ciencia política en Yale y miembro del consejo editorial de *Jacobin*, se preocupa de que el nuevo intelectualismo público esté creando expectativas onerosas para los jóvenes estudiosos: “Debes hacer cultura pública y escribir, como si esto fuera poco, sobre todo lo demás, a pesar de que eso probablemente no contará para tu solicitud de empleo o el archivo de nombramiento, y que podría generarte problemas en alguna parte en el intertanto”. Incluso si se cumple con esas exigencias y se evita la reputación de ser difícil, los honorarios, los trabajos de profesor asistente y las becas, eventualmente se agotarán (y, las probabilidades indican, también las perspectivas de empleo). Y como generaciones de intelectuales han descubierto, lo romántico de la lucha tiende a disminuir a medida que uno se acerca a los 40 años. ¿Entonces qué?

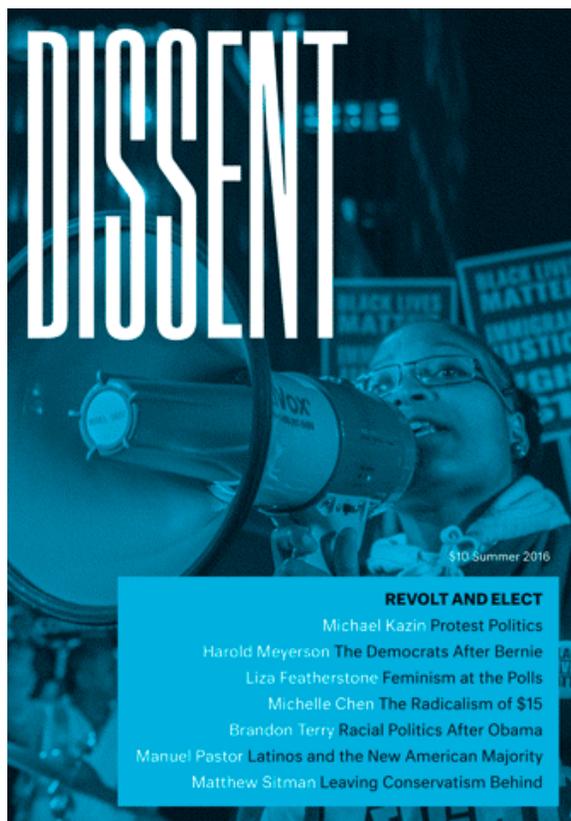
Aaron Bady ha pensado mucho esa pregunta. Es un especialista de 37 años en literatura africana contemporánea, con un doctorado de la Universidad de California en Berkeley, que pasó cinco años en el mercado del trabajo, incluyendo dos años como posdoctorando en la Universidad de Texas en Austin. Fue finalista en tres concursos de un nombramiento, pero nunca recibió una



oferta. “Mi generación no corre el riesgo de confundir la universidad con un refugio”, escribió este año en *Boston Review*. Bady dice que nunca tomó la decisión de abandonar la academia; un día los cheques simplemente dejaron de llegar. De repente, él no tenía ninguna afiliación institucional ni iniciativas prometedoras. Se había convertido en un ex académico.

En 2012, Bady cayó en la órbita anárquica de los editores en *The New Inquiry*, que había comenzado unos años antes como una especie de salón para los habitantes de Brooklyn empapados de teoría crítica. Es la creación de Mary Borkowski, Jennifer Bernstein y Rachel Rosenfelt, amigas del Barnard College que se graduaron a pesar de la recesión en 2009. “No teníamos dónde ir para hacer trabajo intelectual”, dice Rosenfelt, ahora directora asociada del programa de maestría en edición creativa y periodismo crítico de la New School. “La escuela de posgrado era un callejón sin salida. La edición y el periodismo eran un barco que se hunde”. El resultado fue una “población excedente de jóvenes inteligentes, interesantes e interesados”, muchos de ellos mujeres, muchos de ellos cada vez más radicalizados por la deuda estudiantil.

El trabajo de Bady para la revista es ecléctico, cubriendo cultura popular, educación superior, política keniana, el pene de Donald Trump, la legalidad de los registros exhaustivos, incluyendo el desnudo –hay un ensayo titulado memorablemente “No podemos permitirnos proteger los años de los condenados”– y mucho más. “La vacuidad del



nombre *The New Inquiry* significa que potencialmente puede abarcar casi cualquier cosa”, agrega.

Bady ahora vive en Oakland, tratando de ganarse la vida como escritor. Él y su pareja, también un antiguo estudiante de posgrado, quieren comenzar una familia y les preocupa si son capaces de costearla. Piensa mucho acerca de si la escuela de posgrado valió la pena y sobre el significado del trabajo intelectual. “Si hace ocho años le hubiera dicho a mi madre que voy a dejar la escuela de posgrado y convertirme en independiente, su respuesta habría sido: no puedes permitirte el lujo de tomar un riesgo así, si hay una opción más segura. Pero cuanto más parece que no hay opción segura, menos atractivo se hace cualquier tipo de compromiso”.

Bady se queda en silencio. “Si voy a luchar, necesito que valga la pena”, concluye. “Necesito continuar el trabajo que encuentro más satisfactorio”. ●

Artículo aparecido en *The Chronicle of Higher Education*.

Traducción: Patricio Tapia



# La autoridad en tiempos virtuales (o la utopía como un infierno)

Getty Images

Las nuevas tecnologías han logrado conjurar el fantasma de una masa ciega y vengadora, esa masa a la que tanto temía Elias Canetti. Lo ha reemplazado por una serie infinita de hombres y mujeres solos, perfectamente convencidos de la originalidad absoluta de sus ideas. Son vengadores que trabajan en manadas sin saberlo, sin poder entonces ser dirigidos por el jefe de esta manada, sin poder evaluar si hay que seguir mordiendo a la víctima.

POR RAFAEL GUMUCIO

**E**l escritor chileno Francisco Ortega decidió preguntarles a sus alumnos cuál era su crítico de cine preferido. No les gustaba ninguno. No les gustaban los críticos en general, porque son “gente que habla de todo y no hace nada”. Seguían los consejos de otros directores o actores o productores de cine o el de los *likes* o estrellas puestos por el público, pero les resultaba incomprendible y hasta cierto punto ofensivo hacerle caso a un señor que tiene como profesión u oficio decir qué está bien y qué está mal (y dar sus razones, obvio).

La rebelión es entonces contra la especialización del crítico. Si permanentemente somos todos críticos, si nuestros *likes* determinan lo que se verá o no en Facebook, ¿por qué un señor tendría que recibir dinero por hacer lo que nosotros podemos hacer gratis? Más aún, si este no hace más que repetir lo que ya hemos dicho en los comentarios al *post*. O peor, si este no hace más que contradecir, por puro molestar, lo que dijimos en los comentarios del *like*. Ese *like* es un acto completamente individual y completamente colectivo. Es un apoyo o una reprobación que ejerzo desde mi casa, pero que va a parar a un lugar inexistente y omnipresente, a una utopía en que todos los *likes* se convierten en una cifra consolidada, que aprueba o desaprueba la película por mí.

**La rebelión es entonces contra el crítico. Si nuestros likes determinan lo que se verá o no en Facebook, ¿por qué un señor tendría que recibir dinero por hacer lo que nosotros podemos hacer gratis?**

A Ortega la respuesta de sus alumnos de alguna forma lo horrorizó. Hay en ese horror quizás un síntoma más visible de lo que separa a los que crecimos en el siglo XX de los que nacieron en el siglo XXI. Nadie podría decir que el propio Ortega le debe algo a la crítica literaria chilena. Esta suele

condenar sus libros por su tendencia a ver la historia como una conspiración secreta de fuerzas ocultas. Ortega pertenece a una generación que es de alguna forma la mía, que con distintos niveles de éxitos y de variadas formas ha vivido de subvertir el orden de los críticos. Una generación que ha discutido con el crítico, ha odiado al crítico, que ha reemplazado a uno por otro, pero que ha contado siempre con su presencia, su existencia, su prestigio y su poder. Somos parte de la primera generación que se inscribió en los registros electorales de la dictadura. La primera que militó en la política

de la transición, la que asumió sus lugares en los primeros talleres literarios, la que esperó su llegada al estrellato del que el crítico constituía una coordenada básica. La idea de una crítica como un lugar entre el productor y el consumidor corresponde con la idea de la política como un lugar entre el capital y el trabajo, entre la masa y la élite.

El político hoy, al igual que el crítico, es tratado por los más jóvenes como “un señor que no hace nada y habla de todo”. Una reliquia

inútil, porque su trabajo, representar las aspiraciones de sus electores, hablar por los que no pueden hablar, lo puede cumplir un logaritmo que transmite en vivo y en directo la opinión del representado. Y lo hace sin la traducción o “traición” del representante.

El profesor Adrien Treuille cuenta en el documental *Lo and Behold*, de Werner Herzog, cómo el hecho de convertir el diseño de algunas proteínas en un videojuego en línea, permitió comprender mejor el diseño de estas proteínas que décadas de investigación científica. Wikipedia, que se alimenta de la contribución gratuita de sus propios usuarios, se equivoca tanto como la Enciclopedia Británica (o quizás menos). Ese acierto colectivo es, sin embargo, sentido por el individuo que contribuye a él como un atributo individual. El wiki-sabio no reconoce que su pedazo de información ha sido disuelto por algo más que un logaritmo en otro texto, que su pedazo de error ha sido corregido y desechado según un orden preestablecido, que era lo que ayer se llamaba autor y ahora se llama programador.

De alguna forma, las nuevas tecnologías han logrado conjurar el fantasma de una masa ciega y vengadora, esa masa a la que tanto temía Elias Canetti. Lo ha reemplazado por una serie infinita de hombres y mujeres solos, perfectamente convencidos de la originalidad absoluta de sus ideas. Son masas de un solo hombre. Vengadores que trabajan en manadas sin saberlo, sin poder entonces ser dirigidos por el jefe de esta manada, sin poder evaluar si hay que seguir mordiendo a la víctima.

En el cine estábamos solos entre una multitud de gente también sola. Invisibles siluetas que cuando ríen o lloran, se dan cuenta que son una masa sin cara. En la televisión esa masa se divide en familias que llevan a su living la pantalla que le pertenecía a la ciudad. La pantalla se fue a la pieza, y luego al teléfono: en mi bolsillo la verdad iluminada para mí y solo para mí. Miro, pero sobre todo escucho, series, lecciones y polémicas en el lapso de un viaje en metro o en bus. Es lo contrario de la moral del *flâneur* de Baudelaire, ese transeúnte que recorre la ciudad sin objeto, convirtiendo su vagancia en una forma de comprender el mundo. Conectado a mi iPhone, solo me aventuro en un recorrido previamente diseñado. Voy donde tengo que ir, de la oficina a la casa. Los fines de semana corro 10 kilómetros, o cinco, en un trayecto también diseñado en que aprovecho para saber más. La calle no es el lugar del encuentro o desencuentro posible, sino solo la promesa de un tiempo para conectarme con gente también sola pero también conectada.

Se culpa a la nueva tecnología por acelerar el tiempo, pero lo que han hecho de manera más evidente, más visible, es acabar con el lugar, con el espacio de la biblioteca, con la sala de clases, con la plaza pública.

La política presupone la polis, la ciudad con su foro, sus calles concurridas, sus academias donde Sócrates podía ejercer la filosofía peripatética, o sea, la educación a partir de caminatas acompañadas de conversación. La política presupone otro lugar que no es la casa y que tampoco es el trabajo, porque se supone que el ciudadano no trabaja, o trabaja lo menos posible (en

**Se culpa a la nueva tecnología por acelerar el tiempo, pero lo que han hecho de manera más evidente, más visible, es acabar con el lugar, con el espacio de la biblioteca, con la sala de clases, con la plaza pública.**

**El crítico y el político están allí para que la rueda de la producción y el consumo no gire en banda. Son los que convierten al consumidor en ciudadano.**

Grecia y Roma los esclavos lo hacían por él). La política, entonces, se posiciona en ese lugar entre la intimidad y la productividad. Un teatro –no en vano, la democracia ateniense se desarrolló junto a la tragedia y la comedia griega– en que cada uno enarbola una máscara para ser y no ser el mismo, para ser al mismo tiempo Edipo, Oreste, Electra: metáforas de los papeles que en la vida civil desarrollaban.

La wiki-democracia no necesita de ese teatro, porque todo es escenario, porque todos somos actores y todos somos público, porque el drama se desarrolla en directo perpetuamente. Abunda entre los jóvenes la idea de que la democracia representativa es una contradicción en sí misma, porque es la representación o el teatro de una democracia que solo se cumple de vez en cuando. Por lo mismo, la democracia no sería como la luz eléctrica que posibilita las redes sociales. Esto también es una ilusión, porque no todos tienen el mismo acceso a la luz eléctrica. Ni siquiera al agua potable. Algunos, muchos, cada vez más, no pueden pagar las cuentas a fin de mes.

Quizás en este tanteo avanzo o me acerco a lo que es imposible de explicar: que la autoridad del crítico o del político, del representante profesional, del hombre elegido para decidir lo que está bien y lo que está mal, es un modelo imperfecto de corregir la lógica del más fuerte o del más popular. Es imposible explicarles a mis alumnos que la democracia, para que sea realmente democrática, necesita de una élite. Y necesita también que esa élite sea escasa y exclusiva, separada por paredes –porosas, pero paredes al fin y al cabo– de los que “hacen cosas” y de los que “compran” esas cosas. Que esa élite no puede ser ni “productora” ni “consumidora”, que debe estar en esa ficción equidistante entre

esas dos entidades en que el capitalismo divide al mundo: consumidores y productores, emprendedores y trabajadores.

Nunca nuestra identidad ha sido más individual y más colectiva de lo que vivimos hoy, gracias a las nuevas tecnologías. Nunca nos hemos sentido más dueños de nuestros destinos pero, a la vez, nunca la

tribu se redujo tanto a la voluntad –explícita o no– de muy pocos, de cada vez menos. Nada de eso es nuevo, es cierto, pero quizás la novedad es que nunca hayamos tenido más información de cómo esto se está produciendo, y que nunca hayamos tenido más miedo de vivir como si fuéramos libres.

¿Lo somos? El crítico y el político están allí para que la rueda de la producción y el consumo no gire en banda. Son los que convierten al consumidor en ciudadano. Los que convierten a ese ciudadano en el público, es decir, en un rey secreto: alguien que siempre tiene la razón. El capitalismo, al atomizar el poder de ese ciudadano aislado, ha destruido la ficción de ese mundo en que la verdad empieza a ser discutible, razonable, justamente cuando deja de ser medible en forma empírica. Así pasamos de una discusión entre subjetividades posibles, a estar en manos de una única subjetividad permitida, la del dueño. El lema de Pathé y Marconi, los primeros fabricantes de discos de vinilo, era la voz del amo. El disco de vinilo reprodujo como ninguna otra tecnología la voz del esclavo. Quizás la nueva red social ha emprendido el camino contrario, al entregar la voz a la multitud ha logrado convertirse en ese fiel perro de la Pathé y Marconi, ladrando feliz delante del fonógrafo a través del cual su amo le transmite las órdenes. ●



Shutterstock

# Un mundo ocupado

Desde distintos ángulos, tres libros invitan a disminuir las revoluciones y comprender el significado profundo del ocio. Mientras el neurocientífico Lamberto Maffei advierte que el verdadero aprendizaje jamás se ha producido a la velocidad con que se manejan las computadoras, Andrew Smart analiza los problemas del ajetreo actual y Byung-Chul Han ya diagnostica las enfermedades producto de vivir en la "sociedad del rendimiento".

**POR CRISTÓBAL CARRASCO**

**E**l año 1965, IBM publicó un artículo sobre su nuevo aparato, la computadora System / 360. Allí explicaba una nueva funcionalidad: el *multitasking*. Esa computadora no podía hacer dos cosas simultáneamente, pero cada vez que requería que otra cosa sucediera para ejecutar por completo la tarea, entraba en un “modo de espera”, que permitía a la computadora pasar a la tarea siguiente de la lista. Así, la computadora estaba siempre ocupada.

El *multitasking* progresó rápidamente en la informática. La tecnología actual no solo permite a las computadoras ejecutar varias acciones a la vez, sino hacerlo en un mismo dispositivo. Suena trivial decirlo, pero hace 10 años no podíamos tomar una foto, hacer una llamada, escuchar una canción, hacer una transferencia bancaria y leer un libro en un mismo aparato.

El avance de esa tecnología ha supuesto que el *multitasking* se convierta en una condición habitual de nuestra vida. Así como pueden hacerlo los celulares, nos hemos acostumbrado a vivir de esa manera, y sobre todo, a trabajar bajo esa condición, a estar siempre ocupados. Buena parte de la literatura de autoayuda, de hecho, se aboca a la administración eficiente del tiempo, a ser exitosos en la vorágine del ajetreo. La autoayuda se ofrece también como una herramienta de mejoramiento de la productividad, y de la misma manera se fueron expandiendo los seminarios sobre gestión y *management*. Allí donde fracasamos por no rendir lo suficiente, los libros de autoayuda (como el clásico *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*, de Stephen Covey) resuelven el problema ofreciendo la esperanza de que es posible lograr cualquier meta con rutinas o disciplina que hagan eficiente nuestro tiempo. El mensaje motivacional conllevaba, por supuesto, la idea de que el esfuerzo y la ocupación no solo nos harán más eficientes, sino también personas más plenas.

Aquella visión proviene en gran medida de la tradición calvinista, que contribuyó a la creencia de que el trabajo era una forma de servir a Dios y que el ocio es el padre de todos los vicios. En el siglo XX, los rasgos calvinistas se desarrollaron sin teología. Como explica Barbara Ehrenreich en *Sonríe o muere: la trampa del pensamiento positivo*, un libro que revela las mentiras de la autoayuda, “en las décadas de 1980 y 1990 las clases medias y altas llegaron a considerar que el estar muy ocupado, fuera en lo que fuera, constituía un signo de estatus, que además les venía muy bien a los empresarios, porque era lo que se esperaba cada vez más del trabajador, sobre todo con la llegada de las nuevas tecnologías, cuando desapareció la frontera entre trabajo y vida privada: el teléfono móvil se lleva siempre encima, y el ordenador portátil va y viene con su dueño de casa al trabajo (...) las élites de antes presumían de su vida ociosa, mientras que las de ahora se jactan de estar ‘agotados’, siempre ‘metidos en mil líos’”.

Fruto de esa situación, el filósofo Byung-Chul Han escribió el año 2010 *La sociedad del cansancio*. Byung-Chul Han tomó la idea de Foucault sobre la sociedad disciplinaria para afirmar que esta había desaparecido en el siglo XXI, dando paso a una “sociedad de rendimiento”, caracterizada por los proyectos, las iniciativas y la motivación.

A su juicio, el cambio de paradigma se produjo por una modificación del inconsciente social: “Con el fin de aumentar la productividad se sustituye el paradigma disciplinario por el de rendimiento, por el esquema positivo del poder hacer, pues a partir de un nivel determinado de producción, la negatividad de la prohibición tiene un efecto bloqueante e impide un crecimiento ulterior”.

Lo curioso, explica el pensador coreano alemán, es que la sociedad del rendimiento hace que sean las mismas personas quienes se explotan a sí mismas, con el fin de lograr sus objetivos. El rendimiento no es una tarea que imponga un empleador o la autoridad. Tiene, en cambio, la

aparición de ser una elección libre. Sigue siendo una imposición, incluso en aquellas áreas que antes eran consideradas puramente recreativas, como el deporte. Aquello ha producido que las personas vivan en una constante “violencia neuronal”, que produce enfermedades como la depresión, el síndrome de déficit atencional o de desgaste ocupacional (según Byung-Chul Han, las enfermedades emblemáticas de nuestra época).

El *multitasking* aplicado a los humanos es el punto máximo de esa sociedad del rendimiento. Escribe Han que “el exceso de positividad se manifiesta, asimismo, como un exceso de estímulos, informaciones e impulsos. Modifica radicalmente la estructura y economía de la atención. Debido a esto, la percepción queda fragmentada y dispersa”.

La incomodidad de Han con el rendimiento tiene, por cierto, sus precursores. Simon Leys rememora en un pequeño ensayo de *La felicidad de los pececillos* una frase atribuida a Leonardo da Vinci, pronunciada luego de que le exigieran trabajar más: “A menudo los hombres de genio hacen mucho más cuanto menos actúan, pues tienen que meditar acerca de sus invenciones y madurar en su espíritu las ideas perfectas que expresarán posteriormente reproduciéndolas con sus manos”.

No resulta común afirmar ahora que existe un correlato entre el genio y el no hacer nada. La tradición filosófica de la inacción, sin embargo, es antigua. Tiene ramificaciones en el *wu-wei* taoísta, y en occidente, tanto Rilke como Bertrand Russell o Samuel Johnson la han honrado. Lo mismo puede aplicarse a la tradición judía del Sabbath. El séptimo día es el día del descanso, pero también es un día que Dios ha declarado como sagrado. Byung-Chul Han escribe en su libro que el Sabbath es el día del “no”, un día libre “de todo para-qué”.

Por otra parte, han existido esfuerzos desde la ciencia para favorecer la inacción. Andrew Smart es un investigador científico de la Universidad de Nueva York, quien comenzó a analizar los problemas del ajeteo en la sociedad moderna. En el inicio de su libro *El arte y la ciencia de no hacer nada*, cuenta que en el año 2001 un neurocientífico notó que cuando las personas estaban dentro de una máquina de resonancia electromagnética, su actividad cerebral cambiaba por completo: “Lo

que halló fue una red específica que incrementaba la actividad cuando los sujetos parecían desentenderse del mundo exterior. Cuando se debe desempeñar una tarea tediosa en un experimento realizado en un resonador magnético, por ejemplo memorizar una lista de palabras, ciertas zonas del cerebro aumentan la actividad y otras las disminuyen. Sin embargo, si todo lo que el sujeto hace es permanecer con los ojos cerrados o mirar fijamente la pantalla, la actividad cerebral no disminuye, sino que simplemente cambia de lugar. La zona que se desactiva durante la ejecución de tareas aumenta su actividad durante el reposo: se trata de la red de estado de reposo”.

Desde ese descubrimiento, la neurociencia abrió un campo completo de investigación. Smart explica que el estado de reposo del cerebro (también llamado “red neural por defecto”) se encuentra en correlación inversa con la red que entra en actividad durante la ejecución de tareas que requieren atención (llamada “red orientada a tareas”), y así, “cuando corremos a tontas y a locas en nuestra vida cotidiana tratando de cumplir nuestro horario, tratando de responder a todos los dispositivos móviles que tenemos, publicando mensajes en Twitter y Facebook, recibiendo mensajes de texto, escribiendo mensajes de correo electrónico y revisando listas de cosas pendientes, suprimimos la actividad de la que tal vez sea la red más importante del cerebro”.

Resulta contraintuitivo pensar que la red no orientada a tareas sea el área más importante del cerebro, pero Smart afirma que las estructuras cerebrales que pertenecen a esa área son las que “dan sustento al autoconocimiento, los recuerdos autobiográficos, procesos emocionales y sociales y también a la creatividad. Persisten en tanto se mantenga el estado de relajación”. Todos esos procesos, en conjunto, son aquellos que nos permiten “percibirnos como un ‘yo’ coherente y continuo” y en consecuencia, a medida que las personas se enfocan en resolver las tareas urgentes, dejan de lado las actividades que se desarrollan en la red neuronal por defecto y que son beneficiadas por el ocio.

Lamberto Maffei es un neurocientífico italiano que ha llegado al mismo diagnóstico que Smart. En su libro *Alabanza de la lentitud*, explica que el desarrollo cerebral de los seres humanos se debe, en esencia, a la lentitud: “El gran truco

de la prolongada infancia del hombre hizo posible su gran cerebro”. La lentitud acompaña a los humanos toda su vida, pues también el cerebro se va deteriorando lentamente, hasta llegar a la demencia senil. Esa forma de desarrollo posee varios efectos. Algunos ventajosos, según Maffei, como “brindar tiempo para que todos podamos imprimir una impronta personal al desarrollo de nuestro cerebro, ajustando progresivamente las conexiones de las fibras nerviosas conforme a los estímulos seleccionados por nosotros”. Sin embargo, nuestro pensamiento rápido no está tan desarrollado. De hecho, responde a la clase de pensamiento que poseían nuestros antepasados y que se vinculaban con la supervivencia.

Tanto Maffei como Smart sostienen que el cerebro humano no está diseñado para responder con eficiencia al ajeteo ni al *multitasking*. De hecho, Smart señala que hay suficiente evidencia científica para afirmar que al desarrollar varias tareas en simultáneo nuestro rendimiento es peor en todas ellas.

¿Cuál es la solución, entonces? Smart, Maffei y Byung-Chul Han coinciden en la importancia del ocio como un mecanismo esencial para lidiar con los males de la hiperconectividad. Byung-Chul Han, citando a Walter Benjamin, afirma que se requiere de una relajación producida por el aburrimiento: “Sin relajación se pierde el ‘don de la escucha’ y la ‘comunidad que escucha’ desaparece (...). El don de la escucha se basa justo en la capacidad de una profunda y contemplativa atención, a la cual el ego hiperactivo ya no tiene acceso”.

Por otro lado, Smart detalla investigaciones sobre los efectos que produce el ruido en el cerebro. Explica que a diferencia de los sistemas predecibles, el ruido en el cerebro agudiza la percepción de lo sensible. El ingreso de un distractor, como el ruido, permite que el cerebro focalice su atención en un estímulo sobre los demás. Aunque parezca extraño, las investigaciones sobre personas con déficit atencional demostraron que ellas pueden ejecutar mejor algunas tareas cuando las hacen bajo niveles moderados de ruido.

Todas son tareas desagradables. A nadie le interesa ya aburrirse o escuchar ruido. Y en nuestra época –a diferencia de décadas anteriores– podemos esquivar el aburrimiento con

facilidad. Lo mismo sucede con los límites. Hacia el final de su libro, Smart apunta que la economía debe encogerse a fin de prevenir una crisis ambiental y reducir la pobreza. Asume que el esfuerzo del trabajo solo genera verdaderas utilidades para el pequeño grupo de personas que se aprovechan de él, pero no para los trabajadores, que deben trabajar –e incluso someterse a la presión del trabajo después de la jornada laboral– porque tienen cuentas por vencer que a veces solo existen por el trabajo mismo.

Ese estado de cosas no tiene por qué mantenerse. Smart imagina un mundo donde cada vez se trabaje menos, donde no se considere el ocio como un mal. Aquella convicción ahora suena quimérica o *hippie*, pero es antigua: es la misma que se lee en el Antiguo Testamento o se practica en algunas tradiciones orientales. Es bastante obvio que la hiperconectividad no nos dejará jamás, pero sucumbir a ella no es adecuarse al progreso, sino desconocer nuestros límites. **S**




---

**El arte y la ciencia de no hacer nada**

Andrew J. Smart

Tajamar Editores, 2016

196 páginas

\$13.090

---




---

**Alabanza de la lentitud**

Lamberto Maffei

Alianza Editorial, 2016

128 páginas

\$9.386 en Bookdepository

---




---

**La sociedad del cansancio**

Byung-Chul Han

Herder, 2012

80 páginas

\$16.990

---

# La reposición de *Paradiso*

POR MARCELO MELLADO

Era asmático, jadeaba al hablar por un pecho siempre obstruido. No es un dato menor, porque el cuerpo habla, más aún, adquiere la complejidad del lenguaje. Alguna vez leí algo relacionado con el asma y su relación con su escritura; la escritura lezamesca habría estado signada / marcada por ese flujo entrecortado del habla, a la que le falta el aire. Creo que era su discípulo, Severo Sarduy, quizás en su libro *Escrito sobre el cuerpo*, quien le daba una connotación de signo a su patología. El episodio inicial de *Paradiso* es el de un niño enfermo por una crisis asmática, atendido por su niñera. Era José Cemí, el protagonista.

A pesar de la supuesta difícil lectura, la novela transita por los tópicos clásicos: el del texto de iniciación, poética y existencial, y también la reconstrucción autobiográfica teñida por el paisaje familiar. Y por cierto el correlato histórico, con episodios de vida universitaria en el contexto de la dictadura de Machado.

Hay momentos clave en la novela, como el período adolescente escolar, que es la metáfora de la inversión sexual (homosexual), el famoso capítulo VIII. Ahí aparece Farralúque, el leptosomático adolescente dotado de una enorme verga. Y por cierto, los rituales de formación poética con Fronesis y Foción, sus amigos entrañables, hasta la apoteosis de la discipularidad (en el capítulo final) de Oppiano Licario, personaje que después protagonizará su última novela.

Mi fascinación por su escritura viene del uso de la lengua, incluido su registro de productor de imagen, como sistema de cognición. Todo esto redundando en un mundo B o paralelo que necesariamente traduce el otro, el literal, y lo pone como una posibilidad más del relato y que funciona como ejercicio crítico. Me parece interesante retomar esta lectura hoy, porque hay una huella escritural que es todavía subversiva, en momentos en que se nos impone una literatura que se confunde con los procesos de edición, es decir, escribir hoy es editar. De ahí el facilismo del realismo *freak*, que pasa por la producción mediática y define el mercado literario.

Lezama fue (y quizás sigue siendo) un sujeto de la escritura americana y cubana, fuera de circuito; su validación en la isla y en el resto de Hispanoamérica fue una rareza. Recuerdo el énfasis de Cortázar en *La vuelta al día en ochenta mundos* y un respeto institucional en su zona de origen. Leo un prólogo de una reedición de *Paradiso* escrito por Cintio Vitier, y me entero de detalles de su vida y obra, a pesar del tono oficial. Su obsesión barroca culterana que constituye toda una matriz de lectura, produciendo una mirada brutalmente otra del texto clásico y moderno.

Me topé con el texto de Lezama, a mediados de los 60, creo que en la biblioteca de la Universidad Católica de

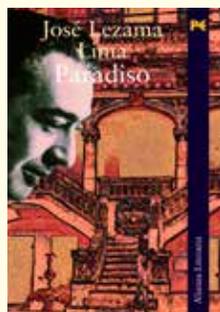
Valparaíso. Mi incerteza quiere ser toda una certeza frente a las revistas indexadas del negociado académico. Creo que era una revista norteamericana que daba cuenta de su obra en un contexto de preocupación estratégica por Cuba y América Latina de parte de los EE.UU. de la época, complicado por un patio trasero desbocado.

En ese período, nuestro contexto formativo académico de nos imponía la filología española más rancia. Algunos poquitos sentíamos la necesidad de la voluntad barroca, que era un aprendizaje que imaginábamos marginal e insurrecto culturalmente. Era un modo de la sobrevivencia político cultural en una época oscurantista. Aprendimos una jerga oblicua a la que le adjuntamos el posestructuralismo francés. La lingüística estructural nos enseñó que la literatura era un nivel del lenguaje que tenía sus propias leyes articularias. Todo eso era parte de la lucha ideológica y la academia que nos enseñaba la añeja corriente filológica y el impresionismo literario era el enemigo. El descubrimiento de Lezama, además, nos permitió liberarnos de la literatura testimonial que se nos imponía como un canon disidente, dados los sucesos de la época.

*Paradiso* se me viene como recado literario, como revisión histórica, incluso como revisionismo histórico literario, en el sentido en que el barroco de Lezama es, quizás, una deformación del modernismo republicano en versión Caribe; de eso me enteré más tarde, cuando estando en Cuba me di cuenta de la fuerza de una España desconocida para uno que se filtraba en la cultura cubana.

Incluso, con un compañero de curso hicimos nuestra tesis de titulación en *Paradiso*, aprovechándonos de su catolicismo. Era una presentación del barroco lezamesco a partir del capítulo VIII. Perdí ese texto.

leyendo *Paradiso* aprendí que la novela es una zona de laboratorio no solo de un nivel del lenguaje, sino también que sirve como recurso investigativo y de juegos textuales. Y de algo que no hay que olvidar, de la cita como experiencia genuina de la práctica textual. **S**



**Paradiso**

José Lezama Lima

Alianza, 608 páginas

\$35.600



Ilustración: Isabel Mardónez

“Se puede engañar a parte del pueblo parte del tiempo, pero no se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo”.

ABRAHAM LINCOLN



# Las revoluciones de 1917

Aunque en febrero de 1917 se derrumbó la autocracia zarista en Rusia, fue en octubre cuando el partido bolchevique tomó el poder y estableció el primer Estado comunista del mundo. Pero la violencia y la tensión política venían de antes, y se extenderían bastantes años más, como lo señalan Richard Pipes y Orlando Figes. Aquí revisamos los trabajos de estos dos colosos de la historia soviética y también incluimos otros textos (biografías, testimonios, reportajes) que miran la Revolución Rusa desde diferentes ángulos.

POR PATRICIO TAPIA

**A** comienzos del año 1917, en la capital del imperio ruso, Petrogrado, nadie era ajeno al ambiente de tensión e incertidumbre. Se hacían colas de toda la noche para el pan y el alimento era escaso. Pero había abundancia de obreros despedidos, huelgas y disturbios. Cuando estalló la revolución, a fines de febrero, solo el zar pareció sorprendido.

El 23 de febrero, cientos de trabajadoras textiles y dueñas de casa salieron a protestar por las calles por la falta de comida y para celebrar el Día Internacional de la Mujer. En los días siguientes se sumaron obreros, estudiantes, oficinistas; se veían pancartas que pedían acabar con la guerra y con el gobierno zarista. Los militares con la orden de reprimir se amotinaron y a ellos se unirían otros; hacia marzo ya eran miles de soldados

junto a los insurgentes. Se había producido la revolución, pero ningún partido parecía dirigirla. Las demostraciones y motines desembocaron en la abdicación del zar Nicolás II, el 2 de marzo. Así se ponía fin a tres siglos de la dinastía Romanov.

En febrero de 1917 se derrumbó la autocracia zarista, pero solo sería meses después, en octubre, cuando el partido bolchevique tomó el poder, que se estableció en el inmenso territorio ruso el primer Estado comunista del mundo. Un Estado que pretendía destruir un sistema social para implementar otro, uno mejor, mejor que ninguno. Su ejemplo inspiró otras revoluciones y su existencia influyó en la reacción de los fascismos de entreguerras, así como en la configuración de las relaciones internacionales de la segunda mitad del siglo XX.

## Historias revolucionarias

Aunque determinar el inicio de la Revolución Rusa no fuera tan problemático (1917, febrero), su fin podía ser más discutible: ¿termina con la asunción de octubre de 1917 de los bolcheviques o con su victoria en la guerra civil en 1920? ¿La integran los aportes de Stalin: la “revolución desde arriba” en 1929 o el Gran Terror a fines de los años 30? ¿Abarca, quizá, toda la experiencia soviética?

La Revolución Rusa ha originado casi desde su inicio una amplia bibliografía. Algunos libros son recuerdos de testigos; otros, propaganda; algunos, ambas cosas, como el famoso *Diez días que estremecieron al mundo* (1919), de John Reed. Con un acontecimiento tan cargado políticamente y en el que mucha documentación resultaba inaccesible (hasta que se abrieron los archivos, tras la disolución de la Unión Soviética en 1991), los historiadores no se apresuraron.

Entre las “grandes” obras fue pionera *La revolución bolchevique, 1917-1923*, de E.H. Carr, cuyo primer tomo apareció en 1950, iniciando los 14 volúmenes de su *History of Soviet Russia*. Los dos tomos de *La Révolution de 1917*, de Marc Ferro (1967) destacan por algunos puntos de vista novedosos, como la importancia de las mujeres, soldados y campesinos, antes que el proletariado. Hay, por cierto, excelentes aproximaciones de conjunto más breves, como el libro póstumo de Leonard Schapiro *1917: The Russian Revolutions* (1984), centrado en las cuestiones de autoridad gubernamental. Y quienes quieran más historia social, cuentan con los sugestivos esquemas conceptuales de *La Revolución Rusa* (1982 y 1994), de Sheila Fitzpatrick, o el recuento sorprendentemente panorámico (abordando asuntos como la familia, la sexualidad, la religión o las artes) *The Russian Revolution: A Very Short Introduction*, de S.A. Smith (2002).



Probablemente, las mejores historias de la Revolución Rusa sean las escritas por el polaco-estadounidense Richard Pipes y el inglés Orlando Figes. El libro de Pipes, publicado originalmente en 1990 y ahora traducido, compendia una vida de dedicación a temas rusos. Pocos años después, en 1996, apareció en inglés *La Revolución Rusa*, de Figes (cabe anotar que también en 1996 se publicó *From Tsar to Soviets*, de Christopher Read, más breve, pero tan bueno que podría competir con esas obras mayores).

Tanto Pipes como Figes concluyen sus libros con la muerte de Lenin en 1924, pero adoptan un enfoque de más largo plazo para el comienzo del derrumbe del zarismo: Pipes lo ve en los disturbios en las universidades de 1899, mientras Figes lo ve en las reacciones a la hambruna en 1891. Los dos autores hurgan, claro, más atrás, en las raíces del sistema ruso.



Manifestación del 17 de octubre de 1905, de Iliá Repin.

## Días (o años) que estremecieron al mundo

Pipes y Figes dedican parte importante de sus respectivos libros a cuestiones anteriores a 1917, tratando de explicar las causas del desplome del antiguo régimen. Según Pipes, lo que había en Rusia era un “Estado patrimonial” de los zares, que consideraban a sus habitantes y territorios casi como su propiedad, lo que habría impedido que se formara un sentido de legalidad. Si a esto se agrega un campesinado mísero y una intelectualidad radicalizada, agítese levemente, y ya está el cóctel revolucionario.

Pero 1917 no fue sino la culminación de otras revueltas. La más importante, la revolución de 1905. En enero, a una manifestación obrera en San Petersburgo, duramente reprimida (el llamado “domingo sangriento”), siguieron levantamientos y huelgas de trabajadores y campesinos, que se organizaron en asambleas o sóviets y bajo cuya

presión el zar Nicolás II publicó, en octubre, un manifiesto con compromisos: convocar a la primera Duma o parlamento representativo, otorgar ciertas libertades civiles y una Constitución. Es el motivo de la celebración pintada por Repin.

En realidad, no había mucho que celebrar. La monarquía “limitada” por la Duma no se limitó. La oposición de la *intelligentsia* revolucionaria se fue radicalizando; el partido bolchevique abrazó una forma más acendrada de socialismo (comenzaron a llamarse comunistas para distinguirse de sus rivales). Del lado de la monarquía, las reformas del conservador Stolipin se vieron truncadas con su asesinato en 1911. La Primera Guerra Mundial presentó la perspectiva de un colapso industrial y financiero en Rusia, más la amenaza alemana y austro-húngara sobre su territorio.

Aquí estamos de nuevo, entonces, a comienzos del año 1917, en Petrogrado, con la tensión y la incertidumbre.

La aparentemente espontánea revolución de febrero y la caída de la monarquía generó entusiasmo y un sentimiento de liberación. Se abolió la pena de muerte y se establecieron libertades de prensa, reunión y conciencia. La Duma asumió el poder en la forma de un gobierno provisional. Los sóviets estaban dominados por los socialistas (mencheviques y socialrevolucionarios); los bolcheviques, a pesar de su nombre (“mayoritarios”), eran minoría. Se habló de un “poder dual” (gobierno y sóviets), pero había cuando menos una confluencia en Aleksandr Kérenski, social-revolucionario, vicepresidente del sóviet y ministro de Justicia y Guerra del gobierno.

Los más famosos bolcheviques, Lenin y Trotski, estaban fuera de Rusia para febrero (en marzo llega el primero; en mayo el segundo).

En abril, Lenin planteaba que solamente se podría detener la guerra y asegurar las conquistas de la revolución con el poder en manos de los sóviets, negando todo apoyo al gobierno. Eran minoría, pero los bolcheviques fueron ganando influencia y en junio eran mayoría en el sóviet de Petrogrado.

En julio, con el fracaso militar de la ofensiva propiciada por Kérenski en el frente occidental (para cumplir con sus alianzas y disciplinar a sus tropas), aumentaron las deserciones y protestas. Soldados y obreros se manifestaron en favor de la toma del poder por el sóviet, en las llamadas “jornadas de julio”. Los bolcheviques, sobrepasados, lo creyeron prematuro (Trotski fue encarcelado y Lenin se refugió en Finlandia). Kérenski, a pesar de perder popularidad, quedó al frente del gobierno.

Los desencuentros de Kérenski con el comandante en jefe del ejército, el general Kornílov, provocaron un alzamiento militar e intento de golpe de Estado en septiembre, fracasado por el apoyo de los sóviets y, especialmente, de los bolcheviques.

El golpe fallido debilitó aún más a Kérenski y apuró los planes bolcheviques para tomar el poder. La noche del 24 al 25 de octubre, los bolcheviques, dirigidos por Lenin, se apoderaron de puntos clave de la capital y dispararon contra el Palacio de Invierno, sede del gobierno, que se rindió rápidamente.

## Testigos

El relato, la historia de cualquier acontecimiento, se construye con los fragmentos y las miradas de los distintos testigos. Así también ocurre con la Revolución Rusa. Un ejemplo atractivo es *Caught in the Revolution*, de Helen Rappaport. No pretende ser un recuento completo, sino presentar los eventos de 1917, de febrero a octubre, en Petrogrado, según los vivieron varios residentes extranjeros: hombres de negocios, diplomáticos, periodistas, aventureros. Aparece el “carismático socialista y rebelde profesional” John Reed, quien llegó con su esposa en septiembre de ese año sin conocer el idioma ni tener contactos. Atraviesan por sus páginas el deslenguado y chismoso embajador de Francia, así como su contraparte británico, quien insiste en dar sus caminatas a través de las batallas callejeras. En agosto, enviado por el servicio de inteligencia británico “para prevenir la revolución”, llega Somerset Maugham bajo el nombre de Somerville.

Algunos de los puntos más altos del libro son las presencias sorprendidas, ligeramente desajustadas. Por ejemplo, en junio de 1917, Emmeline Pankhurst, decana del movimiento sufragista británico, llegó a Petrogrado con la misión de persuadir a las mujeres rusas de mantener a su país en guerra contra los alemanes. Allí conoció a María Bochkariova, “Yashka”, heroína-soldado, quien apoyada por Kérenski formó un “batallón femenino”. En una fotografía aparecen ambas; la inglesa, por las huelgas de hambre y los encierros en prisión luce mucho más débil

que su amiga rusa (“Yashka” sería después fusilada como “enemiga del pueblo” en 1920).

Otros libros recientes permiten ejercicios parecidos. Si en octubre la revolución fue un éxito en Petrogrado; en Moscú (la otra ciudad más importante rusa, de tradición medieval) encontró mayor resistencia. Solo varios días después se logra tomar el Kremlin. ¿Cómo se vivieron estos hechos por distintas personas y cómo, eventualmente, cambian para siempre sus vidas?

En octubre, el capitán Jacques Sadoul estaba en Petrogrado. Había llegado en septiembre, como parte de la misión militar francesa y de inmediato comenzó a enviar cartas a su amigo, el diputado Albert Thomas, las que dan cuenta de sus apreciaciones y su implicación creciente. El 25 de octubre anota: “El movimiento bolchevique ha estallado esta noche”. Al día siguiente conoce a Lenin y Trotski. Insiste a sus superiores sobre la necesidad de tomarlos en serio. Su experiencia, que aparece en *Cartas desde la revolución bolchevique*, lo llevó a una transformación: de socialista moderado a comunista. “No soy bolchevique”, dice más de una vez, pero en agosto de 1918 se unió a ellos. En Francia un consejo de guerra lo condenó a muerte por traición, pero sería absuelto.

En octubre, la poeta Marina Tsvietáieva no estaba en Petrogrado ni en Moscú, sino en Crimea, con su hermana y su segunda hija, recién nacida. Como su marido era un cadete militar defendiendo el Kremlin, viaja de urgencia a Moscú en tren; allí ve las noticias en un diario: el Kremlin fue demolido (lo que no era efectivo).

Así comienzan sus *Diarios de la Revolución de 1917*. A Tsvietáieva solo la menciona Figes respecto del hambre en el campo y cita un poema suyo que comparaba a Kérenski con Napoleón. Pero su historia es mucho más compleja. Siguiendo a su marido, enviado a Crimea para formar parte de la resistencia antibolchevique, deja a sus hijas con parientes en Moscú. Al

ir a buscarlas, había comenzado la guerra civil y no puede regresar: no verá a su marido ni a su hermana durante los próximos cinco años, años terribles: dos hijas, sin ingresos y siendo muy poco práctica. Conocidos y vecinos la protegieron, le dieron comida, le consiguieron trabajo: uno que dejó a los meses (era tal su desinterés, que ni supo que su jefe era Stalin). Estaba tan necesitada que, cuando su hija mayor contrajo malaria, decidió dejar a la menor en un orfanato, donde murió de hambre.

Pável Sheremétev, vástago de una de las familias más ricas y poderosas de la aristocracia rusa, en octubre estaba en Moscú. En cuanto los defensores del Kremlin se rindieron y terminaron los disparos, fue a recoger los huesos de los antiguos príncipes de Moscovia, que los profanadores de tumbas habían esparcido por el suelo. También estaba en Moscú el príncipe Vladímir Golítsin, conocido como “el Alcalde”, quien se negaba a escuchar referencias a los “buenos tiempos” porque pensaba que los viejos tiempos habían llevado al desastre. Douglas Smith, en *El ocaso de la aristocracia rusa*, relata la caída y desaparición casi total de una clase social, recurriendo a la historia de dos de las familias más representativas de la nobleza: los Golítsin y los Sherémetev. Después de la Revolución sus propiedades fueron incautadas y sus fortunas, robadas; la casta de “los de antes” se vio obligada a realizar trabajos pensados para humillarlos, como excavar tumbas o palear nieve.

## Revoluciones históricas

Las historias existentes de la revolución suelen dividirse en dos tipos según su actitud ante la toma del poder por los bolcheviques en octubre: algunos historiadores la consideran una insurrección con apoyo popular (Carr, Ferro); otros, en cambio, como un golpe de Estado (Pipes, Figes). Está claro que para Pipes y Figes fue en febrero cuando

aconteció la verdadera revolución, en el sentido de que surgió de protestas espontáneas y que el gobierno resultante tuvo una aceptación general. La revolución de octubre no fue más que un golpe preparado por conspiradores y perpetrado por un partido político que se hizo del poder. Según esta visión, los bolcheviques engañaron y manipularon a los obreros, campesinos y soldados con la fachada de “poder soviético”.

La idea de la revolución de febrero como más pacífica y benigna, por otra parte, no es tan nítida. Figes lo considera un “mito”, con 1.443 muertos o heridos; Pipes la cree “relativamente incruenta” (víctimas: entre 1.300 y 1.450). Según Helen Rappaport, muchos de los testigos refieren una especie de celebración, aunque otros, como la periodista Florence Harper y su fotógrafo Donald Thompson, vieron mucha violencia, policías linchados o golpeados hasta morir. La cifra oficial sería de 1.382 víctimas, pero diplomáticos y periodistas de la época daban cifras que iban de los 4.000 a los 10.000.

Tras la revolución de octubre habría una guerra civil entre las facciones “roja” (bolchevique) y “blanca” (antibolchevique) que continuaría por años (“rojos” y “blancos”, a su vez, sufrieron las acciones de guerrillas campesinas, los “verdes”, quienes rechazaban ser reclutados). La guerra civil dejó al país agotado, arruinado, bajo la dirección de un partido cada vez más monolítico. Pipes dedica su último capítulo al terror rojo; pero el terror blanco apenas lo menciona.

Como sea, millones de rusos murieron entre 1914 y 1921: la Primera Guerra Mundial, la guerra civil, terrores blancos, rojos o verdes, la hambruna y una epidemia de tifus. ¿Qué había pasado desde la alegría de febrero de 1917 a la profundidad del desastre que había llegado a casi todos hacia 1921?

Las historias de las revoluciones, anota Pipes, nunca son imparciales. De un apasionado y reconocido anticomunismo, de vez en cuando se

traslucen sus posturas conservadoras. Figes en más de alguna ocasión se deja llevar por ilusiones liberales, como en su relato del antiguo régimen y su “retraso”. La lectura conjunta de Pipes y Figes, con todo, entrega un cuadro muy completo. Quizá la mayor fortaleza de Figes está en su manejo de la historia social rusa; en este punto se distingue de Pipes, en cuyo libro a ratos la sociedad parece ausente. El centro del libro de Figes es su comprensión del pueblo ruso: los campesinos, pero también los pobres de las ciudades o la *intelligentsia*. Pipes le atribuye una gran responsabilidad a esa intelectualidad que asumió la dirección de las protestas por descontento y en su condena cubre no solo a los bolcheviques, sino también a las corrientes socialistas moderadas.

Pipes y Figes no solo muestran los movimientos de masas, sino también individuos, y van intercalando en sus relatos una serie de retratos breves de ciertos personajes, rastreando su fortuna (o infortunio) a través de los años. En el caso de Figes, son sujetos de diversas clases sociales, desde escritores y militares hasta trabajadores y campesinos. En muchos coinciden: Stolypin, el Príncipe Lvov, Kérenski, Kornílov, Lenin.

Ambos concuerdan en su visión de Kérenski: ambicioso, teatral, melodramático, dado a las grandes proclamas y afectando poses napoleónicas, pero el mismo Figes la ha corregido en su libro posterior junto a Boris Kolonitskii, *Interpretar la Revolución Rusa* (1999), con una perspectiva mucho más equilibrada sobre sus cualidades y defectos, así como de sus dilemas, el principal de los cuales fue lidiar entre la extrema izquierda y la reacción (alguna vez se llamó a Frei Montalva el “Kérenski chileno”).

Los dos concuerdan también en su retrato cáustico y negativo de Lenin. Para Figes era un hombre libresco, obsesionado con la revolución clandestina, sin conocimiento del modo en que vivía la gente, por la que sentía si no desprecio, al menos indiferencia. Pipes agrega que solo lo

movía el odio, que era un cobarde y parece dar por hecho que era un “agente alemán”. Según ellos, Lenin siempre supo que su tipo de revolución generaría una guerra civil y se preparó para ella. Los aspectos más libertarios de la retórica y política de Lenin los ven como una manipulación cínica, con lo cual parecen no enfrentar toda la complejidad de Lenin.

En 1924, al momento de su muerte, a los 53 años, Lenin pensaba que Stalin era una amenaza para la unidad del partido. Pronto Stalin terminaría de extinguir los ideales de la revolución, o las revoluciones, de 1917. 📍



**La Revolución Rusa  
(1891-1924)**

Orlando Figes

Edhasa, 2010

992 páginas

\$45.600



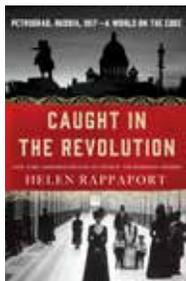
**Cartas desde la revolución  
bolchevique**

Jacques Sadoul

Turner / Océano, 2016

500 páginas

\$21.700



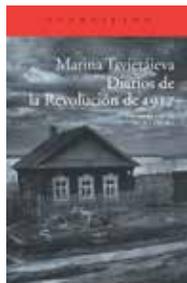
**Caught in the Revolution**

Helen Rappaport

St. Martins, 2017

430 páginas

US\$28



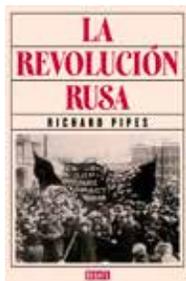
**Diarios de la Revolución de  
1917**

Marina Tsvietáieva

Acantilado, 2015

224 páginas

\$18.900



**La Revolución Rusa**

Richard Pipes

Debate, 2016

1.048 páginas

\$26.000



**El ocaso de la  
aristocracia rusa**

Douglas Smith

Tusquets, 2015

512 páginas

\$32.900



Imagen: Ulli Podpertaya

**Liudmila Ulítskaya:**

# “El régimen ruso de hoy está genéticamente vinculado al anterior”

Es la novelista rusa contemporánea más leída en el mundo y en su país, donde es considerada una especie de conciencia moral. Disidente en la época de la Unión Soviética y crítica del gobierno de Putin, Ulítskaya habla aquí sobre las transformaciones que ha vivido en este último siglo una sociedad que nació con el mito de una revolución comunista y terminó entregada al capitalismo de oligarcas multimillonarios.

**POR EVELYN ERLIJ**

**(TRADUCCIÓN DEL RUSO DE YULIA DOBROVOLSKAYA)**

**P**or más de un siglo, Rusia fue una nación de mujeres. No en la esfera pública, pero sí en el espacio privado. Las guerras, declaradas y no declaradas, se han sucedido desde 1904 (año de la contienda contra Japón), y como resultado de ese impulso bélico los hogares se fueron vaciando de hombres. Solo en la Segunda Guerra Mundial, casi nueve millones murieron. Crecer sin padre o criar hijos sin una figura paterna se convirtió en una experiencia normal, y la literatura postsoviética es un buen testimonio. La Premio Nobel bielorrusa, Svetlana Alexiévich, escribió que no recuerda voces masculinas en su infancia. La autora Liudmila Ulítskaya (1943), en tanto, ha poblado sus libros de mujeres solas, de madres solteras, de esposas abandonadas que siguen adelante con una fuerza que cualquier hombre envidiaría.

La guerra no siempre fue el motivo de esa ausencia. En su cuento “La hija de Bujara”, compilado en *Bednye rodstvenniki* (*Parientes pobres*, 1992, sin traducción al español), Ulítskaya narra la historia de un doctor que se va de su casa cuando su pareja da a luz a una niña con síndrome de Down. En “Bronka”, incluido en ese mismo libro, una joven tiene un hijo cada año sin que nadie sepa quién es el padre. Simka, su mamá, tampoco hace preguntas. Quizá porque de eso se trataba vivir en la Unión Soviética: de aceptar la realidad sin hacer demasiadas preguntas. Así, a través de relatos cotidianos, la escritora reconstruye una memoria que desarma las narraciones gloriosas del pasado soviético oficial. Por ello, sus palabras son escuchadas como una suerte de voz de la conciencia del pueblo ruso.

“Si me consideran una autoridad moral es solo porque tuve la suerte de conocer a personas ejemplares. La vida ha sido generosa conmigo –explica Ulítskaya desde Moscú, Rusia, país en el que hoy es una de las autoras más leídas–. Desde joven he estado cerca de gente increíble, de un nivel moral e intelectual altísimo, y de distintos estratos sociales, desde científicos célebres hasta personas sencillas de gran calidad humana; desde disidentes, hasta mujeres sumisas entregadas a labores domésticas y al cuidado de sus hijos. Todos ellos están detrás mío. Yo, en realidad, no soy importante. No me atrevo a ofrecer una respuesta sobre por qué la gente lee mis libros en Rusia. Solo puedo decir que es algo que me alegra”.

Aunque en español hay solo cinco títulos traducidos, ha publicado una veintena de novelas y libros de relatos breves, por los que ha recibido importantes distinciones. En 1996 ganó el Premio Médicis de Francia; en 2001 obtuvo el Premio Booker ruso, y en 2009, el Premio Booker internacional. Sus trabajos han sido traducidos a 25 idiomas, pero su fama no ha evitado que las voces oficialistas de su país la tilden de “traidora”. Ulítskaya ha declarado de manera pública su descontento con el régimen de Vladimir Putin (“una sociedad que elige a un miembro de la KGB como presidente no es una sociedad consciente”, ha dicho), ha participado en protestas contra él y ha criticado la guerra que lanzó contra Ucrania en 2014.

Ese mismo año, el Estado ruso inició una investigación en su contra por supuesta “propaganda homosexual”, tras ser editora de una serie de libros infantiles sobre cómo viven las familias en otras partes del mundo. “¿Por qué en vez de escribir sobre lo importante, usted ahoga la Gran Historia en lo individual y lo cotidiano? (...) ¿No se trata de un nuevo tipo de falsificación de la Historia, sobre todo considerando su estatus de gurú?”, la interrogó el crítico literario Lev Danilkin, de la revista rusa *Afisha*, en una de las varias entrevistas hostiles que le han hecho en su país.

**“No me gusta el régimen actual por muchos motivos, pero he de mencionar estos dos detalles: la ausencia de represiones graves y las puertas abiertas”.**

Ser parte de la disidencia y vivir al margen de la oficialidad ha sido la historia de su vida. Nació en Baskortostán y se educó en Moscú, donde siguió una carrera como bióloga y genetista. Cuando trabajaba en un laboratorio, un empleado la denunció a ella y a cuatro científicos por leer y distribuir literatura prohibida. Terminó en prisión, y aunque fue liberada al día siguiente, perdió su trabajo, lo que a la larga la llevó a dedicarse a la dramaturgia y, luego, a la narrativa. El *samizdat* (la copia y divulgación de libros censurados) es el tema que aborda en su última novela, *Zeliony chatior* (*La carpa verde*, sin traducción al español), en la que narra los destinos de tres amigos que, en la era post-Stalin, se convierten en disidentes por amor a los libros.

“Pertencí a esa juventud cuyas vidas cambiaban bajo la influencia de los libros –cuenta–. Nunca en la historia de nuestro país y, creo, del mundo en general, hubo otra época de ‘gran lectura’ equiparable a la de mi juventud. El libro era un verdadero tesoro y no solo me refiero a los libros de contenido político. Hasta los viejos manuales de genética en su momento fueron retirados de las bibliotecas, en los tiempos en que esta era perseguida. Por muy ridículo que parezca, ¡la genética fue tildada de ‘pseudo ciencia de la burguesía’! Sería erróneo pensar que solo Orwell o Solzhenitsyn fueron prohibidos. Qué feliz me sentí cuando a mediados de los 60 me pasaron el primer libro de un autor desconocido llamado Vladimir

Nabokov. ¡Descubrí un mundo nuevo! Eso es lo que para nosotros significaba *samizdat* y *tamizdat* (la publicación en el extranjero de autores soviéticos prohibidos).

**—¿Por qué se le temía tanto a la palabra escrita en la Unión Soviética?**

Nunca he visto listas de los libros prohibidos y no estoy segura de que en la KGB hubiera tales listas: cualquier libro que no había pasado el

control de la censura estaba bajo sospecha. En aquella época, incluso los Evangelios estaban prohibidos. Las autoridades odiaban toda palabra libre, independientemente del ámbito del conocimiento humano: ciencia, arte, historia, filosofía. “En el principio era el verbo”: nuestros caudillos incultos difícilmente reconocerían la cita, pero instintivamente temían la palabra libre.

—**¿Qué pasó con la disidencia que describe en *La carpa verde*? ¿Cuán viva está en la Rusia de Putin?**

Algunos emigraron a Occidente, algunos se quedaron y encontraron un idioma común con la autoridad. Ha crecido una nueva generación de disidentes, pero es muy distinta a la de los idealistas de antes. ¿Cómo son sus vidas? Nada fácil. Pero la resistencia moderna no está sometida a las represiones tan fuertes de los años soviéticos. Según los datos de Memorial (asociación por los derechos civiles), actualmente en Rusia hay 120 presos políticos. No son los miles ni millones que había en los tiempos de Stalin. El poder actual no es tan sanguinario como lo era entonces. No obstante, la situación es tal, que un gran número de personas cultas, capaces de formar criterios independientes, elige abandonar el país. Es malo para Rusia, pero para los que se van, esperamos, es bueno. Las autoridades no ponen obstáculos a los que deciden marcharse. Y esto también habla a su favor, si lo comparamos con el estalinismo. No me gusta el régimen actual por muchos motivos, pero he de mencionar estos dos detalles: la ausencia de represiones graves y las puertas abiertas.

**“La supervivencia de la humanidad está ligada a la comprensión de que somos parte de la misma especie, y que el objetivo principal consiste en comprender a las civilizaciones distintas y encontrar el consenso en vez de buscar el enfrentamiento. La Rusia actual todavía no ha madurado para asimilar esta idea bastante sencilla”.**

—**Muchos de sus relatos transcurren en los días duros de la URSS. ¿Cree que ese pasado también está hablando del presente de Rusia?**

No soy una gran conocedora de la historia, hice carrera en biología, lo cual determina mi modo de ver. Incluso la historia la estudio desde el punto de vista de la evolución: a partir de esa mirada, el presente siempre es una continuación del pasado. La historia del siglo XX e incluso del XXI demuestra que a la larga los vencedores resultan perdedores, y que los vencidos, aprendiendo de su derrota, son capaces de desarrollarse. Hace 70 años, el mundo era bipolar y nadie dudaba que estos polos opuestos eran Estados Unidos y la URSS (también se podría decir el capitalismo y el socialismo), pero hoy la bipolaridad ya no existe, lo cual no me entristece. Creo que la supervivencia de la humanidad está ligada a

la comprensión de que somos parte de la misma especie, y que el objetivo principal consiste en la máxima colaboración, en el esfuerzo para comprender a las civilizaciones distintas y encontrar el consenso en vez de buscar el enfrentamiento. La Rusia actual todavía no ha madurado para asimilar esta idea bastante sencilla. Estamos a la espera. Tal vez viviremos para verlo. Lo mismo es cierto para cualquier potencia mundial.

—**El derrumbe del socialismo y la conversión de Rusia en una economía de mercado fue un giro violento. ¿Cómo cree que afectó la mentalidad de su país?**

Creo que los 70 años del régimen soviético dejaron en ella una cicatriz profunda. El miedo frente al poder que vivieron varias generaciones fomentó mucha cautela. Para sobrevivir hacía falta “mezclarse con el paisaje”, camuflarse, pero incluso así

uno corría riesgos. En los años en que los organismos de seguridad estatal recibían desde arriba una orden expresada en números sobre cuántas personas había que arrestar ese mes o ese año, nada salvaba, ni la cercanía con personas clave ni la participación activa en las represalias en el bando de cazadores. El régimen de hoy está genéticamente vinculado al anterior. El jefe del Estado dijo públicamente que la caída de la URSS fue una catástrofe geopolítica. Es así como la mayoría percibe la actualidad. La retórica soviética es sustituida por otra idea utopista: la misión especial de Rusia en el proceso histórico. Es la idea euroasiática, es decir, cuando Rusia no se presenta como la frontera del mundo occidental, sino como la vanguardia de Asia fusionada con Europa, que sigue su propio camino y posee un carisma especial. Incluso existe un término especial: Eurasia. Entre estos dos pilares, Oriente-Occidente, oscila el columpio ruso, alejándose y acercándose a la democracia occidental. Y este mismo proceso se reproduce en la conciencia popular.

**—La Rusia del último siglo comienza con el mito de la revolución comunista y termina con un capitalismo de oligarcas ultramillonarios. ¿Cómo se enseña esta historia hoy? ¿Cómo se da coherencia en el discurso a ese relato tan contradictorio?**

Es un gran problema. Sobre todo para los historiadores profesionales. Fue el tema de grandes discusiones hoy prácticamente extintas. Dado que tanto la política como los funcionarios que están a su servicio siguen muy atentos a lo que dicen y opinan en las cimas del poder, hasta ahora no se ha logrado escribir un nuevo manual de Historia. Las imágenes de los caudillos (Lenin, Stalin) tienen dos caras. La desestalinización que había comenzado, hoy se ha reducido a nada. A pesar de estar tan lejos, usted ha percibido un rasgo muy preocupante de

**“El jefe del Estado dijo públicamente que la caída de la URSS fue una catástrofe geopolítica. Es así como la mayoría percibe la actualidad. La retórica soviética es sustituida por otra idea utopista: la misión especial de Rusia en el proceso histórico”.**

una solución teatralizada y veremos, por ejemplo, un gran show en la Plaza Roja o en los Campos de Marte de San Petersburgo. De verdad es un rompecabezas ideológico difícil: ¿celebrar el centenario de la Revolución como una gran victoria o reconocerlo como un grandísimo error?

**—¿Qué piensa del uso que Putin ha hecho de la figura de Stalin como símbolo de la fortaleza rusa, al mostrarlo como el hombre que expandió el imperio y venció al nazismo?**

Kruschev abrió ese grifo, me refiero a la desestalinización, y el agua comenzó a fluir. El país dijo en voz alta lo que había sufrido. De todos los Evangelios, en Rusia, al parecer, solo han sabido oír las palabras de Pablo que aparecen en su Epístola a los romanos: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas”. Es una frase muy cómoda para cualquier poder. Hoy no solo presenciamos la restauración del estalinismo, sino que vemos que Iván el Terrible, tirano y delincuente, se convierte en una gran personalidad histórica. Todas estas tendencias están vinculadas al embate de

nuestro país y de nuestra sociedad: el intento de combinar lo incombible. Esto ocurre en la esfera mental y en el ámbito económico. De hecho, su pregunta contiene la respuesta: no se pueden unir los ideales comunistas con el capitalismo de oligarcas, pero es justo lo que se intenta.

**—No se han anunciado conmemoraciones oficiales por el centenario de la Revolución de octubre. ¿Qué le parece el supuesto miedo que tendría Putin frente a lo que simboliza Lenin, es decir, una revolución popular?**

Soy incapaz de reconstruir las supuestas dolencias de alma de Vladimir Putin. No excluyo que a último momento encontrarán

los ánimos imperialistas, al nacionalismo y patriotismo que el poder, en su búsqueda de un pilar firme, quiere usar de punto de apoyo. Es una piedra insegura, pero más aún: es peligrosa. Las autoridades actuales son precavidas: por un lado, sienten el deseo de dar marcha atrás y volver a meter a Stalin en su pedestal. Por otro, no tienen ganas de perder las últimas esperanzas de que el mundo vea en Rusia no un país asiático subdesarrollado, con un líder inamovible, sino un Estado civilizado. Eso lleva a que la política interior y la exterior no coincidan.

—¿Qué le parecen esos jóvenes que hoy usan la sigla “URSS” en sus ropas?

Veo más a menudo a jóvenes con las siglas soviéticas fuera de Rusia, en el extranjero. No estoy segura de que esto refleja sus simpatías hacia el Estado desaparecido. Durante mucho tiempo, la más popular imagen en las camisetas era la del Che Guevara, pero cuando pregunté a un par de chicos quién era, no supieron responder. La mezcla de McDonald’s, Che Guevara, marcas populares de zapatillas, Beatles, Madonna y tatuajes son signos de la globalización, sea cual sea nuestra postura frente a esto. Es un fenómeno complejo, pero para mí es un presagio de la formación de una humanidad nueva, planetaria, con una conciencia nueva, con posibilidades nuevas y, espero, más ética que nosotros.

—¿Es optimista respecto del futuro de Rusia?

En 1991 hubo una oportunidad de librarnos del poder soviético y de comenzar el camino democrático. Pero la perdimos. Confiemos en que no era la última oportunidad. El “tercer camino” que proponen los nuevos ideólogos, a nivel de definiciones, es flojo. No he encontrado en él nada, aparte de la retórica nacionalista sazonada con algo de mística. Tal vez no he sido capaz de comprender. Por varias razones no puedo hacer predicciones sobre el futuro de Rusia. La más importante es que hoy la situación es tan complicada, que no se puede esperar nada bueno. No obstante, vivir es increíblemente interesante. Al menos, mientras no corra la sangre. ⑤



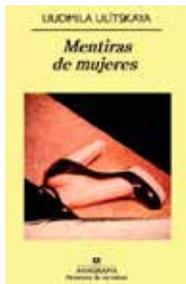
**Daniel Stein, intérprete**

Liudmila Ulítskaya

Alba Editorial, 2013

512 páginas

\$20.113 en Bookdepository



**Mentiras de mujeres**

Liudmila Ulítskaya

Anagrama, 2009

176 páginas

\$13.804 en Bookdepository



**Sóniechka**

Liudmila Ulítskaya

Anagrama, 2007

128 páginas

\$11.140 en Bookdepository



**Sinceramente suyo, Shúrik**

Liudmila Ulítskaya

Anagrama, 2006

480 páginas

\$19.065 en Bookdepository



# La noche del marxismo

Las lecciones intelectuales y éticas del filósofo polaco Leszek Kołakowski resultaron vitales para la formación de un movimiento que luchó por los valores democráticos en su país, como fue Solidaridad. Reproducimos una versión abreviada de la entrevista que sostuvo con el historiador Enrique Krauze, incluida en el libro *Personas e ideas*, en la que Kołakowski se explaya sobre el carácter secular y al mismo tiempo espiritual del comunismo, y sobre la necesidad humana de tener, siempre, una utopía.

POR ENRIQUE KRAUZE

A finales de 1983, días después de entrevistar a Leszek Kołakowski en su pequeño despacho de All Souls College, en Oxford, escuché a Isaiah Berlin referir sobre él esta anécdota significativa. Berlin le había preguntado recientemente sobre su situación personal, a lo que Kołakowski le había contestado: “Mire usted: Inglaterra es una isla en Europa, Oxford es una isla en Inglaterra, All Souls es una isla en Oxford y yo soy una isla en All Souls”.

Aquel invierno de 1983 debía de sentirse aún más aislado. Apenas hacía un año, el gobierno polaco había decidido reprimir al sindicato Solidaridad. Lech Wałęsa estaba confinado y la mayoría de los intelectuales amigos suyos (Michnik, Kuron) vivían ocultos o permanecían presos. Aunque él mismo había sufrido persecución y exilio, lo que entonces parecía el fin de la primavera polaca debió ser para él particularmente doloroso: ninguno de los levantamientos libertarios en Polonia después de la guerra había despertado una esperanza similar.

Kołakowski era ya entonces uno de los grandes pensadores de Occidente. Y tal vez uno de los últimos. Filósofo e historiador de la filosofía, autor de cuentos (algunos incluso para niños), pensador político y teórico de la religión, Kołakowski se había formado en un marxismo heterodoxo, pero se sentía igualmente a sus anchas con el empirismo lógico y la filosofía analítica. En su juventud, tras una visita a la URSS, el célebre discurso autocrítico de Krushev y la rebelión de 1956 en Budapest, le decepcionó el sistema comunista y llegó a convertirse en un enemigo público del gobierno polaco. “Invitado a salir” a finales de los 60, vivió errante en las universidades de McGill, Yale, Berkeley, hasta establecerse en la Universidad de Chicago y la de Oxford. Para entonces contaba ya con una bibliografía impresionante:

un libro sobre Spinoza, otro sobre Husserl, uno más sobre Hume y el Círculo de Viena, el muy influyente *La responsabilidad de la inteligencia*, *Cristianos sin Iglesia* y una obra monumental en tres tomos: *Las principales corrientes del marxismo*.

El tema del que me interesaba debatir con él era el mismo que desvelaba sus noches y (un poco también) las nuestras: el pasado, presente y futuro de la ideología marxista. Ninguna voz más legítima que la de Kołakowski para tratar el asunto, por conocerlo en todos sus niveles (como teoría de la historia y como historia vivida); sabía que la perpetuación de los regímenes comunistas era imposible y aportaba datos y conjeturas impecables para sustentar su argumento. Pero no se atrevía a profetizar el momento exacto ni la forma del derrumbe, en particular el del eje del Imperio: la URSS. El tiempo, en breve, le daría la razón, pero la certeza de ese desenlace no lo consolaba. Aunque Kołakowski no era un filósofo analítico, con la exigencia de precisión en las palabras y de consistencia lógica en los argu-

mentos mostraba su familiaridad con esa corriente, que tenía a Oxford como una de sus capitales. Su diagnóstico histórico era a fin de cuentas optimista, pero su ánimo permanecía sombrío. Tenía 56 años y caminaba con acusada dificultad, visiblemente encorvado, usaba bastón y aparentaba más años de los que tenía. No reía, sonreía de lado, como con pena, como a pesar de sí mismo, con una mueca que resaltaba aún más la oscura concavidad que enmarcaba sus ojos fijos, azorados, reconcentrados.

—**Se ha dicho que el marxismo guarda paralelismos inquietantes con el cristianismo medieval. Es una fe celosa e intolerante, que impera sobre una constelación de Estados: una nueva Iglesia. ¿Hasta qué punto cree usted en esta similitud?**

Creo que el paralelismo es válido solo hasta cierto punto. Las diferencias son quizá más importantes que las semejanzas. En primer lugar, pienso que al marxismo, en su vertiente leninista, lo ha movido siempre una ambición mayor que la de la Iglesia. Por más intolerante que haya sido, la Iglesia admitió siempre el principio de deslinde entre los ámbitos seculares y los eclesiásticos. Aunque la línea de demarcación entre ellos fuese materia de disputa, el principio en sí (fundado, claro está, en las palabras de Cristo: “Dad al César...”) fue reconocido invariablemente. El poder comunista, en cambio, busca monopolizar todas las facetas de la vida humana. Es una concentración de poder secular y espiritual sin precedente histórico, que abarca todas las áreas vitales: economía, medios de comunicación, relaciones políticas, ideología. En este sentido, la analogía no funciona bien.

Por lo demás, a pesar de la intolerancia que desplegó en diversos períodos históricos, la Iglesia fundaba su existencia en una verdadera fe en la doctrina. También la fe en el comunismo se mantuvo viva alguna vez.

Pero ahora puede afirmarse, con seguridad, que, como tal, se ha evaporado en los países comunistas. Lo que subsiste en ellos es un sistema de poder sin el sustento de una fe viva. Esta ideología es necesaria porque confiere legitimidad al sistema político, pero hoy ya nadie en los países comunistas la toma en serio. Nadie: ni dominados ni dominadores. Este es un segundo punto en el que falla la analogía.

El tercero puede formularse así: a pesar de que el comunismo, en los momentos en que encarnó una fe viva y real, semejaba un credo religioso y su partido una Iglesia, fue más la caricatura de una religión que una religión propiamente dicha.

Con todo, en algunas mentes funcionaba de un modo similar a la fe religiosa: proveía un sistema mental invulnerable. Era completamente inmune a la refutación de los hechos, de la historia, de la realidad, pero al mismo tiempo reclamaba para sí el título de “conocimiento científico”. Solo en este sentido funcional se sostiene la analogía entre marxismo y religión.

—Usted ha sostenido concepciones distintas del lugar que ocupa la utopía en la sociedad. ¿Qué piensa

ahora? ¿La fe en la utopía es necesaria? ¿Es sana? ¿Cuál sería su propio balance histórico de esta antigua propensión humana?

Mientras la utopía sea tan solo la visión de un mundo sin sufrimiento, sin tensión y sin conflictos, la utopía es un ejercicio literario e inofensivo. La utopía se vuelve siniestra cuando creemos poseer una especie de técnica del Apocalipsis, un instrumento para dotar de vida real a nuestras fantasías. Entonces, con tal de alcanzar aquel noble fin, ningún sacrificio nos parecerá pequeño.

La utopía implica un fin último

(por más vagamente que se le defina) y todos los medios que conducen a él pueden parecer válidos. A los jefes de los países comunistas, por ejemplo, la fantasía utópica les da un marco conceptual muy conveniente: sobrevendrá un mundo perfecto de unidad y felicidad; podrá suceder en 100 años o quizá en mil años, pero su certeza justifica el sacrificio de las generaciones actuales. Solo en este sentido, creo, el pensamiento utópico se vuelve realmente maligno: la utopía como instrumento al servicio de la tiranía.

En otro sentido, sin embargo, nadie puede prohibirnos (ni sería deseable) pensar en términos de valores difíciles de realizarse. Hay algo natural en

**“Muy poco se habría progresado si el hombre no hubiese concebido cosas mejores, cosas literalmente impensables que guiaran, por decirlo así, su esfuerzo”.**

nuestra búsqueda de un mundo mejor, algo natural e indispensable. Después de todo, muy poco se habría progresado si el hombre no hubiese concebido cosas mejores, cosas literalmente impensables que guiaran, por decirlo así, su esfuerzo. En este sentido, la utopía es quizá una constante de la vida humana. Se vuelve muy peligrosa cuando empezamos a querer institucionalizar la fraternidad humana o cuando (como les ocurre a todos los marxistas) confiamos en arribar a la unidad perfecta y la felicidad a través de la violencia y los decretos burocráticos. Dicho todo esto, es importante recordar y mantener la idea de fraternidad humana, por impracticable que parezca.

—**En otras palabras, mantener la utopía de la utopía. Por cierto, ¿el elemento utópico en el pensamiento marxista a su juicio es esencial?**

Absolutamente esencial.

—**¿En qué consistió esa tensión utópica? ¿Hubo alguna raíz mesiánica, la huella, quizá, de Moses Hess, de quien Marx se burló tan cruelmente en *La ideología alemana*?**

Se ha especulado mucho sobre el elemento judío en la utopía de Marx. En lo personal, como usted sabe, Marx careció de una educación judía: desdeñaba su origen judío y reaccionaba duramente contra quienes solían recordárselo. Había en él incluso cierta vena antisemita. Pero más allá de estos hechos, el vínculo entre mesianismo judío y utopía marxista habría que buscarlo no en el origen judío de Marx, sino en la inspiración de Hess, en quien la tradición de mesianismo judaico se entreveraba con ciertas fantasías rousseauianas.

—**En su ensayo titulado “Tomando a las ideas en serio”, sostiene la futilidad de buscar culpables en la historia del marxismo y propone, en cambio, averiguar los elementos internos del marxismo (sus conflictos, las ambigüedades)**

**que pudiesen haber condicionado su desarrollo histórico tal como se dio. Entiendo que la pregunta es oceánica: ¿cuál es el vínculo de fondo entre marxismo, leninismo y estalinismo?**

Marx nunca imaginó el socialismo o el comunismo como una especie de campo de concentración. Eso es completamente cierto. De hecho, imaginó lo contrario. Sin embargo, hay una especie de lógica independiente de las intenciones conscientes del escritor, filósofo o profeta que propone una ideología. Podemos rastrear su desarrollo histórico. Y, en efecto, yo creo que la versión leninista del socialismo (despótica y totalitaria) no implicó esencialmente una distorsión del marxismo. Pienso que fue una variante fundada sustancialmente en el marxismo, aunque reconozco que hubo también otras variantes. La continuidad es visible si se recuerda que Marx creía en una comunidad perfecta del futuro, cuando el reino de la producción y de la distribución fuera manejado por el Estado. Se trata, en otras palabras, de un socialismo de Estado. Después de todo, fue Marx y no Stalin quien dijo en cierta ocasión que toda la idea comunista cabía en una fórmula: abolición de la propiedad privada.

Así, no hay razones para creer que el comunismo despótico y totalitario del tipo soviético no es el comunismo en el que pensaba Marx. Marx tomó de los sansimonianos el lema de la futura desaparición del gobierno sobre las personas a cambio de la administración de las cosas. Pero, en cierta manera, falló al no preguntarse cómo era posible evitar el uso de las personas en la administración de las cosas. A la postre, todo su proyecto de una sociedad perfecta apuntaba a la centralización de todos los medios productivos y distributivos en manos del Estado: la nacionalización universal. Nacionalizarlo todo implica nacionalizar a las personas. Y nacionalizar a las personas puede conducir a la esclavitud.

No tuvimos que esperar la revolución bolchevique para

**“Después de todo, fue Marx y no Stalin quien dijo en cierta ocasión que toda la idea comunista cabía en una fórmula: abolición de la propiedad privada. Así, no hay razones para creer que el comunismo despótico y totalitario del tipo soviético no es el comunismo en el que pensaba Marx”.**

descubrir esta lógica: en tiempos de Marx, muchos (en especial los anarquistas) señalaron que el socialismo marxista, el socialismo de Estado, presagiaba una tiranía mayor que las existentes hasta entonces. En su crítica a Marx, Proudhon apuntó que el comunismo significaba, de hecho, el Estado propietario de las vidas humanas. Fue Bakunin quien predijo que el socialismo a la Marx conduciría al reino despótico de los falsos representantes de la clase obrera, quienes solo reemplazarían a la anterior clase dominante para imponer una tiranía nueva y más rígida. Fue el anarquista estadounidense Benjamin Tucker quien dijo que el marxismo recomienda una sola medicina contra todos los monopolios: un monopolio único. Y fue Edward Abramowski, un anarquista polaco, quien predijo la sociedad que resultaría del triunfo comunista por la vía revolucionaria, una sociedad profundamente dividida entre clases hostiles: opresores privilegiados y masas explotadas.

Todo eso se dijo en el siglo XIX, lo cual desmiente la posible desconexión entre soviétismo y marxismo. Pero conexión no es causa. Como es obvio, la Revolución Rusa resultó de una impredecible coincidencia de accidentes históricos. El punto clave es otro: no se necesitó distorsionar fundamentalmente el marxismo para que sirviese a las clases privilegiadas, en las sociedades del tipo soviético, como instrumento de autoglorificación.

**—Sin embargo, sorprende leer en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* aquellos famosos párrafos de Marx contra el Estado, al que llama “espantoso organismo parásito”. Es natural que Marx se contradijera alguna vez, pero la intensidad de su vena libertaria en ciertos escritos conmueve y desconcierta.**

Claro. Después de todo, Marx no fundó el marxismo-leninismo. Fue un escritor que escribió a lo largo de varias décadas. Obviamente en sus escritos hay dudas, ambigüedades, cabos sueltos

y contradicciones. Y, después de todo, el marxismo-leninismo no es más que la doctrina de Stalin. Con todo, hay en Marx una idea utópica fundamental, una idea que permea toda su trayectoria y que (sin distorsión fundamental) admitía su utilización para los propósitos a los que ahora sirve. Si reparamos en cualquiera de los problemas que le preocuparon (el problema nacional, el papel del Estado, el concepto de revolución) encontraremos dudas y contradicciones. No obstante, la

idea utópica fundamental, que culminaría en el concepto del comunismo como una economía organizada desde el Estado, siempre estuvo presente. Por supuesto, no olvido que Engels y Marx “predijeron” la desaparición del Estado (la futura inutilidad del Estado es un lugar común del marxismo oficial). Sin embargo, hemos sido testigos de lo contrario: nunca antes en la historia el Estado adquirió un poder similar al de las sociedades de corte soviético. De modo que la promesa de un paulatino desvanecimiento del Estado en cien, mil o 10 mil años no nos consuela demasiado.

**—Si, como usted explica, el marxismo en el Este no es más que el vestigio de una ideología, en**

**algunas partes de Occidente conserva un fuerte atractivo. ¿Cuáles son, a su juicio, las razones psicológicas de esta permanencia?**

En la forma simple en que se utiliza para fines ideológicos, el marxismo es extremadamente fácil. Se puede aprender en un instante y ofrece todas las respuestas a todas las preguntas. Usted puede saberlo todo sobre historia sin molestarse en estudiar historia. Tiene una llave maestra que abre todas las puertas y un método sencillo con el cual enfrentarse y solucionar todos los problemas del mundo. Jean-Paul Sartre afirmó alguna vez que los marxistas eran perezosos; es cierto, no quieren que se les moleste con problemas de historia, demografía o biología. Prefieren tener una solución única para todo y la satisfacción de sentirse poseedores

**“Fue Bakunin quien predijo que el socialismo a la Marx conduciría al reino despótico de los falsos representantes de la clase obrera, quienes solo reemplazarían a la anterior clase dominante para imponer una tiranía nueva y más rígida”.**

de una verdad última. No hay que sorprenderse de que tanta gente opte por esa solución.

—Pero si uno contrasta estos fervores con todos los crímenes perpetrados en el siglo XX en nombre del socialismo...

En el pensamiento ideológico no hay hechos que vulneren la fe. Es como los movimientos milenaristas. Ciertas sectas, que aún subsisten, se empeñan en pronosticar el día exacto en que tendrá lugar el Juicio Final o el Segundo Advenimiento. Si el día llega y la profecía no se materializa, admiten con amargura haber incurrido en algún error de cálculo, pero su fe no se fractura. Pronto hacen una nueva predicción a prueba de errores. Lo mismo ocurre con el marxismo. Una vez que se adopta la certidumbre ideológica, nada la afecta: sí, claro, todo mundo reconoce haber cometido algunos errores (la matanza de 50 millones de personas, por ejemplo), pero el principio queda intacto. Nada conmueve al verdadero creyente.

—Hablemos un poco de países y política. Por una parte, sostiene usted la novedad histórica del régimen soviético: un sistema todopoderoso que anula a la sociedad civil y lo encarna todo: legisla, juzga, ejecuta, informa. Por otra parte, ha dicho que se trata de un sistema en desintegración por la falta de mecanismos de autocorrección. ¿Cómo concilia estas ideas?

No veo la contradicción. Si dije que el sistema es nuevo desde el punto de vista histórico (y creo que lo es), eso no implica que lo sea en todos sus aspectos. Mucha gente ha señalado algunos antecedentes del régimen soviético en la historia rusa. No insistiré en esto. Ciertamente, el sistema tiene raíces históricas; ciertamente, el sistema implica una vuelta a la barbarie, una reversión de los procesos de occidentalización que Rusia vivió entre la década de 1860 y la Primera Guerra Mundial. Después de todo, ya en el siglo XVIII Rusia había abolido la esclavitud y en 1861 la servidumbre. El bolchevismo reinstauró

**“Jean-Paul Sartre afirmó alguna vez que los marxistas eran perezosos; es cierto, no quieren que se les moleste con problemas de historia, demografía o biología. Prefieren tener una solución única para todo y la satisfacción de sentirse poseedores de una verdad última”.**

ambas con nombres distintos. La victoria del bolchevismo puede considerarse como una reacción antioccidental. Dije también que en la sociedad soviética alternan tendencias de unidad y desintegración. En efecto, la sociedad se unifica porque existe un solo centro de poder en todas las áreas de la vida, un centro que se arroga el derecho de monopolio sobre todos los juicios y todas las decisiones; pero, al mismo tiempo, la soviética es una sociedad en estado de desintegración porque la sociedad civil ha sido destruida casi por completo. A menos que el Estado lo ordene, en la URSS no prospera ninguna forma de organización social, ninguna cristalización de la sociedad. Cada individuo enfrenta, desde su soledad e impotencia, al omnipotente Estado que prohija esa desintegración. Las personas

deben vivir, supuestamente, en el vínculo de una unidad perfecta tal como lo expresan los líderes, pero al mismo tiempo, en la vida real, deben odiarse: se promueve el espionaje y la denuncia. Esa clase de unidad puede alcanzarse solo en las formas impuestas por el aparato del Estado. Toda otra forma está condenada a la destrucción. Es cierto que, en la práctica, esta destrucción no ha sido absoluta. Quizá la China maoísta avanzó más que la URSS en este aspecto: se esforzó por destruir a la familia, célula resistente a la apropiación estatal. Aunque también se intentó acabar con la familia, pero con menor firmeza, diría yo. El soviético es un sistema menos seguro de sí mismo. Su principio totalitario no funciona ya con la eficiencia de los tiempos de Stalin. Pero la tendencia es la misma: destruir todas las formas de vida social independientes del Estado.

—Sin embargo, han existido formas de resistencia: *samizdat*, religión, familia, identidades nacionales o locales, cultura... el humor.

Es verdad. Estas formas de resistencia varían de un país a otro. En Polonia, la identidad religiosa y nacional trabaja tenazmente contra el poder



# ¡Señor, el existencialismo, qué horror!

Política, música, peleas, sexo y filosofía confluyen de manera soberbia en este libro que arranca en 1933, con Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre y Raymond Aron conversando en un bar de Montparnasse sobre filosofía alemana. No sabían aún que en ese encuentro estaba el germen del existencialismo francés, el movimiento filosófico de mediados del siglo XX que abordaría en el crispado escenario mundial de la Guerra Fría y el poscolonialismo, los temas de la libertad, la responsabilidad y el destino de la vida humana.

POR SARAH BAKEWELL

A veces se dice que el existencialismo es más un estado de ánimo que una filosofía, y que se pueden encontrar sus huellas en los angustiados novelistas del siglo XIX, y más atrás aún, en Blaise Pascal, que se sentía aterrorizado por el silencio de los espacios infinitos, y antes en san Agustín, que indagaba sobre el alma, y antes incluso en el tedioso Eclesiastés del Viejo Testamento y en Job, el hombre que se atrevió a cuestionarse el juego que Dios estaba jugando con él y se vio intimidado y sometido. En cualquiera, en suma, que alguna vez se sintió insatisfecho, rebelde o alejado de algo.

Pero podemos ir en el otro sentido e ir estrechando el campo para el nacimiento del existencialismo moderno hasta un momento, entre 1932 y 1933, en que tres jóvenes filósofos estaban sentados en el bar Bec-de-Gaz, en la calle de Montparnasse en París, escuchando los cotilleos y bebiendo la especialidad de la casa, cócteles de albaricoque.

La que más tarde contó la historia con todo detalle fue Simone de Beauvoir, que entonces tenía unos 25 años y era dada a observar el mundo muy de cerca a través de sus elegantes ojos de párpados gruesos. Estaba allí con su

novio, Jean-Paul Sartre, un joven de 27 años con los hombros caídos y los labios curvados hacia abajo como un mero, la cara marcada y las orejas salientes, y unos ojos que miraban en direcciones distintas porque el ojo que tenía casi ciego tendía a desviarse hacia afuera en una grave exotropía o desalineamiento de la mirada. Hablar con él desorientaba mucho a los que no estaban advertidos, pero si te esforzabas por centrarte en su ojo izquierdo, te encontrabas invariablemente con una inteligencia cálida: el ojo de un hombre interesado en todo lo que pudieras decirle.

Sartre y Beauvoir estaban muy interesados en aquel momento porque la tercera persona que ocupaba la mesa tenía noticias para ellos. Era el amable antiguo amigo del colegio de Sartre, Raymond Aron, compañero licenciado de la École Normale Supérieure. Como los otros dos, Aron estaba en París pasando las vacaciones escolares de invierno. Pero mientras Sartre y Beauvoir enseñaban en las provincias francesas (Sartre en Le Havre, Beauvoir en Ruan) Aron había estado estudiando en Berlín. Entonces hablaba a sus amigos de una filosofía que había descubierto allí con el sinuoso nombre de fenomenología...



Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

una palabra larga, pero elegantemente equilibrada que, en cualquier idioma, puede constituir un verso de un trímetro yámbico por sí sola.

Aron seguramente les dijo algo como esto: los filósofos tradicionales a menudo empezaban con axiomas o teorías abstractos, pero los fenomenólogos alemanes iban directamente a por la vida tal y como la experimentaban, momento a momento. Dejaban a un lado la mayor parte de lo que había constituido la filosofía desde Platón: rompecabezas absurdos sobre si las cosas son reales o cómo podemos saber algo de ellas. Por el contrario, señalaban que cualquier filósofo que hiciera esas preguntas ya estaba arrojado a un mundo lleno de cosas... o al menos, lleno de apariencias de cosas, o “fenómenos” (de la palabra griega *phenomena*, que significa “cosas que aparecen”).

Así que, ¿por qué no concentrarse en el encuentro con los fenómenos e ignorar el resto? Los antiguos interrogantes no debían seguir planteándose siempre, sino que podían quedar entre paréntesis, por decirlo así, de modo que los filósofos pudieran enfrentarse con asuntos mucho más terrenales.

El pensador más importante de la fenomenología, Edmund Husserl, proporcionó el grito de guerra: “¡A las propias cosas!”. Significaba: no pierdas tiempo preguntándote si las cosas son reales o no. Simplemente, mira esto que se presenta ante ti, sea lo que sea, y descríbelo con la mayor precisión que puedas. Otro fenomenólogo, Martin Heidegger, añadía un giro distinto. Los

filósofos, a lo largo de la historia, han perdido el tiempo con asuntos secundarios, decía, mientras olvidaban hacer la pregunta que más importa, la cuestión del ser. ¿Qué es ser, por ejemplo? ¿Qué significa decir que uno mismo es? Hasta que no te preguntes eso, mantenía, nunca llegarás a ninguna parte. Una vez más, recomendaba el método fenomenológico: deja a un lado el embrollo intelectual, presta atención a las cosas y deja que se revelen por sí mismas ante ti.

—Ya ves, *mon petit camarade* —le dijo Aron a Sartre; “mi pequeño camarada” era su apodo para él desde que ambos eran escolares—, si eres fenomenólogo, puedes hablar de este cóctel y hacer filosofía sobre él.

Beauvoir dice que Sartre se puso pálido al oír esto, pero lo está dramatizando, presentándolo de tal modo que parece que no hubieran oído hablar nunca de la fenomenología. En realidad sí que habían intentado leer un poco a Heidegger. Una traducción de su conferencia “¿Qué es la metafísica?” había aparecido en el mismo número del periódico Bifur que un ensayo temprano de Sartre en 1931. Pero, escribía ella, “como no entendimos ni una palabra, no vimos realmente su interés”. Entonces sí que le veían el interés: era una forma de hacer filosofía que la reconectaba con la experiencia normal, vivida.

Estaban más que dispuestos para ese nuevo comienzo. En el colegio y en la universidad, Sartre, Beauvoir y Aron habían pasado por el austero

plan de estudios de la filosofía francesa, dominada por cuestiones de conocimiento e interminables reinterpretaciones de las obras de Immanuel Kant. Las cuestiones epistemológicas se abrían una hacia la otra como los giros de un caleidoscopio que diera vueltas, volviendo siempre al mismo punto: creo que sé algo, pero ¿cómo puedo saber que sé lo que sé? Era todo muy difícil, pero fútil, y los tres estudiantes (aunque sacaban notas excelentes en los exámenes) se sentían insatisfechos, Sartre el que más. Tras licenciarse insinuó que estaba incubando una nueva “filosofía destructiva”, pero se mostró poco definido acerca de la forma que tomaría, por la sencilla razón de que él mismo no lo tenía claro. Apenas la había desarrollado, aparte de un espíritu general de rebelión. Ahora, parecía que otras personas la tenían antes que él. Si Sartre se puso blanco ante las noticias de Aron sobre la fenomenología, probablemente fue por resentimiento, tanto como por emoción.

En cualquier caso nunca se olvidó de ese momento, y lo comentó en una entrevista, 40 años después. “Le aseguro que aquello me dejó anodado”. Ahí, al menos, había una filosofía real. Según Beauvoir, corrió a la librería más cercana y dijo, en efecto: “Déme todo lo que tenga de fenomenología, ¡ya!”. Y lo que le entregaron fue un delgado librito escrito por el alumno de Husserl, Emmanuel Levinas, *La théorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl*, o *La teoría fenomenológica de la intuición*. En aquella época, los libros tenían las páginas sin cortar. Sartre desgarró los bordes del libro de Levinas, sin esperar a usar un abrecartas, y empezó a leer mientras iba andando por la calle. Parecía Keats al encontrarse con la traducción de Homero que hizo Chapman:

*Entonces me he sentido como el que observa el cielo  
y ve un nuevo planeta surgir ante su vista,  
o como el gran Cortés cuando, con ojos de águila,  
contemplaba el Pacífico, mientras todos sus hombres  
se miraban atónitos y con incertidumbre,  
silencioso, en la cumbre de un monte de Darién.*

Sartre no tenía ojos de águila y no se le daba bien quedarse en silencio, pero ciertamente, estaba lleno de incertidumbres. Aron, viendo su entusiasmo, sugirió que viajase a Berlín al otoño siguiente para estudiar en el instituto francés que había allí, igual que había hecho él. Sartre podía estudiar el idioma alemán, leer las obras de los fenomenólogos en su idioma original y absorber su energía filosófica allí mismo.

Los nazis acababan de llegar al poder, y 1933 no era precisamente el año más indicado para trasladarse a Alemania. Pero era un buen momento para que Sartre cambiase la dirección de su vida. Estaba aburrido de enseñar, aburrido de lo que había aprendido en la universidad, y decepcionado por no haberse transformado todavía en el autor de genio que esperaba llegar a ser desde la niñez. Para escribir lo que quería (novelas, ensayos, todo) sabía que primero debía vivir aventuras. Había fantaseado con trabajar con estibadores en Constantinopla, meditar con los monjes del monte Atos, merodear con los parias en la India y enfrentarse a las tempestades con los pescadores de la costa de Terranova. Por el momento, no enseñar a niños en Le Havre ya era una aventura suficiente.

Hizo los arreglos necesarios, pasó el verano y llegó a Berlín a estudiar. Cuando volvió, al final de aquel año, trajo consigo una nueva mezcla: los métodos de la fenomenología alemana combinados con ideas del filósofo danés Søren Kierkegaard y otros, realizado todo con el aderezo inconfundiblemente francés de su propia sensibilidad literaria. Aplicó la fenomenología a la vida de la gente de una manera mucho más emocionante y personal de lo que sus inventores habían pensado jamás hacer, y de ese modo resultó ser el padre fundador de una filosofía que se volvió internacional en impacto, pero que seguía siendo parisina en su aroma: el existencialismo moderno. ●



**En el café de los  
existencialistas**

Sarah Bakewell

Ariel, 2016

528 páginas

\$24.500

# Consideraciones de una oveja (una fábula)

POR MATÍAS RIVAS

Nací oveja y aún soy tierna. Tengo menos de seis meses y no he conocido carnero. Pertenezco a un tipo ovino de lana grácil y abundante. Mis antepasados directos vienen de las islas Malvinas. Al igual que todas mis compañeras, vivo recorriendo las pampas con el hocico pegado a suelo: devoro el pasto helado, y si me distraigo un instante, termino rasguñando la tierra con mis escasos dientes. Mi sangre ha sido ensuciada solo en contadas oportunidades por los veterinarios. Vacunas o algo así. Soy sana y crezco con rapidez. He sido trasquilada dos veces por un mismo tipo, que se vanagloria de su habilidad para hacerlo. En ambas ocasiones sufrí cierto maltrato por el uso violento de la podadora de lana. Además, cuando me rapan no reconozco mi propio cuerpo; me siento liviana, débil y ridícula.

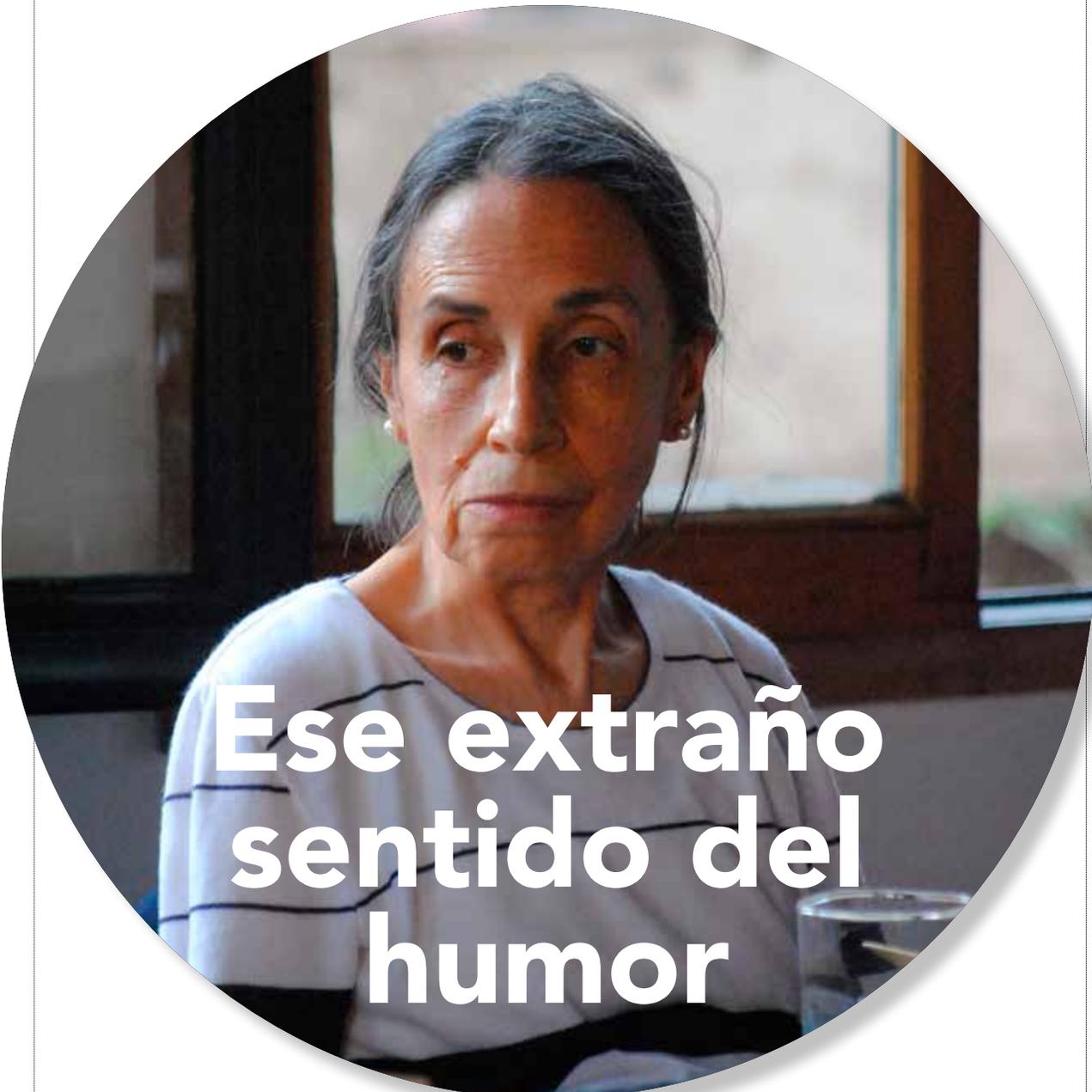
Las vitaminas y la poda de mis dóciles pelos estimulan la velocidad de su reaparición. Cada día, mi lana se hace más proliferante, pero no es un asunto del que deba quejarme. Fui asignada a un grupo determinado por mi edad y raza, y solo me queda comer compulsivamente; después seré sacrificada y, quizás, seré parte de un festín de los ovejeros y de sus perros, o de mis dueños, la familia McClean.

Mis relaciones con las demás ovejas son casi nulas. Las más grandes devoran pasto desesperadamente y se las arreglan con los solitarios ovejeros chilotes que nos cuidan con la ayuda de sus quiltros amaestrados. Las obligaciones de estos esmirriados sujetos y de sus bestias celadoras consisten en pasearnos por amplios territorios para que nos alimentemos. Nos protegen de los viles depredadores y de los cuatrereros. Y evitan que nos separemos del rebaño. Para lograr este fin, los perros nos corretean apiñándonos en un solo montón que se mueve al compás de un hambre ancestral. Cuando nos descuidamos, engolosinadas con algún arbusto o nerviosas por algún presentimiento, recibimos el tarascón de un quiltro para que nos juntemos con el resto. Siendo oveja, no hay más que pensar ni hacer. Somos animales simples de temperamento y fáciles de manejar.

Pero mi deseo de hablar no tiene otra razón que dejar constancia de un temor que todas las ovejas tenemos. Hace unos años supe la historia de una amiga que desapareció. Todos, incluyendo al ovejero y a sus perros, pensaron que había caído por un precipicio cercano al lugar donde dormimos la última noche en que fue contabilizada. Incluso se llegó a pensar que un sagaz puma la había eliminado de un zarpazo. Y que escondido tras un arbusto la había devorado. Otra posibilidad era que un prófugo muerto de hambre la hubiese raptado, para cocinarla y saciarse.

Inquietas por esta historia, mientras comíamos en un prado lejano supimos la verdad. Mi compañera bobina, que siempre tuvo un melancólico carácter, se perdió del rebaño debido al descuido de sus protectores, los cuales se estaban entreteniendo con una oveja ciega que les sirve de mascota para entrenar a los nuevos perros. La oveja perdida, entonces, vagó por la estepa buscando al rebaño. Estaba recién trasquilada. Cuando se vio perdida, sola e indefensa, se dedicó a comer; no tenía otra opción. Comió sin cesar. Su suerte estaba dictada, ya no sabemos hacer otra cosa.

Y con el paso de los meses su lana aumentó considerablemente. A la distancia, impactadas, la divisamos. Estaba muerta y envuelta en un amasijo de sucios y raídos pelos. La causa de su deceso era fácil de adivinar: de tanto engullir pasto y, al no ser trasquilada durante un período, fue atrapada poco a poco en su misma lana. Su suave pelaje creció en exceso, sus débiles miembros no soportaron el peso y cayó al suelo desfalleciente, quedando a merced de las soledades. Sin fuerzas e inmovilizada, no pudo acercarse su hocico al suelo. Seguramente, berreó en el mayor de los silencios y fue volteada más de una vez por los vientos infatigables. Gigantesca y monstruosa como un ovillo, sucumbió de hambre entrampada en su natural protección contra el frío. De lejos parecía un matorral, inusitado y solo, en medio de la Patagonia. ●



# Ese extraño sentido del humor

Fotografía: Lorena Palavecino

*Los trabajos y los días*, la necesaria antología de la poesía de Elvira Hernández, da cuenta de una obra única en nuestro país, una obra que no se inscribió en ninguna moda ni tendencia ni patota, pero que se fue abriendo camino en las generaciones más jóvenes que deseaban conocer una manera distinta de enfrentar el poema, mezclando humor, elementos mediáticos, violencia e imágenes de cómic. Y todo esto con una sensibilidad exquisita.

**POR GERMÁN CARRASCO**

**L**a recopilación de la colección Lumen de Elvira Hernández presenta por primera vez una muestra completa de su obra, a la que no se podía tener acceso por diferentes motivos: no existían reediciones, los libros habían sido publicados fuera del país, el carácter de la poeta no es voluntarista (la poesía no es una cuestión de programa ni de insistencia) y ella, además, publicaba lo exacto cuando correspondía (sospecho que lo que conocemos es apenas la punta del iceberg, que hay una cantidad importante de material inédito).

Bueno, afortunadamente ahora tenemos la oportunidad de dar un recorrido amplio y cuidadoso de su obra en esta antología titulada *Los trabajos y los días*. Por otra parte, Alquimia Ediciones presentó el año 2013 el libro *Actas Urbe*, que comienza con una poética que se resume en tres ítems: cautiverio, soledad, cuerpo. El cautiverio y la soledad son generosos con el poema; el cuerpo, su médium y su envase. Ahora, entonces, con una vista panorámica de su obra, me concentraré en ciertos ejes o aspectos que llaman particularmente la atención en la poética de Elvira Hernández.

## Lo imprevisto como puntuación del poema

El poema que se atasca es un asunto ético y relacionado con la culpa. Mistral culpa al poema de no tener estatus de plegaria ante Dios; Lihn traduce esa operación inculcando al poema de su impotencia frente a la realidad o la belleza (metaliteratura, reflexividad, auto-boicot, boicot al poema propio). En ambos casos hay un rechazo a la fluidez lírica y la tercera en hacer la fila de esa tradición es Elvira Hernández.

Hablemos de lo imprevisto, es decir, de aquello que desacelera el poema, lo atasca y obliga a la risa inteligente. Es como cuando alguien está a punto de quedarse dormido y el otro le mueve el cuerpo, lo zamarrea, o cuando alguien está roncando y el otro lo mueve hasta que el ronquido se transforma en una respiración normal que no va a volver a desconcentrarse y roncar, porque al primer atisbo el otro moverá el cuerpo durmiente. Será su entretención durante la noche: al menor atisbo de ronquido, te voy a mover el cuerpo.

Las imágenes imprevistas no permiten que haya desconcentración, no dejan que fluya el poema en esos torbellinos alienados y embelesados con el

lenguaje: no hay esa *cantabile* prosodia, esa cosa lírica de cascada en nuestra poeta, sino una guardia y cacería permanente de imágenes que dan cuenta del espíritu de una época sin intención de trascenderla.

Esa pedregosidad, ese estilo del poema a trompicones, esa anulación del *bel canto*, es muy mistraliano. Mistral quería que *Tala* sonara a piedra que rueda por el Elqui, a laberinto de cerros desérticos, pero en Elvira Hernández también se suman la toma de distancia y un diálogo con la herencia de Enrique Lihn por el lado de su declaratividad discursiva, su charlatanería de púlpito que es payaseo y desengrupimiento escritural.

Con respecto a la imagen del velar o dormir con la que empecé, es más que obvio que era mejor estar despierto, dada la situación policíaca de entonces.

## El simulacro versus la caricatura

El montaje de la aparición de la Virgen por parte de la dictadura, para encubrir hechos y distraer a la población de las atrocidades y corruptelas de la soldadesca, hecho poema por Lihn, es análogo al paso del cometa Halley que registra Elvira Hernández. Señala Gonzalo Maier: “A partir de la manipulación mediática propiciada por la dictadura chilena durante los meses previos al avistamiento del cometa Halley en 1986, este artículo lee la ironía presente en el poemario *¡Arre! Halley ¡Arre!* (1986), de Elvira Hernández, como una estrategia que, por un lado, pretende confirmar a una comunidad fracturada y que, por otro, critica la pretensión dictatorial de asimilar mesiánicamente el éxito de las incipientes políticas neoliberales con avistamientos astronómicos que se anunciaban como ‘únicos e irrepetibles’”.

Pienso eso mientras recuerdo la Biblioteca Bellarmino, a la que asistía la poeta y que era un genuino aguantadero desde el cual se salía con las mochilas pasadas a bencina y llenas de panfletos, porque allí se preparaba a veces el cierre de la Alameda (“cortar la calle para abrir el camino”, ese cliché era el que repetíamos como loros los ingenuos de siempre, la carne de cañón). Y recuerdo nítidamente las puertas de la Vicaría de la Solidaridad, donde todo el mundo se escondía de la represión policial de entonces. Porque esta es una poesía situada, tiene el *aroma de entonces*, del momento, no hay otro *locus* que el presente que se retrata delatando sus tics, sus muletillas, su absurdo civil.

El simulacro de la dictadura tiene su reflejo y su respuesta con humor negro: la caricatura. Tenemos entonces un subrayado constante e intermitente en donde la caricatura (en el mejor sentido de la palabra), los elementos mediáticos, la palabra divertida-dolorosa y todos los ítems del persa epocal, funcionan a modo de tirón de orejas constante, de guapeada permanente, de *no-te-duer-mas-en-el-ci-ne-en-la-mejor-par-te*, ya que la escurrida, como la poesía, es gratis.

Esa aparición de versos imprevistos, como si fueran la puntuación del poema, es algo constante, excepto quizás en algunos poemas distintos como “Meditaciones físicas por un hombre que se fue”, en donde sí hay flujo y el poema no se interrumpe y es un *continuum* por una cuestión muy fácil de explicar: es un poema dedicado a un hombre, y la ansiedad por decirlo todo y porque sean largos e interminables los instantes estira el verso y hace de cada poema casi un solo verso, un solo envión respiratorio mántrico, rokhiano o repetitivo: la tartamudez o el envión de la ansiedad. Ese poema deja en su final una incógnita, o una desaparición.

## La estrategia de lo mínimo

Libros muy breves e intensos, todos. Elvira Hernández no se planteó una épica ni una ópera magna, no se inscribió en una patota de género ni de avanzada ni de cosa que se parezca. La estrategia, si la hubo, fue publicar un libro muy breve e intenso cada tanto en ediciones no alharacas y en cualquier lugar: Argentina, Colombia, Chile, editoriales pequeñas, sin aparecer programática, y lo no programático causa empatía inmediata: el poema no resiste el programa. La disciplina es estricta, pero en otro sentido: de espera y cacería, no de sentarse y escribir con las manos frías.

“Carta de viaje”, por ejemplo, da un tono imprevisto a lo que era la poesía de exilio y las *nomadías* que en ese momento estaban en su apogeo, alimentadas por supuesto por la academia. A contracorriente, este poema posee un tono estratégicamente menor.

Es la visita, no el exilio.

Es la visita breve y exploratoria, no la residencia en el primer mundo con el goce de sus beneficios y el posterior regreso con el capital simbólico y los puestos asegurados.

Al comienzo hablé de lo caricaturesco y de la sonrisa que provoca lo imprevisto. Aparece en varios poemas montada sobre el Halley, sobre una nave, sobre un escualo; “el lugar montado en la espalda desnuda de su poeta corcel” esa figura extraña como de cómic, con un dejo infantil y de ciencia ficción infiltrado en esta poesía difícil de clasificar: esa imagen se repite, como es una jinete o bruja sobre el Challenger o el tiburón Contreras o todos los que nadan, vuelan y se desplazan. “Vean el escualo que monto”, comienza “Carta de viaje”. Es una joda: ella es una especie de jinete que recorre y mira desde arriba, una épica consciente de su ridículo.

Quizás Elvira Hernández busca los materiales donde uno no pensó que se iba a meter: el lenguaje mediático, del espectáculo, el lenguaje publicitario —esa punta de lanza del neoliberalismo más brígido—, pero esto intercalado de pronto con arcaísmos, lirismo profundo, mistralemas y, especialmente, con un dolor enorme —una sensibilidad, un padecer— que no deviene queja sino descripción medio objetiva, medio tamizada, por la ironía muy dosificada con que la autora describe la dificultad física de moverse para *ponerle el hombro al día que se nos destripa encima*. Hacerle frente al día a pesar de ese tremendo dolor y sensibilidad tiene un nombre, se llama carácter, y consiste en no abandonar por ningún motivo la inteligencia ni la sonrisa aunque estemos muy débiles, zozobrando, apenas. Si se logra circular y producir algo en ese estrecho margen y cuerda floja, hemos sido heroicos, resistentes. El trabajo de enfrentar el día.

## Poesía situada

Y como Hernández trabaja con esos elementos mediático-espectaculares, el lector se sitúa perfectamente en los años en que fueron escritos los libros y recuerda cosas como el botón de pánico de cierto alcalde o cuando ese mismo personaje lanzó unos litros de agua desde avionetas para aplacar el smog santiaguino. Es todo bastante absurdo. Luego de recuperada la democracia, se perdió la cordura y por eso quizás uno de sus primeros políticos en la escritura y uno de sus declarados lectores serios, Bruno Vidal, adopta todo el personaje predictadura y no posdictadura. En el fondo, todos sabían lo que iba a pasar. El país no se tenía confianza, ni en su capacidad de escuchar

ni en la de recibir. Todos sospechaban que este es un país de domésticos, de arreglos con alambritos, de pequeños dictadorzuelos y dictadorzuelas. Los que hicieron el trabajo lo hicieron de tal manera que la ambición y la máscara se instalaron hasta en la literatura y en las formas de relacionarnos. Por eso el cinismo de la poeta. Por eso su palabra cruzada de los ítems absurdos del persa del neoliberalismo, que muchas veces nominaliza, pone como personajes al bestiario insano de la época (el Mirón del Cerro) y al otro bestiario que aparece con la democracia en la medida de lo posible: El Hombre de las Licitaciones.

## Nomadismo, Santiago Waria

La alusión a la ciudad como personaje principal en *Santiago Waria* (Santiago fue *waria* para los mapuches / como cualquier otro poblado) nos da una pista sobre los principales ejes que sostienen este libro en particular, que podrían extrapolarse al resto de su obra: el nomadismo, el desarraigo, el vagabundeo en un paraje sobrecargado de referencias eclécticas y universales, un delirio como de profeta con la autoestima quebrada en el desierto (un paisaje desértico y mudo como los cuadros de De Chirico, donde se proyectan las imágenes del delirio con largas sombras y la nula presencia humana), y que abandona el discurso redentor por un doble sentido o un bombardeo de imágenes.

El desarraigo en el escenario de la ciudad aparece como un hastío que reproduce imágenes misteriosas de origen desconocido. Podríamos remitirnos a esa película de Sanjinés, *La nación clandestina*, versión latinoamericana y contemporánea de la historia bíblica del hijo pródigo, un indio que abandona su comunidad para probar suerte en la gran proveedora de oportunidades: la urbe. Desencantado y alcoholizado, regresa a su comunidad para acabar con su vida empleando un ritual ancestral y ya en desuso de su pueblo: bailar hasta caer muerto.

Sin embargo, en *Santiago Waria* la resistencia es distinta. Para desmitificar “las falsas seguridades de la tierra firme” (como dijera Marcelo Novoa), estas son llevadas hasta el paroxismo. Alusiones a una patria que te regurgita, no necesariamente el exilio, más bien un sentido de no pertenencia al territorio que otorga licencia para

la comedia y la ironía que los productores y consumidores de grandes discursos no pueden entender de una forma que no sea literal.

“La democracia la lanzó con ventilador, sin proponérselo por cierto, y está en el aire...”

La violencia que marca el período de la dictadura y la posdictadura es caricaturesca; el gore esencial de la nación nos recuerda a ciertos dibujos animados cayendo ilesos por el precipicio, recibiendo yunques que se dejan caer a gran altura sobre la cabeza, un sadismo naturalizado en función de obtener los aplausos del público del coliseo.

Quizá por eso las abundantes referencias a los huesos, la sangre, las vivisecciones y la imagen del cuerpo como un despojo, porque ha sido desprovisto de un glamour y una sacralidad que quizá era ancestral. Pero el cuerpo aunque sea aun despojo raído, gastado por el uso, no llega a romperse del todo, sino que resiste en la enunciación cosquillosa de la náusea, la ironía, la imagen algo críptica de una peregrinación alegre y sin esperanza de milagro.

Podríamos decir varias cosas más. De esa espectacular foto con Lihn en el Paseo Ahumada en donde aparece radiante con otros intelectuales de centinelas, por si llegaba la policía; de cuando Rodrigo Landaeta me comentaba lo hermoso que era caminar con ella en silencio por Oaxaca, de que hay unanimidad en que es la más querida por los lectores de poesía, que un gobierno sin brújula se perdió la oportunidad de premiar a una grande de verdad. Pero lo mejor es leerla, tratar de descifrarla, pensarla en este país en donde todo se sacraliza y se homenajea para, precisamente, inmovilizarlo. 




---

### Los trabajos y los días

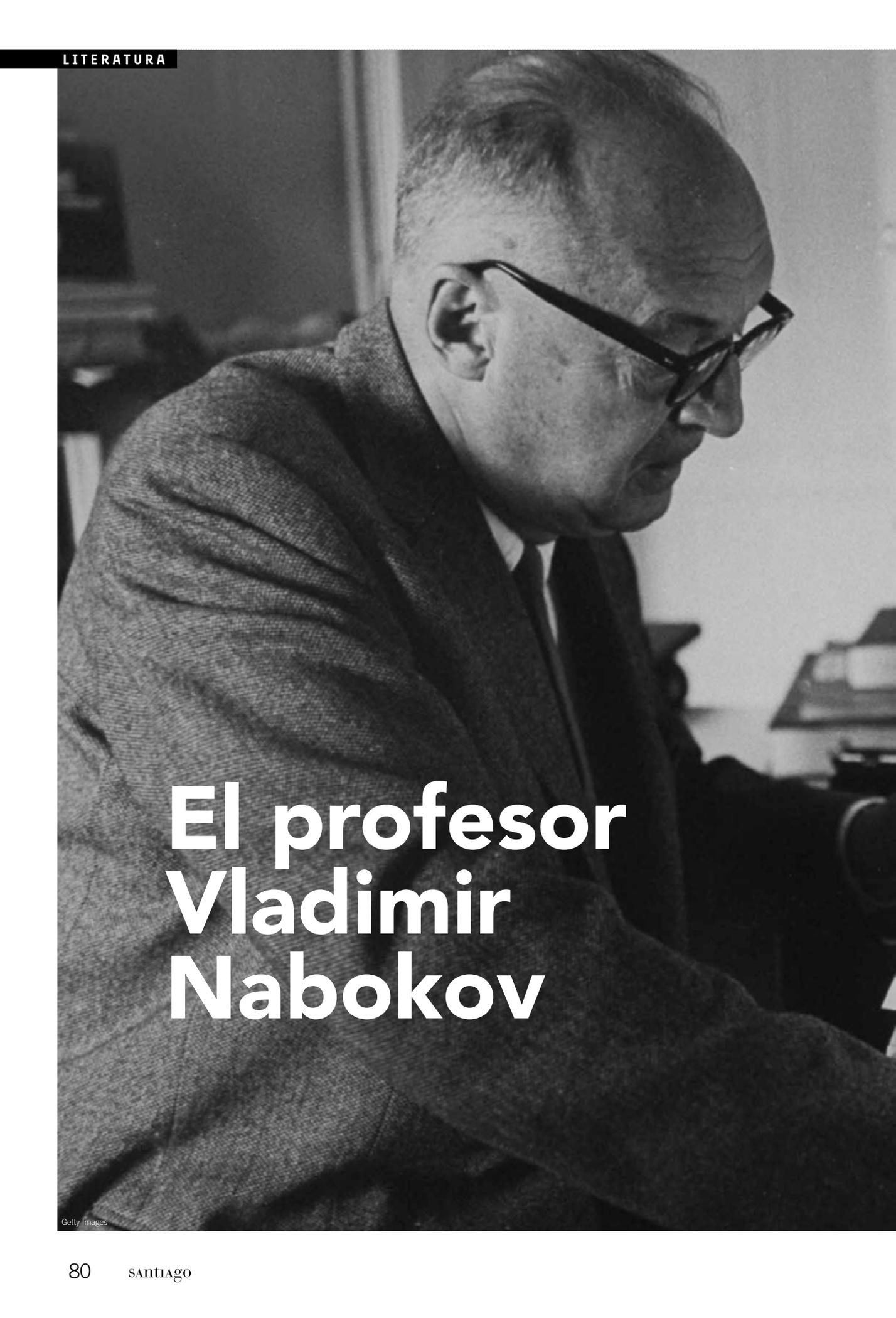
Elvira Hernández

Lumen, 2016

300 páginas

\$16.000

---

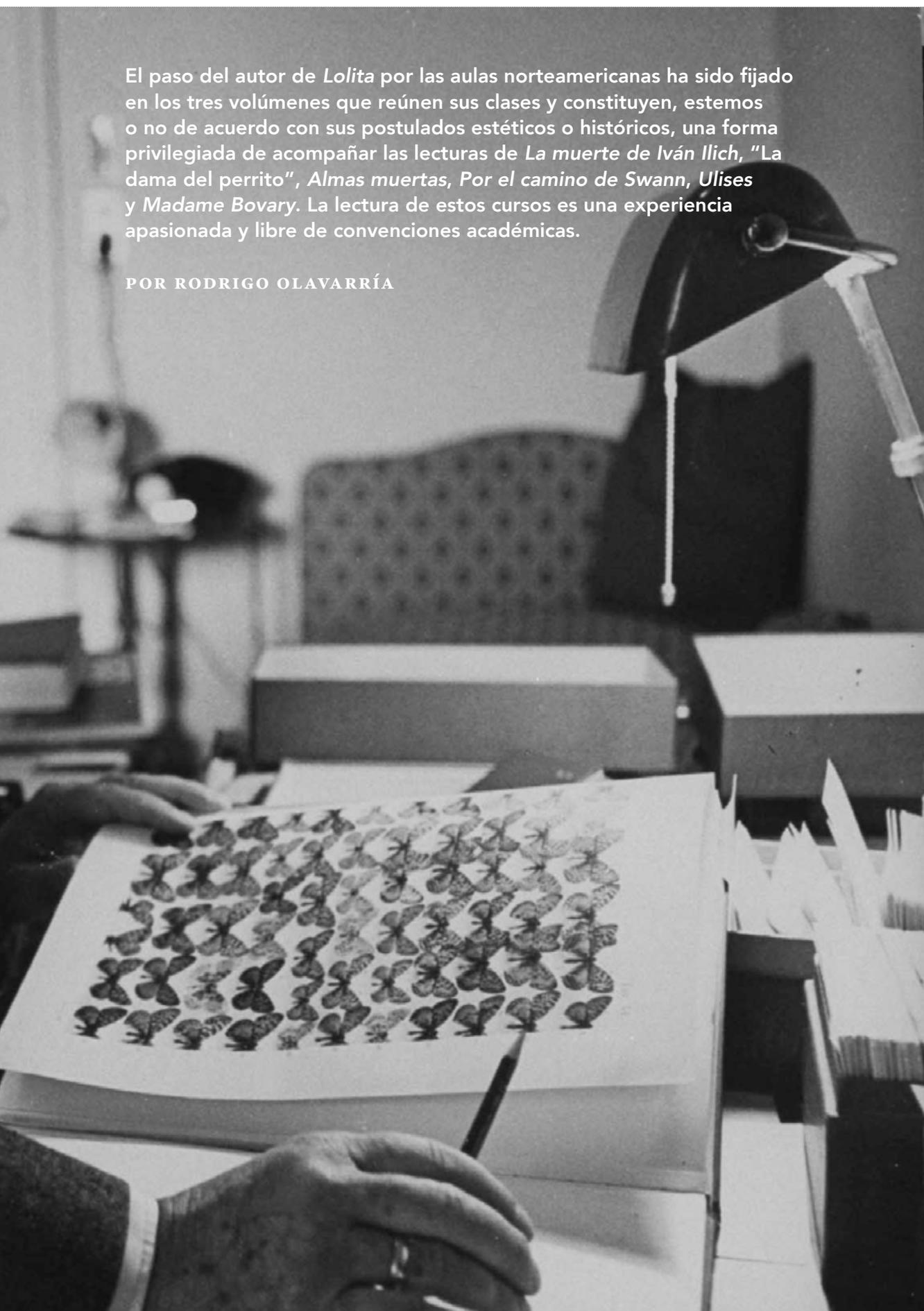


# El profesor Vladimir Nabokov

Getty Images

El paso del autor de *Lolita* por las aulas norteamericanas ha sido fijado en los tres volúmenes que reúnen sus clases y constituyen, estemos o no de acuerdo con sus postulados estéticos o históricos, una forma privilegiada de acompañar las lecturas de *La muerte de Iván Ilich*, "La dama del perrito", *Almas muertas*, *Por el camino de Swann*, *Ulises* y *Madame Bovary*. La lectura de estos cursos es una experiencia apasionada y libre de convenciones académicas.

POR RODRIGO OLAVARRÍA



**L**a llegada de Vladimir Nabokov a las costas americanas y los casi 20 años que vivió en Estados Unidos se han convertido en un período mítico, donde pasó de ser un inmigrante que vestía chaquetas regaladas, a ser uno de los escritores más importantes en lengua inglesa y el autor de un best seller que removió la cultura y la sociedad de su época. O, como él lo diría, 20 años en que pasó de ser un delgado conferencista fumador de 63 kilos, a ser un profesor titular de 93 kilos adicto a los caramelos. Un período en que ganó un tercio de humanidad americana.

En 1918 la familia Nabokov huyó de la naciente Unión Soviética para asentarse en Berlín. Ahí el joven Vladimir se casó con Véra Slónim, una mujer de origen judío que, como él, había nacido en San Petersburgo. Poco antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, las crecientes políticas antisemitas de la Alemania de Hitler los hicieron moverse en dirección a París, lugar hasta donde los siguió el mismo clima racista del cual estaban huyendo y donde se vieron obligados a volver a pensar en un lugar menos hostil, quizás Inglaterra, quizás EE.UU. Afortunadamente, en mayo de 1940, los Nabokov consiguieron abordar un barco con destino a Nueva York. De no haber sido así, tras la ocupación alemana de París, probablemente Véra y Dmitri, el hijo de ambos, habrían tenido como destino los campos de concentración.

A simple vista, pareciera que la huida fue preparada desde siempre. Nabokov aprendió a leer inglés antes de aprender a leer ruso, tuvo un padre liberal y constitucionalista que lo llenó de sueños anglófilos y de fantasías ambientadas en el Viejo Oeste norteamericano. Sus estudios en Cambridge y la composición de su primera novela en inglés, *The Real Life of Sebastian Knight*, escrita en Francia en 1938, apuntan también a un destino en tierras angloparlantes, pero la verdad es que en ese punto de sus vidas, la situación de

los Nabokov era tan precaria que cualquier oferta podría haberlos hecho cambiar de dirección.

La noticia de que Nabokov fue recomendado para hacer clases de literatura rusa en Stanford proveyó a la familia de visas y pasajes en dirección a Nueva York. Así, una vez más, las circunstancias parecieran estar funcionando como una orquesta bien aceitada, pues Nabokov llevaba bastante tiempo preparando las que llegarían a ser más de 100 conferencias sobre literatura rusa, un material que podría asegurarle un futuro como profesor y como proveedor de su familia. La leyenda, repetida en más de una entrevista por el propio Nabokov, cuenta que estos apuntes sumaban más de dos mil páginas mecanografiadas, un trabajo de coloso que sería el preludio del período más activo de su vida, una aventura académica donde la ayuda de Edmund Wilson sería fundamental, tanto desde el punto de vista práctico como en la formulación misma de los cursos. En primer lugar, fue él quien aconsejó la inclusión de *Casa desolada* de Charles Dickens en el curso sobre literatura europea y, más importante aún, de *Mansfield Park* de Jane Austen, pese a que Nabokov no ocultaba su prejuicio contra las novelas escritas por mujeres. La verdad es que jamás habría siquiera leído *Mansfield Park* si no hubiese estado siguiendo el consejo de Wilson.

Nabokov logró sobrevivir su primer invierno en EE.UU. sin un trabajo estable, haciendo clases particulares de ruso a estudiantes de Columbia y escribiendo reseñas para el *New York Sun* y el *New York Times*. Esta faceta de *freelancer* no era nueva: durante sus años en Berlín, apremiado por la necesidad, hizo clases de cinco materias inesperadas: inglés, francés, boxeo, tenis y prosodia. Podríamos decir que estaba particularmente dotado para pasar sin esfuerzo de una disciplina a otra. De hecho, en medio del invierno neoyorquino, mientras daba forma a las conferencias que serían la base de su trabajo académico, se las arregló para aprender a diseccionar los genitales

de las mariposas como voluntario en el Museo de Historia Natural y publicó sus primeros escritos serios sobre lepidópteros, uno de los cuales está dedicado a la descripción de una mariposa desconocida que había capturado dos veranos antes en los Alpes marítimos.

Pero entremos en materia: a fines de 1941 Nabokov se trasladó al Wellesley College en Massachusetts, donde enseñó ruso básico y literatura rusa en un cargo hecho a su medida, que desempeñó hasta 1948, cuando inició sus 12 años como profesor en la Universidad de Cornell (período que comenzó con una cómica carta al decano de artes y ciencias sobre lo que podía esperarse de él como profesor: “Siento decepcionarlo, pero carezco totalmente de talento administrativo. Soy un pobre e irremediable organizador y mi participación en cualquier tipo de comité sería, mucho lo temo, bastante inútil”).

La inseguridad de Nabokov ante la presión de hacer clases en inglés es visible en su obsesiva preparación de las conferencias y su afirmación de que nunca entregó a sus estudiantes “un átomo de información sin haberlo preparado, mecanografiado y leído bajo la luz de un atril”. Esa es la técnica que pulió durante todos sus años de enseñanza, leer sus conferencias y apenas fingir que las leía. Este rasgo también asoma en su temor a ser entrevistado en vivo (“Pienso como un genio, escribo como un escritor distinguido y hablo como un niño”, afirmó).

Las clases lo enfrentaron a las traducciones de los clásicos rusos, que a su juicio eran pésimas. Por lo mismo, pasaba horas mejorando

las traducciones que sus estudiantes tendrían que leer, porque deseaba que estos pudieran acceder a la música de *Un banquete durante la peste* de Pushkin y *El capote* de Gogol, que pudieran experimentar la literatura como un todo y como él más la valoraba, en las obras de Pushkin, Tyutchev, Gogol, Lérmontov, Tolstói y algunos otros.

**La inseguridad de hacer clases en inglés es visible en su obsesiva preparación de las conferencias y su afirmación de que nunca entregó “un átomo de información sin haberlo preparado, mecanografiado y leído bajo la luz de un atril”.**

Una vez que su hijo Dmitri estuvo matriculado en un prestigioso internado, las clases de Nabokov se transformaron en grandes producciones en equipo y Véra Nabókova, en una mezcla de profesora ayudante y asistente de mago. Las clases mejoraban semestre a semestre, gracias a los guiones con que Nabokov armaba cada una de sus clases, incluyendo chistes y la forma de hacerlos efectivos. Un estudiante recuerda que un día de nieve, Nabokov apagó todas las luces de la sala y que, de pronto, empezó a prender interruptores de luz gritando: “¡Este es Pushkin! ¡Este es Gogol! ¡Este es Chéjov!”, hasta llegar al fondo de la sala, donde abrió las persianas de golpe dejando entrar

el sol y anunciando: “¡Este es Tolstói!”.

Los estudiantes que sobrevivieron a las clases de Nabokov nos informan que, al contrario de lo que se podría suponer, las moldeaba según su público. Por ejemplo, si tenía un número importante de estudiantes de español, les hablaba del entusiasmo de los disidentes rusos por *Don Quijote*; si le tocaban estudiantes de zoología, buscaba ejemplos de mimetismo en los lepidópteros; y si había estudiantes italianos en la sala, se explayaba sobre Leonardo.

**Para Nabokov no había nada tan importante como la lectura. A sus alumnos les decía: “Ustedes son los turistas enérgicos y emocionados, yo soy solo el guía de pies adoloridos que no deja de hablar”.**

En 1951 logró el que fuera su objetivo desde que supo que viviría en EE.UU.: dictar clases en Harvard. Este fue el lugar donde impartió su curso sobre *Don Quijote de La Mancha* y donde se dedicó a la destrucción sistemática de la noción de esta novela como un juego sobre la realidad y las apariencias. Lo primero que se propuso fue acabar con el significado que se da comúnmente al adjetivo *quijotesco*, entendido como una cruzada idealista, y darle a la palabra un significado adecuado, algo más cercano a la alucinación o un choque con la realidad. Nabokov afirmaba que esa lectura primitiva, la que atribuye a Don Quijote un idealismo exaltado y a Sancho Panza un sentido práctico, era tomada como una verdad inamovible desde Sainte-Beuve y que, precisamente por esta razón, debía ser atacada con vehemencia. Yendo más lejos, afirmó que varios académicos nunca habían leído *Don Quijote* y, para probarlo, se dedicó a refutar “libro en mano” ideas como las que aseguran que el Quijote no vence en ninguna de sus batallas. Para hacer esto analiza los 40 episodios en que Don Quijote actúa como caballero andante y lleva un marcador como el de un partido de tenis de cinco sets que acaba 6-3, 3-6, 6-4, 5-7, es decir, en un empate declarado por la muerte, ya que el último set nunca llega a jugarse.

La idea original de Nabokov sobre *Don Quijote de La Mancha* era que se trataba de un becerro de oro, un caprichoso caos estructural, por lo que no podía compararse a Cervantes con Shakespeare. A medio andar, sin embargo, descubre que el verdadero fraude no era el libro, sino su reputación y la epidemia que constituían quienes se dedicaron a estudiarlo. A medida que descubría simetrías dispersas en la estructura del libro, empezó a admirar lo que llamó “la intuición armonizadora

del artista” y la forma en que el protagonista pasa de ser un objeto de parodia a un ejemplo, casi un santo.

Para Nabokov no había nada tan importante como la lectura. A sus alumnos les decía: “Ustedes son los turistas enérgicos y emocionados, yo soy solo el guía de pies adoloridos que no deja de hablar”. Esa era precisamente la habilidad

que buscaba estimular en sus alumnos, la lectura activa, la búsqueda del detalle, la maravilla de lo particular por sobre lo general y del individuo por encima de la masa. Un ex alumno, Ross Wetzsteon, recuerda a Nabokov diciéndoles: “¡Acariciad los detalles, los divinos detalles!”. Y es esta lección, que liga la habilidad de observar la naturaleza y la capacidad de seleccionar los elementos de la realidad capaces de comunicar la profundidad de la experiencia humana, la que aprendemos cuando compara el oficio de Flaubert con el realizado por la selección natural en las alas de una mariposa; cito: “Cuando la mariposa debe adoptar el aspecto de una hoja, no solo tiene bellamente representados todos los detalles de la hoja, sino que muestra generosamente señales que imitan los agujeros causados por las larvas”. El objetivo era conseguir esta magia mimética, ya fuera mediante la escritura o la lectura.

En este punto uno puede preguntarse cuánto influyeron en la escritura de *Lolita* la repetición obsesiva de ese principio y su trabajo como profesor. Y la respuesta es evidente. Nabokov usó a sus alumnos y alumnas como objetos de estudio, los observó detenidamente en su estado natural para moldear el lenguaje de la nínfula Dolores Haze, y con frecuencia los interrogaba sobre nuevos usos lingüísticos. Y, ya en clases, les repetía: “Percibid los datos seleccionados, impregnados,

agrupados”. Quizás el mejor ejemplo de esta aglomeración de datos, clásica a estas alturas, es la mezcla de sensualidad motora y descripción anatómica en las primeras líneas de *Lolita* o la forma en que Nabokov relata cómo dio con el nombre de Lolita, quien también es Dolly Haze, un nombre donde “brumas irlandesas se mezclan con la imagen de un conejito alemán, mejor dicho, una pequeña liebre alemana”.

Por supuesto, la línea de pensamiento que concede un valor absoluto al detalle, lo conduce al rechazo de cualquier programa social o político en la literatura. Nabokov afirmaba que las novelas eran “cuentos de hadas”, queriendo decir que sus acontecimientos corrían en paralelo a la realidad, sin toparse con ella en ningún minuto. Insistía en que los estudiantes abandonasen todo intento de reconciliar los hechos del mundo con los hechos de la ficción, señalando que sin estos cuentos de hadas el mundo no sería real. Toda su sensibilidad estaba dirigida a la apreciación del arte individual y solitario, libre de todo compromiso, pues en él existía una convicción similar a la que motiva las líneas del poema “Carta de año nuevo” de Auden: “La intención del arte es la mimesis / Pero, una vez conseguida, el parecido se detiene; / el arte no es la vida y no puede ser / la partera de la sociedad. / El arte es un hecho consumado”.

La diferencia entre Auden y Nabokov en este punto es central, principalmente porque ofrece una posibilidad de lectura del *Curso de literatura rusa*. Mientras Auden muestra un compromiso constante con su época, siendo parte de las numerosas reflexiones morales, políticas y sociales que se desprenden de ella, Nabokov da la espalda no a su época o a la reflexión sobre ella, sino a la relevancia del aspecto social en la novela y a esta como transportadora de verdades históricas: “¡Ay! He conocido a personas cuyo propósito al leer a los novelistas franceses y rusos era aprender algo sobre la vida del alegre

París o de la triste Rusia”. La razón, sospecho, es que permitir una lectura de *Madame Bovary* como una crítica de la burguesía provinciana, habría sido el primer paso a avalar el realismo socialista soviético y la intervención del Estado en materias artísticas. Esa es la razón por la cual declara a Dostoievski un publicista y casi un pornógrafo social. Nabokov se aferra con dignidad a su condición de *émigré* ruso y ataca el arte social. Es parte de la consistencia ideológica necesaria para negar cualquier validez a quienes escribían desde la Unión Soviética y es, también, una forma de convertirse en la voz única de la literatura rusa, ambición que estalló dos veces en su cara, en 1958 y en 1970, con los premios Nobel de Literatura de Boris Pasternak y Aleksandr Solzhenitsyn.

En sus autores predilectos distinguía los rasgos de narrador, profesor y hechicero. En los mejores, estos elementos estaban combinados y los genios verdaderos se caracterizaban por ser hechiceros. A todos les ponía calificaciones, creando una jerarquía que sus estudiantes debían memorizar. Por ejemplo Turguénev recibía una A- y Dostoievski una C- o una D+, por creer que el sufrimiento aumentaba los sentimientos morales. De la lectura del *Curso de literatura rusa* se desprende que la novela le interesaba como un enfrentamiento entre el autor y el mundo, como un desafío que el autor plantea al lector reconfigurando realidad e ideas de una forma nueva, sin repetir las verdades tradicionales. Una forma en que el lector Nabokov se enfrentaba a los autores era diseñando mapas y planos para dar un sentido espacial a la acción. Así, contamos con los planos del coche dormitorio de *Anna Karenina*, de la casa de *Mansfield Park*, del Dublín de *Ulises*, de los molinos y la Castilla de *Don Quijote de La Mancha* y de la casa de los Samsa en *La metamorfosis*. Es esta búsqueda de exactitud científica la que lo lleva a identificar la supuesta cucaracha de la obra de Kafka con un escarabajo de caparazón

redondeado que podría haber volado y huido del hogar paterno, si hubiera querido, haciendo aún más patética su situación. La misma importancia asigna al color de los ojos de Fanny Price de *Mansfield Park* y al pobre mobiliario de su habitación, recalando que la suya es una teoría de la lectura, una actividad donde “cada cual tiene su propio temperamento; pero desde ahora les digo que el mejor temperamento que un lector puede tener, o desarrollar, es el que resulta de la combinación del sentido artístico con el científico”.

En ocasiones, los prejuicios de Nabokov lo llevaron a ridiculizar pasajes de algunas obras, inexactitudes y generalizaciones que le hicieron afirmar, por ejemplo, que ni Gogol conocía Rusia, ni Cervantes conocía España. Incluso llegó a hacer lo mismo con fragmentos de Tolstói, figura con la cual era previsible que tuviera una relación compleja, pese a considerarlo el más grande escritor ruso. Pero Nabokov nunca perdió de vista la monumental perfección de la obra de Tolstói y tampoco olvidaba la ocasión cuando, a los 10 años, en San Petersburgo, mientras caminaba junto a su padre, este le pidió que esperara mientras hablaba con un “pequeño anciano de barba blanca”, intercambio tras el cual su padre le dijo: “Ese era Tolstói”.

Durante el período en Cornell trabajó de manera prodigiosa, escribió *Lolita*, *Pnin* y *Habla memoria*, cuentos, poesía y tradujo fragmentos de su propia obra. Además, realizó las traducciones de *Eugenio Oneguín* de Pushkin, *Un héroe de nuestro tiempo* de Lérmontov y *El cantar de las huestes de Igor*. Mientras él trabajaba, su esposa Véra se ocupaba de la vida diaria casi como su mayordomo, haciendo de chofer, ayudante en clases, ama de casa, agente inmobiliario y secretaria. Por entonces, Nabokov también empezó a acariciar la idea de publicar sus cursos sobre literatura rusa y europea, pero no alcanzaría a dar forma en vida a ese proyecto. Estos libros recién aparecerían a principios de los 80,

y el curso de literatura norteamericana está definitivamente perdido. Se trata de una serie de conferencias que Nabokov compuso en 1952 para ser dictadas en Harvard y que incluían reflexiones sobre *Moby Dick*, *La letra escarlata*, el poema “Annabel Lee” y “La narración de Arthur Gordon Pym”, de Edgar Allan Poe.

La publicación de *Lolita* en EE.UU. en 1958, tres años después de su publicación en Francia, trajo consigo un aumento de atención en la figura de Nabokov y un descenso en la atención que este dedicaba a sus cursos. Es más: ese año regresó a Cornell y abrió su clase sobre *Mansfield Park* diciendo a sus alumnos: “¡Sáltense esa introducción idiota!”. Poco después, las exigencias de sus editores y la prensa lo obligaron a pedir un año sabático del cual no regresaría. Lo primero que hizo ese verano fue tomar unas vacaciones de dos meses en el oeste para cazar mariposas, viaje que no comenzó sino hasta haberse asegurado de que su traducción de *Eugenio Oneguín* sería publicada por la Bollingen Press de Princeton.

El 19 de enero de 1959 Nabokov hizo clases por última vez en Cornell, ocasión que fue registrada por un fotógrafo especialmente enviado. En octubre del mismo año, la noticia de que oficialmente dejaría de hacer clases fue destacada por todos los medios. Algo que la prensa no podía calcular era la influencia que sus clases tendrían en aquellos alumnos que se convertirían en escritores. Por ejemplo, en Thomas Pynchon, dueño de una postura controversialmente anti-realista, quizás relacionada de alguna forma con el dicho del maestro: “Nada envejece más rápido que el realismo puro”. Otra postura ha querido verlo como un precursor de la literatura posmoderna en EE.UU., caracterizando su estética como una guerra con el lector, conciencia del autor en el texto, la búsqueda de una escritura no-histórica y un desinterés general por la comunicación de significados, todos estos rasgos presentes en sus últimas novelas *Pálido fuego* y *Ada o el ardor*.

El paso de Vladimir Nabokov por las aulas norteamericanas ha sido fijado en los tres volúmenes que reúnen sus clases y constituyen, estemos o no de acuerdo con sus postulados estéticos o históricos, una forma privilegiada de acompañar las lecturas de *La muerte de Iván Ilich*, “La dama del perrito”, *Almas muertas*, *Por el camino de Swann*, *Ulises* y *Madame Bovary*. La lectura de estos cursos es una experiencia apasionada y libre de convenciones académicas, una que puede fácilmente transportarnos a los salones de Cornell, a una evaluación matutina como la descrita por el mismo Nabokov en una entrevista de 1964 para la revista *Playboy*: “Exámenes desde las 8 AM hasta las 10:30. Casi 150 alumnos (muchachos desaseados, sin afeitarse y muchachas razonablemente arregladas). Un sentimiento general de tedio y desastre. Pasan las ocho y media, pequeñas toques, gargantas nerviosas que se aclaran, todo llega en racimos de ruidos, páginas que se arrugan. Algunos mártires sumergidos en la meditación con los brazos cruzados detrás de sus cabezas. Enfrento una mirada aburrida dirigida a mí con esperanza y odio, la esperanza de un conocimiento prohibido. Una chica con lentes se acerca a mi escritorio y pregunta: Profesor Kafka, ¿quiere que digamos que...? ¿O quiere que respondamos solo la primera parte de la pregunta? La gran fraternidad de los mediocres, columna vertebral de la nación, escribe sin parar. Un rústico se pone de pie, simultáneamente, la mayoría gira una página de sus cuadernos azules, buen trabajo de equipo. Una muñeca acalambrada que se sacude, la tinta que se acaba, el desodorante que falla. Cuando veo ojos dirigidos a mí, son inmediatamente dirigidos al cielo en piadosa meditación. Los ventanales se cubren de neblina. Los muchachos se quitan los suéteres. Las muchachas mastican chicle con una rápida cadencia. Diez minutos, cinco, tres, se acabó.”




---

**Curso sobre *El Quijote***

Vladimir Nabokov

Ediciones B, 2016

416 páginas

\$15.900

---




---

**Curso de literatura europea**

Vladimir Nabokov

Ediciones B, 2016

560 páginas

\$15.900

---




---

**Curso de literatura rusa**

Vladimir Nabokov

Ediciones B, 2016

568 páginas

\$15.900

---

Otros libros revisados:

*Vladimir Nabokov. Los años americanos* de Brian Boyd, *The Secret History of Vladimir Nabokov* de Andrea Pitzer, *Nabokov in America* de Robert Roper y *Vladimir Nabokov* de Barbara Wyllie. Del propio escritor, *Opiniones contundentes* y *Letters to Véra*.



# Fernando Pessoa y Ofélia Queiroz: ruptura en prosa, ruptura en verso

A finales del año 1920, la primera etapa del único romance conocido de Fernando Pessoa llegó a término luego de nueve meses de encuentros a escondidas y abundante correspondencia. Se presentan y traducen aquí los documentos de ese quiebre.

POR ADÁN MÉNDEZ

**E**l único caso erótico conocido en la vida de Pessoa es, hasta el momento, su romance con Ofélia Queiroz, una joven que en 1920 llegó a trabajar en una de las oficinas en que este prestaba servicios como traductor de correspondencia comercial. Considerando el carácter de Pessoa, el romance tuvo unos inicios sorprendentemente encendidos, con muchos encuentros secretos, correspondencia diaria, episodios de celos, planes para el futuro y códigos eróticos (“palomas” por pechos, “India” por no se sabe bien qué, pero se adivina).

El poeta en realidad se parecía poco a la imagen que corrientemente se tiene de él (que en gran parte es invención suya) y lejos de ser una persona aislada, tuvo una vida familiar y social intensa. Pero sí, según se sabe hasta el momento, tuvo una vida erótica casi completamente solitaria: la excepción es Ofélia Queiroz. Me parece que en su inicial entusiasmo por ella existió la idea de llenar ese vacío en su experiencia de la vida. Y también debe haberle provocado un efecto afrodisíaco el nombre de Ofélia (se le declaró con palabras de Hamlet) y el nombre de la oficina donde se conocen (Dupin).

El hecho es que Pessoa se sintió evidentemente atrapado por las promesas tácitas y explícitas de su propio entusiasmo inicial, algo por lo demás sumamente corriente en los enamoramientos y que por sí solo no explica que después calificara al asunto de “monstruosidad”. El caso es que luego de algún tiempo, el poeta empieza a aplicar la vieja y nunca elegante táctica de tomar distancia y enfriar la relación. En resumen, deserta. Años más tarde le afirma a su amigo Agostinho da Silva que se había dejado arrastrar por su “irremediable fantasía heteronímica” y que al notar “la monstruosidad del asunto, le había puesto fin a ese romance ficticio, para no hacer sufrir a la mujer real”.

De hecho, ya en los inicios de la correspondencia introduce en ella notables elementos

antieróticos que, si bien ejercen una confusión seductora en la joven, a medida que la relación se desarrolla se van intensificando más bien en el sentido de crear distancia. La mala salud (física y mental), la precariedad económica, la imposibilidad del matrimonio, la intrascendencia de su vida sentimental frente a la importancia suprema de sus deberes literarios, etc., son temas recurrentes. A menudo se preocupa de darle pruebas concretas a Ofélia de su trastorno mental, e incluso introduce en la relación a sus heterónimos, sobre todo al impertinente Álvaro de Campos (aunque esto provoca molestia en la joven, le sigue el juego).

Además de la temática, la frecuencia de su correspondencia también es bastante anticlimática. En total, Ofélia le escribió 129 cartas, en general extensas y entusiastas, en las que expone toda su persona y sus sentimientos. En las 51 cartas de Pessoa, en cambio, además de los temas ya mencionados, prima un cierto laconismo, al menos para el estándar romántico. En ellas, este maestro del género epistolar, pocas veces parece enteramente cómodo en el tono enamorado y suele buscar refugio en el ingenio, en el razonamiento y, finalmente, en el silencio. Cada vez más, la relación va quedando en las exclusivas manos de Ofélia.

Al menos en cuanto documentos, sus cartas ganaron mucho con la publicación, recién en 2012, de las cartas de Ofélia (ganaron, incluso, estatura erótica y dramática). Los arrumacos, por ejemplo, siempre parecen injustificables hasta que se los ve correspondidos. Ganan también porque ahora se conoce la persona de Ofélia, una enamorada realmente encantadora, cuyo amor por Pessoa resiste todos los fracasos. Diez años después de esta ruptura estaría dispuesta a retomar la relación con el mismo entusiasmo, pese a que su enamorado se muestra todavía más gelatinoso. Y durante el resto de su vida hablaría de él sin otro sentimiento que el afecto profundo y la pena cicatrizada.

Los textos traducidos más abajo corresponden al término de la primera etapa del romance:

**1** *Carta de ruptura de Ofélia Queiroz, el 27 de noviembre de 1920, donde lo deja en libertad (aunque seguramente esperando otro tipo de respuesta). Además, le escribe un poema en que le restriega uno que Pessoa le había escrito a ella al principio del romance, entregándoselo junto con unos bombones, y en el que afirmaba que el bombón “No era para mí”. En el original portugués, este poema de Ofélia forma el acróstico*  
FERNANDINHO PESSOA.

Fernando:

Hace cuatro días que no se me aparece, ni siquiera se digna a escribirme. Siempre la misma manera de actuar.

Comprendo perfectamente que es para repudiarme que actúa así, y que hasta me habrá encontrado tonta algunas veces.

Como Fernando no tiene razones para terminar, actúa entonces como actúa. Y yo no estoy dispuesta a seguir así.

No soy su ideal, lo comprendo claramente, solo lamento que usted se haya demorado casi un año en comprenderlo. Porque si me quisiera no actuaría como actúa, no osaría.

Las maneras de ser se modifican. Lo esencial es quererse.

Su voluntad está cumplida. Le deseo felicidades.

Ofélia

Disculpe los defectos de mis... poemas –confieso no tener ninguna inspiración poética.

Haría bien en decirme  
Y se lo agradecería  
Por qué me decía en versos  
Que el bombón no era para usted...  
A menos que en la pastelería  
No se lo quisieran dar  
Yo no vi ningún motivo  
Que le hiciera creer eso.  
No sé realmente qué pensar–  
¿Será que no lo come de aburrido?  
¿O no tendrá con qué adquirirlo?

Pero le ruego que disculpe  
Este poema incorrecto.  
Sea bueno, no me culpe.  
Soy tonta, y tengo pena  
Es muy amable de su parte  
Soportar a esta... pequeña...

**2** *Carta de Fernando Pessoa a Ofélia Queiroz, del 29 de noviembre de 1920, “aceptando” la ruptura, “disculpando” los aspectos ofensivos de la carta y el poema de Ofélia, y parapetándose en la superioridad existencial y el deber metafísico.*

Ofelita:

Muchas gracias por su carta. Me trajo pena y alivio al mismo tiempo. Pena, porque estas cosas siempre dan pena. Alivio porque, en realidad, no hay otra solución que esa –dejar de prolongar una situación que el amor ya no justifica, ni por una parte ni por la otra. Por la mía, al menos, queda una estima profunda, una amistad inalterable. Ofelita no me negará otro tanto, ¿verdad?

Ni Ofelita ni yo somos culpables. El Destino no más tendría la culpa, si fuera persona y se le pudieran achacar culpas.

El Tiempo, que envejece caras y cabellos, envejece también, pero aún más rápido, los afectos violentos. La mayor parte de la gente, por estupidez, no logra darse cuenta de esto, y juzga que todavía ama porque contrajo el hábito de sentirse enamorado. De no ser así no habría en el mundo quien fuera infeliz. Pero las criaturas superiores no tienen esa capacidad de ilusionarse, porque ni pueden creer que el amor dure, ni, cuando sienten que ha terminado, se engañan confundiendo-lo con la estima, o la gratitud, que del amor quedó.

Estas cosas hacen sufrir, pero el sufrimiento pasa. Si la vida, o sea todo, al final pasa, ¿cómo no va a pasar el amor y el dolor, y todas las otras cosas, que no son sino partes de la vida?

Su carta es injusta conmigo, pero lo entiendo y lo disculpo; seguro la escribió enojada, y hasta con pena, pero cualquiera –hombre o mujer– en su caso habría escrito con un tono todavía más amargo y con palabras todavía más injustas. Pero Ofelita tiene una naturaleza excelente, y ni enojada logra ser mala. Cuando se case, si no llega a ser feliz como merece, seguro que no va a ser por culpa suya.

En cuanto a mí... El amor pasó. Pero guardo por usted un afecto inalterable y no me olvidaré nunca –nunca, créame– de su figurita graciosa ni

de sus modales de niña chica, ni de su ternura, su dedicación, su carácter adorable. A lo mejor me engaño, y estas cualidades que le atribuyo son ilusiones; pero creo que no, y si lo son no me parece mal habérselas atribuido.

No sé qué quiere que le devuelva –cartas o qué otra cosa. Yo preferiría no devolverle nada, y guardar sus cartitas como memoria viva de un pasado muerto, como todos los pasados; como una parte conmovedora en una vida como la mía, en la que con los años aumentan también la infelicidad y la desilusión.

Por favor no haga como las personas vulgares, siempre despreciables; no dé vuelta la cara cuando pase al lado mío, ni guarde recuerdos míos con partes de rencor. Seamos, uno ante el otro, como si nos hubiéramos conocido desde niños, y que, aunque de adultos seguimos otros afectos y caminos, conservamos siempre, en un rinconcito del alma, la memoria profunda de un amor viejo e inútil.

Esto de los “otros afectos” y “otros caminos” es por usted, Ofelita, no por mí. Mi destino pertenece a una Ley distinta, de cuya existencia Ofelita no sabe, y se subordina cada vez más al mandato de Maestros que ni dan libertades ni perdonan.

No es necesario que entienda esto. Basta que me conserve con cariño en su recuerdo, como yo, inalterablemente, la conservaré en el mío.

Fernando

**“Veó que me estaba apegando a uno de esos seres que juegan con el afecto puro, que pueden afanarse incluso para torturar el corazón de las pobres muchachas, buscando enamorarlas no por afecto, no por una simpatía de esperanza futura, no por interés, ni siquiera por capricho, sino solo por afligir, molestar o torturar”.**

**3** *Última carta de Ofélia a Fernando, del 1 de diciembre de 1920, en que descarga alguna ira. Pessoa no respondió, y no volverían a tener comunicaciones hasta 1929.*

Fernando:

Todavía con el dolor que me dejó su carta, le escribo estas palabras.

Mis recelos y creencias íntimas no me engañaron, veo que me estaba apegando a uno de esos seres que juegan con el afecto puro, que pueden afanarse incluso para torturar el corazón de las pobres muchachas, buscando enamorarlas no por afecto, no por una simpatía de esperanza futura, no por interés, ni siquiera por capricho, sino solo por afligir, molestar o torturar a quien entretanto no pensó en él antes, ni siquiera lo conocía. ¡Esto es bello! ¡Sublime! ¡Grande!

En lo que a mis cartas respecta, guárdelas como quiera, ¡aunque sean demasiado simples!

En cuanto a mí, no dejaré en el futuro de hacer uso de esta lección; me hizo conocer con qué sinceridad un hombre declara su simpatía, su afecto, su amor, todas sus esperanzas futuras para con las muchachas que carecen todavía de experiencia.

Una señora amiga mía, hace unos días, decía estas palabras:

“Una mujer que cree una sola palabra de un hombre, no pasa de ser una pobre idiota; si un día ven a alguno llevarse a la boca una copa envenenada por causa de ustedes, corran a volcársela en la boca, porque así el mundo tendrá un impostor menos”.

¡Nos reímos! Y al final, *tenía razón...*

Ofélia

**4** *Fechados el 28 de noviembre de 1920, y escritos en el mismo borrador de su carta de ruptura (2), en estos poemas Pessoa aplica toda la franqueza y autoconocimiento que falta en aquella carta. Originales en inglés.*

**I have wished to oft...**

Quise tanto que el ridículo pusiera fin  
A nuestro amor. Y ahora ha terminado.  
Pero ni siquiera ante mí puedo fingir  
Que el deseo alcanzado me dé alegría.

Todo ir es también partir.

El día más feliz nos envejece un día.

Para tener estrellas debemos también tener  
oscuridad,

La hora más fresca se parece a la más fría.

Ni se me ocurre no aceptar

Tu carta de ruptura, sin embargo quisiera,

Con vagos y mal disimulados celos,

Que las cosas se resolvieran de otro modo.

¡Adiós! ¿Pero debo sonreír o no?

Mi sentimiento ahora está perdido en pensar.

**I cannot well deceive me...**

No puedo engañarme con que hubo

Nobleza, ni siquiera enferma, en mi amor.

Ahora que el túnel que crucé

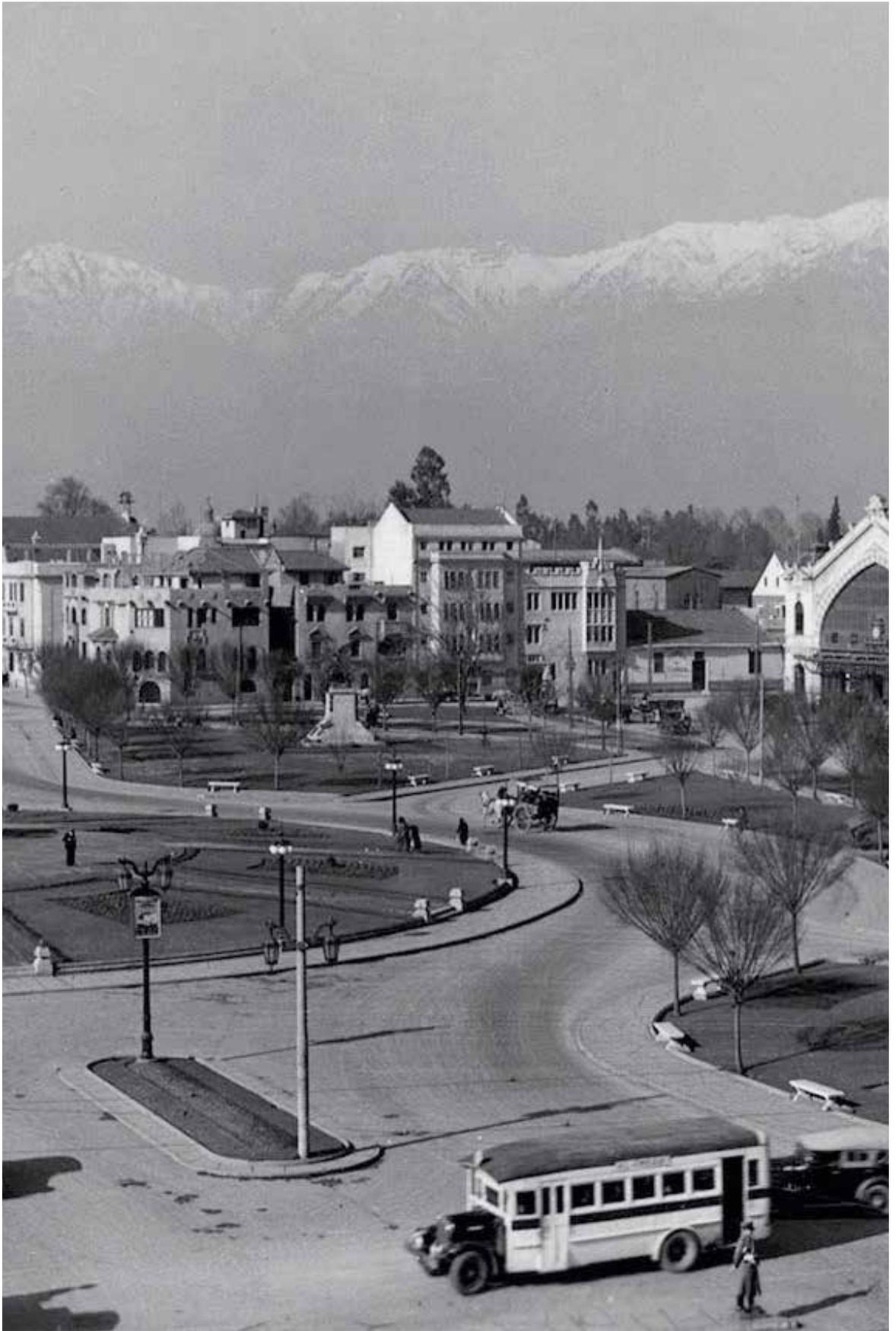
Alcanza el día radiante, puedo dedicar

Mi mente a la pregunta de cómo pude

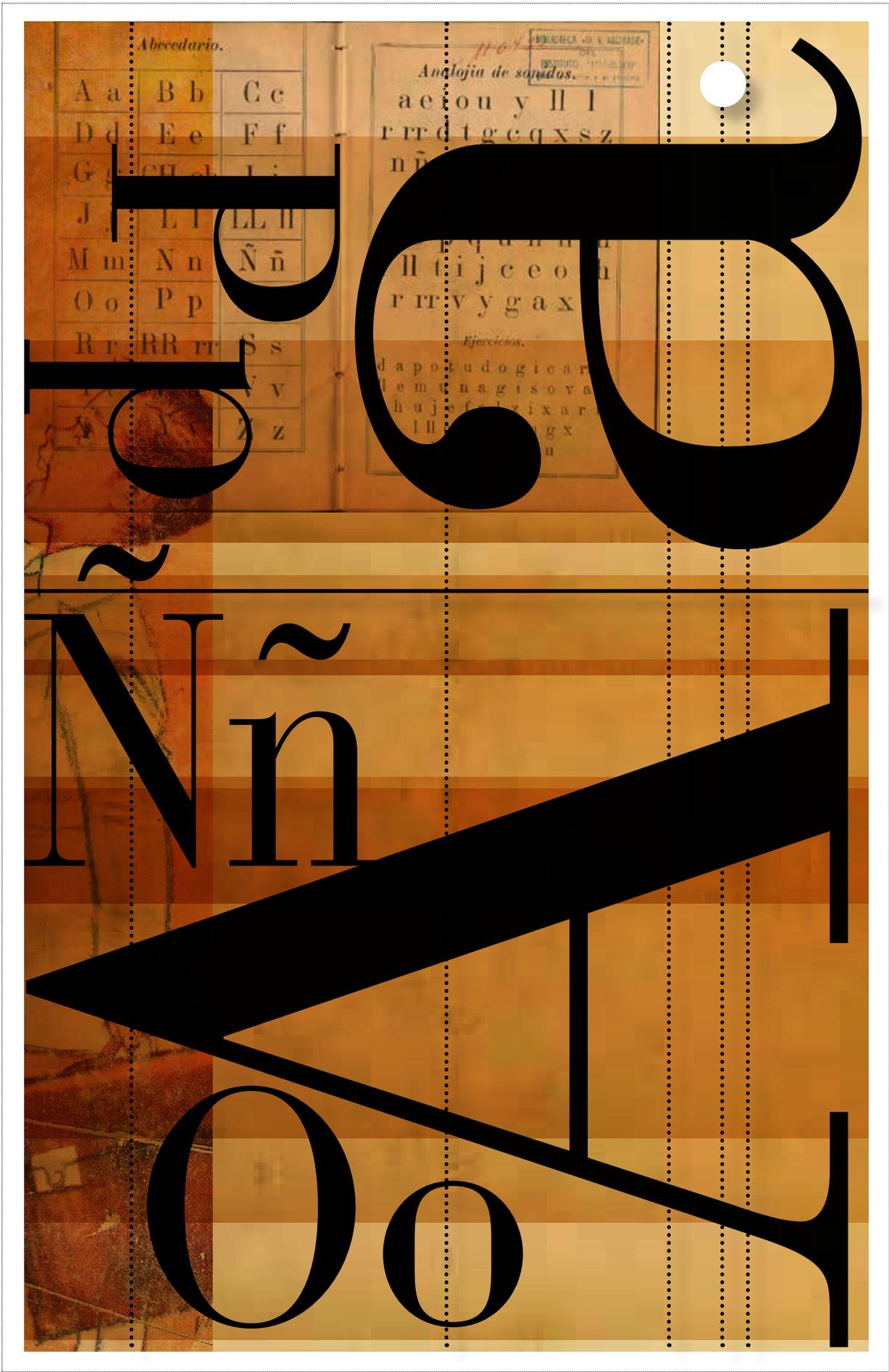
Suponer que este camino conduciría a un sitio  
estable;

Así que, siendo un tonto en la manera en que  
tienen que serlo todos,

No soy sin embargo el tonto completo que  
rechace tu ruptura. ☉



Fotografía de Plaza Italia en el año 1936, sacada por Enrique Mora (Cenfoto-UDP).



# Silabarios

Como la mayor aventura “didáctica mercantil” puede ser calificada la creación y venta de textos escolares. En Chile, las raíces del negocio —que sigue siendo el más importante en la industria editorial— se remontan a Sarmiento, el primero en diseñar un manual de lectura y fundar su propia imprenta para así controlar el circuito completo. Pero luego vendrían José Abelardo Núñez y Claudio Matte, quienes se enfrentaron en una áspera disputa no solo para que el Estado les comprara su silabario, sino para que excluyera a cualquier otro del currículum.

POR GONZALO PERALTA

A fines de 1840 el escritor y político argentino Domingo Faustino Sarmiento se asila en Chile, huyendo de la dictadura de Rosas. A inicios de 1841 José María Núñez, educador y periodista liberal, lo presenta con José Victorino Lastarria en un derruido cuarto que da a la Plaza de Armas de Santiago. El encuentro de estos tres personajes será crucial. En palabras de Lastarria: “El hombre realmente era raro: sus 32 años de edad parecían 60, por su calva frente, sus mejillas carnosas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y

casi encorvado”. A pesar del aspecto desmantelado, Lastarria es cautivado por el argentino “que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho”. Entonces lo presenta a Manuel Montt, ministro de Instrucción Pública, quien le encarga que examine diversos sistemas de aprendizaje de lectura. Sarmiento despacha, incansable, sucesivos informes y elabora un breve silabario para los profesores de la aislada ciudad de Valdivia. Con estos pergaminos el ministro Montt lo nombra director de la flamante Escuela Normal de Preceptores. Por tres años, desde 1842 a 1845, Sarmiento combina su labor pedagógica con la publicación de numerosos y

muy polémicos artículos de prensa. Funda además su propio periódico: *El Progreso*. El nombre no es casual. Sarmiento se instala como un paladín de la modernización en tanto espejo de las naciones europeas más avanzadas.

Este anhelo civilizador engendra criaturas multiformes. Cierta desmesura letrada, el amor por las ciudades y el desprecio al indio. Con estos ingredientes publica por entregas su esplendido *Facundo*, texto fundamental de la literatura latinoamericana del siglo XIX. Un título más modesto pero de impensadas consecuencias será su *Método gradual de enseñar a leer el castellano*. Este silabario es aprobado por la Facultad de Filosofía y Humanidades para su uso en las escuelas de la República. El beneplácito no solo implica un reconocimiento a su labor pedagógica, contiene además interesantes proyecciones económicas. El 21 de octubre de 1845 el gobierno adquiere la propiedad literaria del silabario, cancelando a Sarmiento la cantidad de mil pesos.

Es entonces que recibe un encargo extraordinario: viajar a Europa y Estados Unidos para examinar métodos pedagógicos para aplicar en Chile. El 6 de mayo de 1847 avista el puerto de Le Havre. La visión de la anhelada costa europea lo emociona profundamente. Desde luego, se maravilla con París, sus monumentos, sus librerías, el vagabundeo ilustrado del *flâneur*. Pero estos devaneos no lo distraen del objeto fundamental de su viaje. Recorre, examina y evalúa escuelas, internados y ministerios. Viaja a España para conocer sistemas de lectura en idioma español. Cruza a Argelia y luego pasa a Italia, donde visita desde “establecimientos de lunáticos, ciegos, sordomudos, etc...” hasta al Papa Pío Nono, quien había estado en Chile durante su juventud y disfrutaba haciendo el elogio de los alfajores y el charquicán.

En junio de 1847 visita una escuela primaria en Berlín. El profesor enseña a leer utilizando un revolucionario sistema denominado “fonetismo

ortológico”. Para demostrar su eficacia ante el visitante, los párvulos alemanes, casi analfabetos, leen una palabra exótica, extrañísima, totalmente incomprensible, leen a coro y ahí mismo la palabra “Sarmiento”. Este será el arranque de la más ambiciosa aventura editorial chilena.

## El embrujo alemán

En carta enviada a Manuel Montt, Sarmiento informa de su “embujo alemán”, que puede deberse tanto al sorprendente método de lectura como a su posterior visita a Leipzig, centro de la industria editorial germana. Bien pertrechado de ideas pedagógicas y comerciales, retorna a París y luego cruza a Londres. En septiembre de 1847 se traslada a Nueva York y recorre las principales ciudades norteamericanas. En febrero de 1848 desembarca, finalmente, en Valparaíso.

En Chile, el Presidente Bulnes ya termina su mandato y proclama como candidato para sucederlo a su ministro favorito, Manuel Montt. Sarmiento avizora un horizonte preñado de posibilidades. Con su gran amigo en la presidencia, sin duda que su moderno silabario será el método de lectura oficial. En esa convicción se lanza con una arriesgada apuesta empresarial: fundar una editorial con imprenta propia y así controlar el circuito completo de la producción de libros. La venta masiva del silabario bajo el amparo fiscal será el combustible que impulse y sostenga esta aventura comercial y civilizadora. Para implementarlo, llama desde Europa al impresor francés Julio Belín, quien se hará cargo de instalar una moderna impresora que produzca libros de calidad a bajo costo.

Al año siguiente imprime su remozado *Método de lectura gradual* y muy pronto se suman otras obras de su autoría, como el diario de su viaje y una serie de panfletos y textos políticos en apoyo a la candidatura de Montt. Belín, por su parte, traduce obras de Sarmiento al francés,

entre ellas el *Facundo*, y publica un curioso manual de apicultura. Los socios lanzan títulos de historia, derecho, política, ciencia, educación, teatro, poesía, genealogía y el best seller *La historia de los girondinos*, de Lamartine, texto canónico de los revolucionarios americanos. En este frenesí letrado la relación comercial entre Sarmiento y Belín llega a su fin cuando, en 1850, le entrega en matrimonio a su única hija, Ana Faustina.

Pero surge un obstáculo imprevisto. Jóvenes liberales radicales agitan las calles de Santiago con marchas y manifestaciones en contra del futuro Presidente. En abril de 1851 estalla un levantamiento militar en rechazo a Manuel Montt. Sarmiento reacciona de manera insólita. Según Vicuña Mackenna, el argentino llega a La Moneda “cubierto con un albornoz árabe y con una escopeta de dos cañones terciada en la espalda”. Ahí redacta una proclama en defensa del gobierno y propone, en caso de que el palacio sea sitiado, entrar un piño de ganado al patio central y carnearlo para sobrevivir al asedio. Vicuña Mackenna, que no apreciaba a Sarmiento, acota: “La idea era de todos modos en su esencia original y argentina, o más bien, pampera”.

Sofocado el motín, Montt asume la presidencia el 18 de septiembre de 1851. Ese mismo día recibe la noticia de que La Serena se ha sublevado. A los pocos días se alza Concepción. Es la guerra civil. El general Bulnes, que ha entregado la banda presidencial a Montt, toma la espada y derrota a los revolucionarios en Loncomilla.

Habiendo conjuradas tantas y tan variadas amenazas a su proyecto editorial, finalmente imprime con su –ahora– yerno sucesivas tiradas del silabario. Sarmiento se encuentra en una posición expectante. Ha montado la editorial más moderna de Chile, publica el mejor silabario de su época y cuenta con el apoyo presidencial. Pero en ese momento crucial, una vez más, la política sudamericana trastoca sus planes. En Argentina se ha levantado un ejército en contra del dictador Rosas. Sarmiento abandona linotipias y manuscritos para sumarse a la lucha. Participa en la decisiva batalla de Caseros, triunfa y regresa a Chile.

Las prensas están listas para tirar el caudal de silabarios que harán la fortuna familiar y la gloria de la civilización en un mismo gesto, cuando el gobierno promulga, en diciembre de 1853, un decreto que garantiza que los estudiantes pobres recibirán sus textos escolares gratis y los más pudientes, a precios ínfimos.

Pero esta determinación, que podría sostener una inagotable demanda de textos escolares por parte del Estado, representa la ruina. Como Sarmiento había vendido los derechos literarios del silabario al Estado, este podrá imprimirlo donde quiera. Por otro lado, el texto será entregado gratis o a precio de costo, en consecuencia, la editora de Sarmiento no podrá vender a particulares un libro que prácticamente se regala. El

**Sarmiento redacta una proclama en defensa del gobierno y propone, en caso de que el palacio sea sitiado, entrar un piño de ganado al patio central y carnearlo para sobrevivir al asedio. Vicuña Mackenna, que no apreciaba a Sarmiento, acota: “La idea era de todos modos en su esencia original y argentina, o más bien, pampera”.**

fisco es el único y exclusivo comprador de los textos escolares y puede, a su antojo, encargarnos en plazos de hasta dos años entre cada compra.

La medida protectora estatal llevará a la quiebra a la Imprenta Belín. Sarmiento se debate entre la defensa de su proyecto editorial y el regreso a la volátil política argentina. Al año siguiente vuelve a su país. El yerno y editor francés se quedará en Chile, y Sarmiento desarrollará una brillante carrera en la docencia, el periodismo y la política: en 1868 es elegido Presidente de Argentina; morirá en Asunción, el 11 de septiembre de 1888.

En marzo del siguiente año, el Consejo Nacional de Educación de la República Argentina declara texto aprobado para el uso de las escuelas de ese país un nuevo silabario, titulado *El lector americano*. El título, de evidentes afanes panamericanistas, ha sido confeccionado en Chile. Y más aún, su autor, José Abelardo Núñez, es el hijo de aquel José María Núñez que en 1841 presentó al exiliado Sarmiento con Lastarria. Alto, flaco y ceremonioso, José Abelardo nació el mismo año en que Sarmiento llegó a Chile, también es pedagogo y será el gran reformador de las Escuelas Normales, las mismas que dirigió Sarmiento.

Y tal como lo hiciera Sarmiento 40 años antes, Núñez es comisionado para estudiar las Escuelas Normales de Estados Unidos y Europa. Cuenta también con el apoyo de un personaje clave: el senador liberal Domingo Santa María.

Pero esta misión es una máscara, una chapa ilustrada para ocultar otra bastante más atrevida y misteriosa: la de espía. Núñez deberá hacer trabajo de inteligencia en contra de Perú y Bolivia, en el marco de la Guerra del Pacífico. Pocas semanas después del estallido de la guerra, Núñez viaja en el vapor Oroya con el objeto de espíar

a un coronel boliviano embarcado. En cartas enviadas a Santa María relata el éxito de su tapadera como investigador pedagogo. Su permanencia en Lima durante algunos meses hará que Jorge Inostrosa lo identifique en su *Adiós al Séptimo de Línea* como el jefe del espionaje chileno en Perú bajo el apodo de "El Profesor". Este novelesco personaje se infiltraba disfrazado de vagabundo, vendedor de pejerreyes del Rímac y hasta de practicante del ejército peruano.

En EE.UU. su misión de agente de inteligencia es bien poco glamorosa. Pasa tales pellejerías que ni siquiera tiene dinero para enviar telegramas. Pero el nombramiento de Santa María como canciller le otorga un sueldo regular y su traslado a Leipzig, como su predecesor argentino. Ahí se lanza con su objetivo más recóndito y primordial: el negocio de los libros escolares. Ahorrando hasta el ascetismo, alimentándose de

puro té y viviendo en piezas de estudiante, logra imprimir en la editorial Brockhaus un completo manual de lectura titulado *El lector americano*.

A mediados de 1881, cuando el ejército chileno ya ha ocupado Lima, Núñez sigue en Alemania

**Las prensas están listas para tirar el caudal de silabarios que harán la fortuna familiar y la gloria de la civilización en un mismo gesto, cuando el gobierno promulga, en diciembre de 1853, un decreto que garantiza que los estudiantes pobres recibirán sus textos escolares gratis y los más pudientes, a precios ínfimos.**

dilatando su estadía exclusivamente por su apuesta editorial. Entonces ocurre una coincidencia feliz, calcada a la que favoreció a Sarmiento. La elección de su protector, de Domingo Santa María, como Presidente de la República.

Por decreto del 14 de diciembre de 1883, su silabario es aprobado como texto de lectura en las escuelas públicas chilenas: Núñez lo ha logrado. Sin embargo, no es el único lanzado en este negocio que cuenta con aceitados pitutos. Asoma, amenazante, *El nuevo método para la enseñanza simultánea de la lectura y escritura*, de Claudio Matte, más conocido como el *Silabario el Ojo*. Matte también ha peregrinado a la meca pedagógica alemana y, curiosamente, también ha sido comisionado agente confidencial del gobierno.

Se entabla entonces una áspera disputa entre estos dos espías pedagogos. Ante esta situación, el gobierno decide abrir en 1893 un concurso público para dirimir la controversia. Y en vista de los muchos intereses en pugna, el Estado exige, por primera vez, pautas, normas, objetivos y requisitos metodológicos. Aquí se institucionaliza el sistema de concursos públicos con respecto al libro escolar, basados en criterios técnicos estandarizados.

Finalmente, el libro ganador es el silabario Matte. Más aún, por decreto del 29 de abril de 1902, se excluye el uso de cualquier otro texto de lectura. Sin embargo, *El lector americano*, de Núñez, no tendrá tan mala fortuna. Su texto escolar será adoptado por los gobiernos argentinos, mexicanos y guatemaltecos. El *Método de lectura gradual* de Sarmiento seguiría publicándose hasta 1913, alcanzando hasta ese año unas 50 ediciones. El silabario Matte se utilizará en las escuelas chilenas hasta 1945.

En cuanto al volumen de textos escolares transados, solo en 1900 el silabario Matte anota un tiraje de 286 mil ejemplares por la editora alemana Brockhaus. Es decir, en esta brega



Juan Domingo Sarmiento



José Victorino Lastarria

quizás el mayor beneficiado es Brockhaus, que imprime ambos silabarios en competencia. En 1905 Brockhaus informa: “De esta manera y gracias a un representante del gobierno chileno enviado a Leipzig a tal efecto, Don J. Abelardo Núñez, se imprimieron poco a poco más de un millón de libros escolares en español para la República de Chile”, y en 1955 concluía con la siguiente imagen que retrataba esta aventura didáctica mercantil: “Desde entonces imprimió F. A. Brockhaus millones de ejemplares de manuales escolares. Vapores y barcos de vela transportaban enormes balas de libros por el mar”. ❸



Fotografía: Milagros Abalo

# La clase de español

Un mes después de llegar a Chile, un grupo de siete haitianos se reúne en Lord Cochrane con Alameda, donde se ubica el Servicio Jesuita, para aprender castellano. En la conversación fueron saliendo pedazos de biografías: una dejó a sus hijos en Haití, otra vino a Chile con los suyos, que van al colegio y avanzan más rápido que ella con el idioma. Otra no tiene hijos y vive con su marido, otra con un amigo; los hombres se han conocido aquí en el curso. En general saben mucho: su instinto de sobrevivencia los ayuda a avanzar rápido.

**POR MILAGROS ABALO**

**E**n la esquina de Lord Cochrane con Alameda me junté en la mañana de un miércoles de diciembre con la voluntaria que llevaba seis meses enseñándoles español a los haitianos. A las 9:30 ya hacía calor. Caminamos hasta el Servicio Jesuita. Al llegar, en el hall de entrada había 10 haitianos sentados, la mayoría hombres. Pensé que eran los alumnos, pero la persona que nos recibió me dijo que esperaban a la asistente social para resolver problemas de visa, contratos, casa, trabajo: papeles. La persona que nos recibió era la encargada de coordinar los cursos de español. Estaba levemente afligida, el día antes entraron a robar y se llevaron cinco computadores en cinco minutos, a la hora de almuerzo. Era muy cordial, pero andaba en otra: reforzando chapas y ventanas, así que esta vez no visitaría la clase. Le pasó la caja de cartón con las fichas de ejercicios a la voluntaria y nos fuimos a la sala. Había sentado un joven francés de mejillas rosa y pelo dorado, recién llegado a Chile por amor. Vivía con su pareja en un departamento cerca del cerro Santa Lucía, y salvaba con el español pero necesitaba aprender más para trabajar. Él sería el que al final de la clase preguntaría la diferencia en el uso del *por* y el *para*, siempre tan confuso para los extranjeros. Ahora que escribo la palabra “extranjero” aparece con ella la palabra “inmigrante”, y la desigual percepción que los chilenos suelen tener de ambas. El francés al alero de la palabra *extranjero* sería mirado sin la desconfianza con que se ve al haitiano.

También había un profesor de literatura que venía a proponer un taller de autobiografía. Haitianos todavía ninguno.

La clase comenzaba a las 10, y recién a las 10:45 se formó un grupo de siete. Monet, Mabel, Yaritza, al final llegó Lenz, entremedio los otros cruzando la puerta con un fuerte hola. Las mujeres, todas jóvenes, graciosas, se sentaron, se buscaron en la lista que les pasó la voluntaria, y se anotaron. Los haitianos a la hora de presentarse

dicen el apellido antes que el nombre, como los gringos. Los hombres permanecieron callados. Las mujeres hablaban entre ellas. Sus murmullos en creol fueron envolviendo la sala con el sonido de un idioma de origen francés atravesado por lenguas africanas y golpes criollos. Al comienzo estaban muy tímidos, pero la voluntaria me ayudó haciendo de traductora. Nos acercamos con risas, con bromas, el humor siempre permite acceder al otro, y aunque no nos entendíamos del todo, nos pusimos a hablar. Frases a medias. Yo trataba de elegir palabras simples y exactas para que pudieran reconocerlas más fácil y así entender y acceder al punto de comunicación, al puente, palabras puente entre mis frases y las suyas. Con los acentos dados vuelta, las vocales cambiadas, los artículos allá, los verbos acá, todo patas arriba, lograban responder rompiendo el macizo bloque de un idioma que los separaba. Todos venían de Puerto Príncipe, todos llegaron este año, y casi todos comenzaron a ir a la clase de español hace un mes, salvo Monet, que antes de llegar a Chile pasó por República Dominicana (vecino de Haití, menos pobre), por lo que iba más adelantada con el español que el resto. Fue de gran ayuda en la clase.

Para llevar un mes, en general saben mucho; su instinto de sobrevivencia los ayuda a avanzar rápido. En la conversación fueron saliendo pedazos de biografías: una dejó a sus hijos en Haití, otra vino a Chile con los suyos, que van al colegio y avanzan más rápido que ella con el idioma, y se ríe. Otra no tiene hijos y vive con su marido, otra con un amigo (broma mediante), los hombres se han conocido aquí en el curso.

Les pregunto por el idioma, y algunas dicen que no es difícil, o “poco difícil”. Otras que sí lo es, “en calle es difergente habla”, haciendo referencia a ese cardumen movedizo que son las palabras del cotidiano. Cuando aludieron a esto, se me vino a la cabeza que una vez, hace tiempo, iba pasando por afuera de una tienda y escuché a una

señora explicarle a un pakistani que estaba sentado junto a ella el significado de la palabra *bakán*. Le decía que es “bueno en el uso de los lolos”, *bakán* es bueno, repetía, y el pakistani la miraba mudo, pensando seguramente ahora en la palabra “lolos”.

También el ritmo es distinto, demasiado “gápido” decía Mabel. Como la calle. Pero lo que más les cuesta es la pronunciación, el sonido de ciertas palabras. *Cintura*, por ejemplo, los haitianos pronuncian la *ci* como *ce*: *centura*. Le comento a la voluntaria que quizás un buen método es reforzar el aprendizaje desde el oído.

Por último, cuando les pregunto por los chilenos, antes de dar una respuesta se ríen, para mitigar lo que dirán con más frases entrecortadas: “unos amables”, “pesados”, “mucho trata mal”.

Las risas antes expandidas en la sala fueron desapareciendo a medida que avanzaba la clase. Comenzaron el trabajo en la ficha de ejercicios que la voluntaria repartió. Vieron las partes del cuerpo. Ella apuntaba una parte del cuerpo y ellos daban su nombre, lo repetían, y luego lo repetían un poco más bajo, para sí mismos. Tratando de grabárselo en la misma cabeza que indicaban. En el aire chocaban los sonidos cortados de sus palabras en voz alta. La pronunciación de *uñas*, *ojo*, *rodilla*, les costó. En cambio, no les costó decir *nuca* o *pera*, aunque luego les costó asimilar que con esta última palabra se nombre también una fruta.

Justo estoy pasando por el mismo trance con mis hijos, mellizos de dos años, que están aprendiendo a hablar y para aprender a hablar se parte con el cuerpo. Lo inmediato para la identificación rápida de las palabras. Aquí está tu cara, aquí está tu pie, les digo. Y ellos, como Monet, como Mabel o como Lenz, repiten y guardan, y también olvidan ciertas palabras que acaban de ser nombradas.

No sé bien a qué se debe el hecho de que algunas palabras sean retenidas antes que otras,

**Por último,  
cuando les  
pregunto por  
los chilenos,  
antes de dar  
una respuesta  
se ríen, para  
mitigar lo  
que dirán con  
más frases  
entrecortadas:  
“unos amables”,  
“pesados”,  
“mucho trata  
mal”.**

por qué uno primero aprende la palabra *brazo*, y el otro *pierna* o *corazón*. Quizás por afinidad sonora o por simpatía existencial es que desde muy temprano comienza una forma selectiva de procesar el lenguaje. Terminamos usándolas todas, pero hay palabras que en el camino de ese aprendizaje se aguachan antes que otras en el cuerpo, y quedan, y vuelven con más facilidad, como vuelve a la boca de mis hijos la palabra *boca* o la palabra *mano*. Y luego cada una de esas palabras lleva a otra, una nueva, *boca* lleva a la palabra *beso* o a la palabra *comer*, *mano* lleva a la palabra *saludo* o a la palabra *escribir*, y así sucesivamente.

Después hicimos un ejercicio, un diálogo con el verbo “doler” y el verbo “picar”, más una parte del cuerpo. A mí me tocó con Lenz, un hombre de 25 años. En la dinámica le nombré, para que fuera más fácil de aprender, las típicas frases asociadas a esos verbos: *me duele la guata*, *me pica la nariz*. También imité el zumbido de una abeja y le pinché el brazo con los dedos, se rió, y me dijo: *picó una abeja*. La mímica echó una mano. Seguimos con más frases, esta vez sin mímica *me pica el trasero*. Qué palabra más horrible que *trasero*, pero decir *poto* o *culo* en ese contexto me cohibió. Preferí evitar lo que llamo “pensamientos distractivos no docentes”. Seguimos. Frases en plural, en singular, con adverbio temporal, etc. Él me dijo *me duele la pie ocho hogas paado*. ¿Los pies?, le pregunté, y llevé mi mano a ellos, y dijo *sí*. Le dije que eso no estaba bien, que pidiera silla, y le mostré la silla donde estaba sentado. Sonreí. Sonrió. Tratamos de seguir, salir de una situación de sonrisas medio penosa. Rompí el silencio diciéndole que anotara en la ficha todas las frases en las que habíamos trabajado, porque luego tendría que decirlas frente al resto. Escribía tan bien, su letra era tan delicada, redonda, como cuando en el colegio recién aprendemos a escribir y es perfecta la forma de hacerlo, respetamos los bordes de la página porque amamos haber aprendido a escribir, aunque luego esa

caligrafía vaya cambiando con los años, seguramente por todo aquello que le imprimimos a la letra, por todos los significados que van apareciendo en cada palabra. Deja de ser redonda para algunos, pierde la inocencia. Acaba siendo el dibujo de un yo que en la mayoría de los casos solo es comprensible por ese mismo yo. Como la letra en las recetas de los médicos, más cercanas a manchas que a letras. La letra de Lenz, en cambio, estaba todavía en el nacimiento de la escritura: limpia, redonda, infantil, delicada, respetuosa de cada palabra puesta en el papel. Escribir es amar las palabras que escribimos, y Lenz amaba sus palabras en español escritas en esa ficha de ejercicios. Esperaba algo de ellas quizás, esperaba transformarlas algún día.

Corrimos las sillas. Esta vez me quedé afuera del círculo, para mirar. Cada uno debía decir las frases que había armado con esos verbos. En círculo, de pie, lo primero que apareció fue la vergüenza. Nos da vergüenza exponernos, ahí de pie en el círculo, quedamos demasiado vistos, demasiado eco resonando. De ahí que el pudor sea la primera barrera que se debe romper para aprender un nuevo idioma, hay que lanzarse a decir lo que sea, como sea, en el ridículo que quedemos, no importa, para aprender una lengua hay que probarla con los otros en el círculo. Y las risas en este sentido cumplen nuevamente su función de bisagra, aflojan los pudores, sueltan.

Así es que en un comienzo hubo muchas risas, tapándose la boca, la cara, agachándose un poco, mirando hacia atrás, hasta que comenzó Monet, y luego el resto se fue arrojando en la seguridad de esa barca de palabras ofrecidas por ella. Todo salió bien. Las frases fluyeron en su sentido, incluso en su pronunciación. Al terminar el ejercicio, la voluntaria dijo sentándose en una silla, con gesto teatral, *me duele todo*, y hubo

**Luego esa caligrafía va cambiando con los años, seguramente por todo aquello que le imprimimos a la letra, por todos los significados que van apareciendo en cada palabra. Deja de ser redonda para algunos, pierde la inocencia. Acaba siendo el dibujo de un yo que en la mayoría de los casos solo es comprensible por ese mismo yo.**

silencio, y luego agregó: *me duele el alma*, y el silencio creció en los ojos blancos. Lo digo, digo, para que conozcan esta expresión tan común en Chile. Y comenzó a enumerar experiencias que sacan a relucir esta frase y su dolor de vez en cuando. Seguramente todo lo que nombraba le había pasado. O esa mañana le estaba pasando. Pensé en ella, en esa voluntaria de 70 años, en su empatía, en su sentido del humor, en el cariño ahí profesado; pensé en ellos, en esos hombres y mujeres haitianas de belleza fotogénica, que parten de su tierra a otra tierra dejando familia, amigos, animales, sin mirar atrás, para salir de una pobreza tan grande como la distancia que deben recorrer por tierra para llegar hasta aquí. Aunque aquí nada tengan asegurado. En ese viaje duele el alma.

Fue solo un breve momento (mientras la voluntaria seguía enumerando), el alcance que tuvo en la sala esta frase, fue muy breve (solo perceptible estando afuera del círculo), lo suficiente en todo caso para secretar en los poros un ánimo, que después, con la aparición de las risas, se diluiría. El círculo se desordenó en su ruido de sillas. Cuando volvieron a sentarse, el francés hizo la última pregunta, la diferencia entre el *por* y el *para*, y Monet a su vez le preguntó a la voluntaria si podía responder. Con su cuerpo bien armado, su polera fucsia, su pelo alisado hasta la sequedad, sus cejas pintadas, su collar dorado con la mitad de un corazón brillando en el pecho negro, caminó a la pizarra y escribió una oración con *por*, otra con *para*. ●



Fotografía: Victor Ruiz

# Bares chinos

El autor de la celebrada novela *Charapo* escribe una crónica sobre tres rincones de Santiago distantes entre sí y que hablan de inmigrantes, adaptación y juventud: son restaurantes chinos que, pasado el flujo del almuerzo, se convierten en bares en los que se puede tomar cerveza barata y comer chorrillanas con carne mongoliana. En ellos se puede ver un partido de la Champions, escuchar un recital de poesía o simplemente observar el pulso de la ciudad.

POR PABLO D. SHENG

Leo en la pared de un baño estrecho: “La luna se refleja en mi plato de wán-tán”. Una imagen que logro ver y me dispara adonde estoy metido. Creo que moviéndome por Santiago me muevo por Taipéi o Hong-Kong, sin conocer esas ciudades del otro lado del Pacífico. Estoy pasado a arrollado primavera, a fritura. Salgo del baño de Bella China, un bar y restorán chino. Llegamos acá con unos amigos, más bien por el precio de la cerveza que por otra cosa. Encontrar, sobre todo en Providencia, un litro a dos mil pesos, está bien, pagable. Nos sentamos en la terraza, quedamos alucinados con las mongopapas, una chorrillana que, en vez de cebolla y huevo frito, lleva carne mongoliana. Adentro hay gente que acaba de terminar la jornada laboral y ven un partido de fútbol. Algunas imitaciones de paisajes clásicos chinos adornan las paredes, junto a un espejo rectangular que refleja la televisión, las mesas, los frigoríficos y la barra. Una escalera conecta esta planta con el segundo piso, donde hay más mesas, otra tele y la

panorámica del atardecer, el cielo de Santiago y la cúpula de una iglesia.

Más entrado el invierno, el Colectivo Neotaku organizó unas lecturas de poesía en el segundo piso de Bella China. Los textos que leían planteaban algo interesante, algo inverosímil por supuesto. De partida, hablaban de la relación que ellos tienen con el animé. Montón de citas a *Dragon Ball*, *One piece*, *Evangelion*, a un apocalipsis *ciberpunk*, a películas orientales, y planteando además una renovación de lo otaku. Tiempo después publicaron una antología que reunía textos que fueron leídos en sus lecturas. En la contraportada hablaban de “Chipón”, la intersección imaginaria entre Chile y Japón.

Chile es Japón y viceversa. Chile también es China. Carahue, como dice el poeta Ricardo Herrera Alarcón, es China, o París o Barcelona o Namur.

Los bares chinos me hacen pensar eso. Que estamos en *Rebeldes del dios neón*, de Tsai Ming Liang. Que Bella China nos conecta con Shanghái, que la intersección de la que nos hablan



chinas que tras las vitrinas hablan y nos detienen para pegarnos al modelo *manekineko* de una alcancía.



En la tele proyectan a Tito Nieves, un cantante puertorriqueño de salsa. Es entrevistado por HTV, “Se pone bueno”, un canal de música latinoamericana que ofrece reggaetón, salsa, bachata, merengue, baladas. Llega la señal a este bar chino gracias al cable, supongo. Estoy en San Pablo con Teatinos. No alcanzo a escuchar lo que dice el cantante, porque pasa un niño corriendo tirando agua con su pistola plástica. Acabo de pedir una cerveza de litro, la colación y unos wantanes. Las paredes son verdes. Entra y sale la garzona tirando los pedidos, abriendo y cerrando la puerta de la cocina. Hay unas pocas mesas ocupadas, gente que ha salido del trabajo. De Tito Nieves pasan a mostrar un video de Ricardo Arjona, su último hit. Está delgado, canoso, lleva el pelo corto. Lo noto tranquilo, acústico. En el video canta en un teatro casi vacío, donde solo lo ven un par de mujeres que lo miran deseándolo. La canción se termina y vuelve el niño chino corriendo y tirando agua que ahora me cae a mí, en uno de mis lentes. Supongo que es el hijo de la dueña, quien ocupa su lugar en la caja. La garzona trae ají oro, después la cerveza. Miro las jabs de bebida arrumbadas al final del pasillo. Quienes están al lado mío conversan y son interrumpidos por una llamada. Es un amigo y le indican cómo llegar al bar. Sus indicaciones, pienso, son malas. El que tiene la polera morada habla por teléfono y le dice a su amigo, por celular, que se meta por Bandera y llegue a Morandé, de ahí que suba, pero en verdad tiene que bajar, llegar a Teatinos, o sea, solo una cuadra hacia el poniente. Cortan. Después vuelve a llamar al de polera morada y le dice otras cosas que no entiendo, como que se meta por Moneda o algo

así. En eso me llega el chapsui de carne con arroz, la porción de wantanes pálidos. Derramo salsa de soya en los platos. Esparzo ají oro en la carne. Suena J. Balvin. Mancho un poco la mesa floreada. La luz, me he fijado, hace que las cosas sean tenues y deje una leve sombra. Recuerdo una noticia que alguna vez leí. La clausura de un restorán chino en Recoleta por condiciones poco salubres. Cuando era niño comíamos ahí con mi papá. En el cuarto piso alojaban inmigrantes no documentados que trabajaban en la ampliación. La Seremi de Salud encontró barriles de dientes de dragón podridos en el baño y decían incluso que faenaban pollos allí mismo. Ese año, el 2012, cursaron 500 clausuras por problemas de salubridad en restoranes. Solo recuerdo y me queda en la cabeza los dientes de dragón germinados en agua sucia, las pantallas de papel que colgaban del salón, los chinos que atendían y, aunque apenas entendieran español, no fallaban en los pedidos.

Sigo comiendo mientras miro la tele. Un video que emula una fiesta, reggaetón puro y duro, mescolanzas con el trap, el género que se ha hecho popular el último tiempo gracias a Maluma, Arcángel, Anuel AA. Cada vez la comida me da más sed y bebo más cerveza. Debe ser el ají oro. Aún no anochece, aún falta. Otras veces que he venido no está la garzona que ahora atiende. En otras ocasiones he venido más temprano y está una peruana. La dueña que es de origen chino siempre es cajera. A veces entra gente, caminan por el pasillo, a lo largo de las mesas, y solo vienen al baño. El de polera morada mira hacia la entrada. Toma el celular y llama a su amigo. Dice que se quede ahí, quieto, que lo vio. Se para. Vuelve con el amigo y se sientan los tres; aún hay espacio para ellos. Cada vez que pasa el rato llega más gente. Termino de comer. Unto mi índice en los restos de wantán, en lo que queda de soya. Me tomo lo último de cerveza. Llamo a la garzona. ●

# Berger y Piglia: oficios de la escritura y la vida

POR FEDERICO GALENDE

El mismo año en que Piglia comenzó a escribir sus *Diarios* (fue una tarde sombría de otoño, tenía 16 años, estaba a punto de mudarse para siempre de su Adrogué natal), se retiraban de todas las librerías de Inglaterra los ejemplares de una novela notable y primeriza. Se titulaba *A Painter of Our Time* y en su trama había también un *Diario*: un pintor húngaro exiliado en Londres, defensor de la causa comunista, lo había abandonado en su apartamento tras desaparecer y alguien reconstruía ahora sus días a partir de esas anotaciones sueltas sobre la responsabilidad del artista en los tiempos de la revolución y la Guerra Fría.

El “alguien” era John Berger, quien por algún motivo había tomado el riesgo de debutar como escritor narrando la historia en primera persona, desdibujando desde el arranque el reparto convencional entre lo que es ficción y lo que no lo es. El puñadito de lectores que alcanzó a tener el libro en sus manos pensó que en realidad se trataba del “diario íntimo” del escritor, y la poderosa asociación de abogados anticomunistas de Londres se apuró a cursar las presiones necesarias para que el material saliera de circulación.

Berger aclaró a medias el malentendido, derivado en parte del hecho de que al igual que Piglia, a quien le llevaba exactamente 16 años, no distinguía con precisión las razones que convierten a una persona que escribe en

un “escritor”. Escribir no era para un marxista como él, dotado con antelación de una mirada integral sobre las prácticas heterogéneas del hombre, una profesión; era “una actividad independiente, solitaria, en la que nunca se gana un grado de veteranía”.

En una época en la que no pocos se definían (se definen) a sí mismos como escritores, el mesurado John Berger le restaba a ese oficio cualquier territorio propio. También se lo restaba Ricardo Piglia Renzi, otro marxista de cepa, quien ya en los primeros cuadernos de los *Años de formación*, volumen inicial de los tres que componen sus *Diarios*, aseguraba que escribir era para él menos una profesión o una vocación, que un acto apenas ridículo, “una manía, un hábito o una adicción que al final se convierte en un modo de vivir, en un modo como cualquier otro”.

Con ese mismo modo empezó a familiarizarse John Berger el año que Piglia nació: tenía también 16 y corría una helada mañana del mes de noviembre cuando decidió dejar atrás el colegio de infancia (un cruel internado en Oxford) para entregarse de lleno a los oficios del arte y de la vida. A partir de entonces se enroló en el ejército, fue soldado, enseñó dibujo, escribió poemas, atendió un restaurante, trabajó como periodista para subsistir y se marchó una tarde, sumido en la discreción más absoluta, al pueblecito de Quincy, en los Alpes franceses,

**El mismo año  
en que Piglia  
comenzó a  
escribir sus  
*Diarios*, se  
retiraban  
de todas las  
librerías de  
Inglaterra los  
ejemplares de  
una novela  
notable y  
primeriza,  
*A Painter of  
Our Time*, de  
John Berger.**

donde devoró uno tras otro los libros de Walter Benjamin.

A Benjamin por esa época Piglia no lo leía, pero sí leía a Bertolt Brecht, con quien Benjamin jugaba *Metrópolis* en Dinamarca y de quien Renzi asimilaría más tarde no solo la afición por el mundo de los maleantes (Brecht era su Arlt europeo, su gran ticket procedimental), sino también el cariño por el oficio autónomo. “Yo hice todas las cosas que hace un escritor para sobrevivir: trabajé en periodismo, fui editor, escribí guiones, di clases, todo para mantener cierto tipo de autonomía”. Fue la condición con la que se encontró Piglia a la hora de construir su voz propia.

Esa voz propia no se la debía, sin embargo, solo a los granujas desamparados que deambularon por las páginas de la serie policial que partió dirigiendo para la editorial Tiempo Contemporáneo, indiscutido abono de su posterior *Plata quemada*; se la debía también a un tono en el que se entreveraban el bar, la intriga académica, la tradición literaria argentina y las inflexiones del pueblo, elementos de los que su obra no logró jamás prescindir. Tampoco lo logró la de Berger, inclinado como estuvo desde un principio a conjugar al lumpen retratado por

Caravaggio (su pintor predilecto) con la vida extenuada del campesino, el obrero o el inmigrante pobre, a quienes dedicó una célebre trilogía y con quienes entretejió uno de los trabajos más consistentes sobre el pesar humano.

Precisamente por esto Berger solía reprocharle a la literatura, incluida la que él mismo hacía, una incapacidad para captar la vida real, lo que explica que en

novelas como *G.* se viera obligado a intercalar cada dos o tres párrafos algún correctivo sobre el artificio incómodo de su prosa. Era su manera sutil de confirmar que la ficción no era para él una categoría, que “si uno quiere contar una historia —como lo señaló en la última entrevista que dio—, entonces simplemente lo que hace es escuchar a los demás”.

Escuchar a los demás (cualquiera que lo conociera lo sabe) es lo que jamás dejó de hacer Piglia, quien justamente por ver en la “realidad contada” una ficción previamente constituida, mantuvo sus oídos intactos hasta el último minuto de vida, incluso cuando ya no podía moverse y se despedía en silencio, como John Berger, un día de enero, después de haber coincidido con él viniendo al mundo un mes de noviembre. ●

**SEMINARIO**

**A 100 AÑOS DE LA  
REVOLUCIÓN  
BOLCHEVIQUE.  
LA EXPERIENCIA DE LOS  
"SOCIALISMOS REALES" Y  
LOS DILEMAS DEL MUNDO  
CONTEMPORÁNEO**

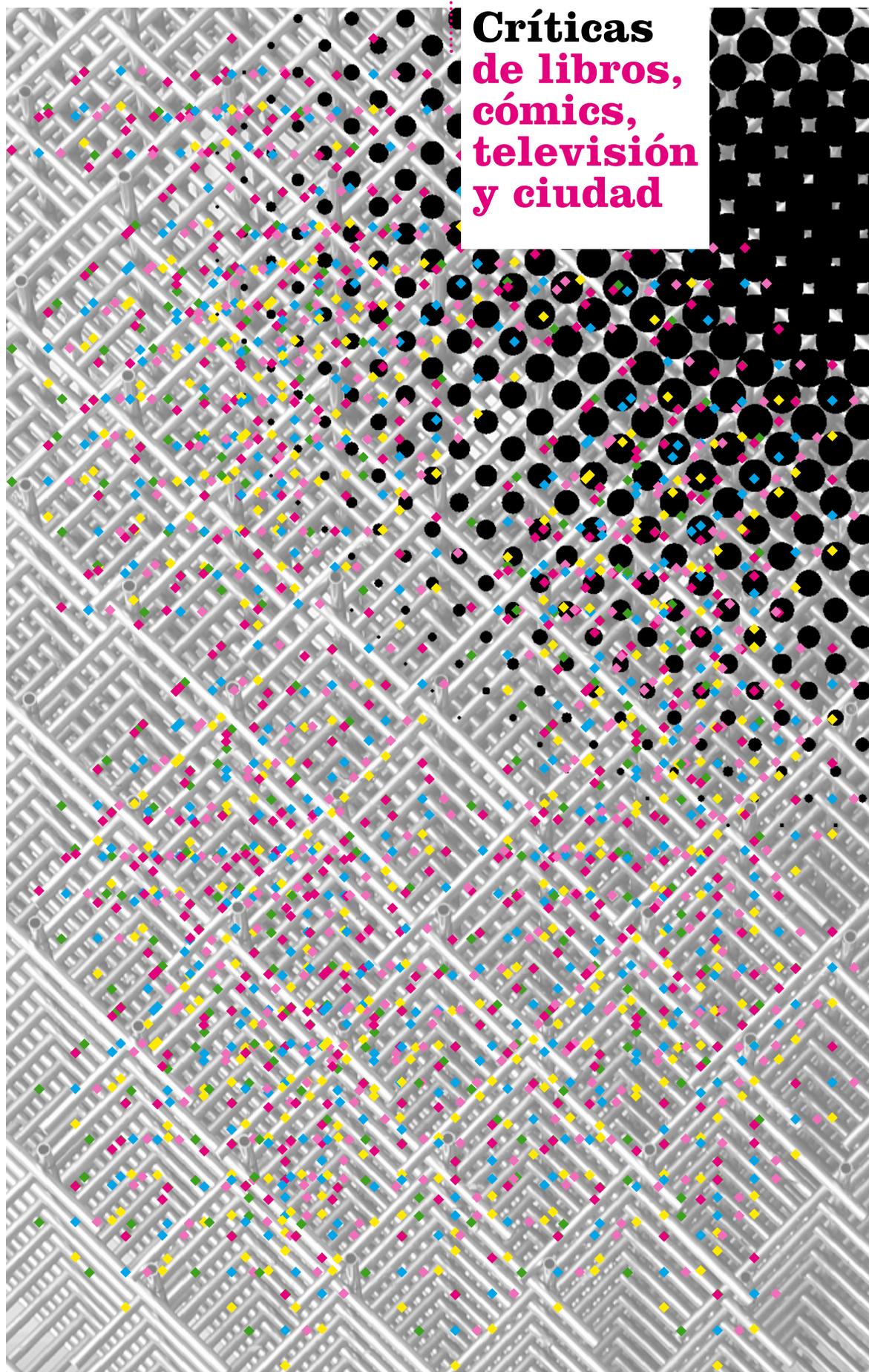
**23 AL 25 DE OCTUBRE DE 2017**

**PRESENTAN:**

Rolando Álvarez	Daniel Mansuy
Fernando Abria	Tomás Micolian
Santiago Aranguit	Mario Olive
Óscar Cabezas	Juan Ornelas
Eugenia Fedotkova	Rodrigo Piatto Sá Motta
Sheila Fitzpatrick	Adriana Petre
Arturo Fontaine	Cristóbal Rovina
Federico Galende	James Ryan
Tania Harner	Beatriz Sarlo
Claudio Ingerflom	Eduardo Sabrovsky
Alfredo Jolignat	Miguel Yacola
Alan Knight	

100 AÑOS  
DE  
REVOLUCIÓN  
BOLCHEVIQUE





**Críticas  
de libros,  
cómic,  
televisión  
y ciudad**

# El tempo lento de Piglia

POR LORENA AMARO

Antes de morir, Ricardo Piglia ordenó los materiales contenidos en los 327 cuadernos donde registró diariamente y por casi 50 años su cotidianidad. El resultado de este proceso, *Los diarios de Emilio Renzi*, no son, sin embargo, realmente diarios. Se parecen, porque como define el propio Piglia (y críticos como Maurice Blanchot), se ajustan al calendario: “No hay otra cosa que pueda definir un diario, no es el material autobiográfico, no es la confesión íntima, ni siquiera es el registro de la vida de una persona; lo define, sencillamente, dijo Renzi, que lo escrito se ordene por los días de la semana y los meses del año”.

No obstante, esa fijación del calendario no lo es realmente todo. El mismo Piglia la burla, seleccionando, creando series narrativas, intercalando entre los días y los meses varios relatos sin fecha, en que Emilio Renzi, su ubicuo alter ego (al que se refiere en tercera persona), se instala por horas en los bares para oír o contar historias. Historias que dan sentido a los supuestos fragmentos del diario y que de hecho aparecen en otros libros suyos (como la del escritor norteamericano Steve M., Steve Ratliff en *Prisión perpetua*), fragmentos que casi no son fragmentos sino relatos bien hilvanados, trozos de una posible autobiografía o una novela.

Entre estos verdaderos cuentos se pueden encontrar relatos bellísimos, como es el caso de “Primer amor”: “Nos escribíamos cartas, pero apenas sabíamos escribir”, cuenta sobre la relación con una niña que, como la mayoría de las mujeres descritas en el primer volumen de sus diarios, tan repentinamente aparece como se marcha, reclamada por una ajenidad incomprensible. “Fue tan grande el dolor que logré recordar que mi madre decía que si uno quería a una persona tenía que poner un espejo en la almohada, porque si la veía reflejada en el sueño se casaba con ella”; el niño hace lo propio, esperando

un milagro. “Muchos años después, una noche, soñé que soñaba con ella en el espejo. La veía tal cual era de chica, con el pelo colorado y los ojos serios. Yo era otro, pero ella era la misma y venía hacia mí, como si fuera mi hija”, escribe con la inesperada y tensa ternura de muchas otras de estas narraciones, sobre su abuelo, sobre el encuentro y desencuentro con la misteriosa y quebrada Lucía, sobre las “vistas” (visiones) que lo inquietan en su madurez.

A contrapelo de su propia definición, basada en el calendario, Piglia nos hace ver que las vidas se cuentan a partir de un tiempo distinto, no el cronológico. “Una vida no se divide en capítulos”, es la frase con que abre sus *Años felices*, el segundo volumen de los diarios; ya en el primero, Piglia relata cómo Renzi debe abandonar Adrogué, a causa de la riesgosa actividad política de su padre, para mudarse a Mar del Plata. Un corte, entre otros muchos, que perfilan la vida del escritor, como ese día en que leyó su primer libro importante, *La peste*, en una noche, con el fin de impresionar a una muchacha; o abandonó el departamento donde vivían él y su pareja rumbo a un hotel en 1972, en medio de una operación rastrollo del ejército, hecho que tendría consecuencias impensadas.

**Lo político, lo literario y lo amoroso son líneas que atraviesan los diarios, cada una con su propio programa y destino, al servicio de la narración, de contar historias.**

Lo político, lo literario y lo amoroso son líneas que atraviesan los diarios, cada una con su propio programa y destino, al servicio de la narración, de contar historias. En esto Piglia le hace caso, como en muchas otras cosas, a Borges, el maestro. De hecho, lo reescribe cuando dice: “Así que para escapar de la trampa cronológica del tiempo astronómico y mantenerme en mi tiempo personal, analizo mis diarios siguiendo series discontinuas y sobre esa base organizo, por decirlo así, los capítulos de mi vida”. La idea de las series la enunció Borges: “No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra, de los órganos de su cuerpo; otra, de las falacias cometidas por él; otra, de todos los momentos en que se imaginó las pirámides; otra, de su comercio con la noche y con las auroras”. En el caso de Piglia, una primera serie podría ser, como él mismo dice, la de los acontecimientos políticos, aparentemente externos, que tuercen la vida. Lo que él mismo llama “contratiempos”, esto es, todo lo contrario de un flujo constante, homogéneo, de los hechos.

Estas reflexiones no son nada nuevas en Piglia, quien destinó buena parte de sus páginas de crítica y de ficción a pensar cómo se vinculan la vida y la narración, cómo se reordena o reajusta el tiempo, qué es narrar y qué significa leer. Las anotaciones diarias se convierten, por lo general, en tesoros aforísticos: “El valor de la lectura no depende del libro en sí mismo, sino de las emociones asociadas al

acto de leer”; “Siempre habrá un hito insalvable entre el ver y el decir, entre la vida y la literatura”; “Se puede ver cómo es uno con solo hacer un recorrido por los muros de la biblioteca”; “Lo maravilloso de la infancia es que todo es real. El hombre mayor (!) es el que vive una vida de ficción, atrapado por las ilusiones y los sueños que lo ayudan a subsistir”; “El cine es más rápido que la vida, la literatura es más lenta”.

También suma reflexiones que definen su propia y desapacible relación con la escritura: “La lección de siempre, si me encierro y me aílo, la novela camina; si me disperso, se atranca”; “Me cuesta cada vez más trabajo narrar hechos y situaciones en estos cuadernos, hay una tendencia a pensar antes de actuar, olvidar el cuerpo y su desplazamiento. Así, lo que quiero aquí es describir el estado mental y la historia de un alma cautiva (en las redes del lenguaje)”.

Es atrapado en esas redes que Piglia pone sus diarios bajo la firma de “Emilio Renzi” (su segundo nombre y segundo apellido): sabe que con eso perturba desde el comienzo la relación supuestamente transparente de la literatura autobiográfica con la realidad. Los verdaderos diarios de Ricardo Piglia, sus cuadernos, los leerán unos pocos afortunados, aquellos que accedan a sus manuscritos. Los demás debemos contentarnos con esta finta textual por la que la identidad se vuelve ambigua y acuosa, impregnada de ficción. El propio Piglia explica que el concepto “Escrituras del yo” es “una ingenuidad”, porque dónde hay un Yo, qué es un Yo sino “una figura hueca”, como él dice.

Por eso estos “diarios” no tienen nada que ver con los de otros grandes diaristas, como Julio Ramón Ribeyro o Cesare Pavese. En las páginas de Piglia no se encuentran las anotaciones telegráficas e incomprensibles; los predicados no verbales de los que habla otro argentino proclive al diario, Alberto Giordano, al referirse a otros cultores del género. No parece que lo más importante sea el examen de conciencia, el fetichismo coleccionista, el secreto, la página en blanco del escritor o lo que Elias Canetti llamaba “el interlocutor cruel”: el yo que se lee a sí mismo pasados los años. Ninguna de estas ideas sobre el diario basta para referirse a la experiencia de leer a Piglia transfigurando cada observación, idea o gesto en una breve narración o en una teoría sobre el acto de narrar. Desde una clase sobre Platón en la universidad, hasta la historia de su abuelo italiano, que como Bartleby debió trabajar en una oficina de cartas halladas entre las pertenencias de los muertos durante la Primera Guerra Mundial.

Mientras que para Roland Barthes el diario era una posibilidad de expresar lo inesencial del mundo, su mutabilidad, en la escritura de Piglia se enquistaba la trascendencia de lo literario, el enorme compromiso que él mantuvo con la literatura. Varias son las escenas fundacionales que relata sobre esta relación. Quizás, la más entrañable, la primera: la de un niño de tres años que observa a su abuelo leer y decide sentarse él mismo a la puerta de su casa con

un libro en las rodillas. Pronto se le acerca un transeúnte para decirle que ha puesto el libro al revés. ¿Pudo ser Borges? Piglia lo deja abierto, más como un deseo que como una pregunta. Por otra parte, el equívoco no hace más que recordar lo que Sylvia Molloy llama “los desvíos de la letra”, las distorsiones creativas que desde la cita con que comienza el *Facundo* (el famoso y errado “*On ne tue point les idées*” de Sarmiento) caracterizan la literatura escrita en nuestro continente: la idea de que al “leer mal” se puede estar leyendo creativamente; la idea de que un niño sentado a la puerta de su casa con un libro puesto al revés en sus rodillas puede dialogar, desde ahí, con la tradición. Con el más grande de los escritores de su país y ciertamente, uno de los más influyentes en su obra.

Estos últimos textos legados por Piglia son, pues, algo más que una “máquina de dejar huellas”, como él mismo escribió alguna vez sobre los diarios. En ellos Piglia imagina, crea imágenes de sí como escritor, lector, amante, amigo, hijo, nieto, espectador y sujeto político. Si bien serán reconocidos como “diarios”, quienes lo leen y lo seguirán leyendo saben que en ellos está activa la máquina de contar historias y que muchas de sus ficciones se encuentran allí, en ciernes. En medio de su complicada enfermedad, Piglia al menos pudo seleccionar, editar y dar él mismo un sello a sus cuadernos.

En el primer volumen de sus diarios, Renzi cuenta que al salir con 16 años de Adrogué, no se despidió de nadie: “Despedirse de la gente me parece ridículo. Se saluda al que llega, al que uno encuentra, no al que se deja de ver”. Estos diarios son, sin embargo, una despedida brillante, la última finta de un escritor e intelectual enorme, un pensador y comunicador del *tempo* literario. **S**



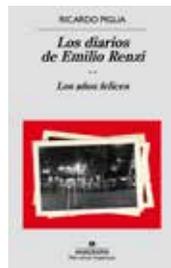
**Los diarios de Emilio Renzi.**  
**Años de formación**

Ricardo Piglia

Anagrama, 2015

358 páginas

\$22.100



**Los diarios de Emilio Renzi.**  
**Los años felices**

Ricardo Piglia

Anagrama, 2016

419 páginas

\$22.800

# ¿Quién mató a Roland Barthes?

POR ANDREA KOTTOW

El detective Bayard debe investigar el atropello de una de las grandes figuras de la intelectualidad francesa a comienzos de la década del 80. Roland Barthes venía distraídamente caminando, tras haber participado en un almuerzo con el futuro Presidente François Mitterrand, lo que abre sospechas sobre el supuesto accidente. Para poder comprender quién era Roland Barthes y a qué se dedicaba, el detective (un hombre más bien sencillo, de orientación práctica) debe asociarse con un profesor de semiología (Simon Herzog), cuya tarea, además de explicarle los fundamentos del pensamiento estructuralista a Bayard, consiste en ubicarlo en la fauna de los pensadores franceses de la época: desde un encantador, pero narciso y hedonista Foucault, que se pasea del brazo de algún gigoló árabe por saunas gays y fiestas colmadas de cocaína y LSD; pasando por una fina y elegante Julia Kristeva, presa de sus propios fantasmas que, además de la nata de una leche caliente que flote encima de la superficie de su café, incluye a su marido, un frustrado y ególatra Philippe Sollers, que intenta a toda costa reclamar su lugar entre las filas de la *intelligentsia* de la época; a Louis Althusser, quien en un exabrupto de ira, pero consciente de sus actos, estrangula a su impertinente y mundana mujer.

*La séptima función del lenguaje* de Laurent Binet puede ser leída en clave policial. Bayard y Herzog, desconfiados en un principio frente a los talentos del otro, van acercándose en la medida en que la novela avanza y, como en cualquier historia donde el protagonismo es compartido por dos socios (desde *El Quijote* hasta las series policiales actuales, como *The Killing*, *True Detective* o *The Fall*), estos dos, que aparentan ser opuestos, se irán asemejando. Así pasan de la antipatía, el menosprecio, la rivalidad o el franco odio, a la simpatía, al reconocimiento, a la colaboración y, ¿por qué no?, a una forma de amor. Tanto el detective como el semiólogo son, finalmente, lectores de huellas.

Ahora bien, la novela de Binet en tanto novela policial se enreda y confunde al lector. Entre los celos intelectuales que enfrentan a Sollers con Eco, y las



## La séptima función del lenguaje

Laurent Binet

Seix Barral, 2016

448 páginas

\$15.900

luchas por el poder político, donde están involucrados los búlgaros y los socialistas franceses, se pierde el interés por saber quién mató a Barthes. Y eso es imperdonable en un policial.

También podemos leer *La séptima función del lenguaje* como una gran humorada: una comedia que mezcla a destajo hechos históricos, figuras reales con fantasía e imaginación. Destrona a quienes para muchos de nosotros han sido nuestro objeto del deseo: los estructuralistas y posestructuralistas franceses. En este sentido, algo de novela de iniciados tiene: el texto está lleno de referencias, citas, intertextos y guiños. En un principio, el libro captura a sus lectores por esa vía. Todos queremos formar parte de ese club que sabe y reconoce, que ríe cuando debe. Pero también vista desde esta perspectiva, la lectura se vuelve menos entusiasta con el transcurrir de las páginas. Resulta excesivo y agobiante ese intento por incluirlos a todos y todas, desde Lacan a Butler, desde Jakobson a Paul de Man. Cansa la demostración de erudición. Agota la risa forzada de la caricatura y la ridiculización.

Esta séptima función del lenguaje, plasmada en un documento perdido que se convierte en la “carta robada” de esta novela, y que deposita en el lenguaje el poder performativo de hacer cosas con las palabras, habría sido más con menos. **S**

# El MIR: una historia pendiente

POR ANA PIZARRO

El interés por el MIR en perspectiva histórica es relativamente reciente y en general, se ha manifestado en publicaciones, cuando no pequeñas, bastante marginales. En su momento de formación y mayor actividad, desde 1969 y luego en parte importante del período de la dictadura, estuvo bastante presente en los periódicos desde la mirada de sus detractores. En los últimos años, publicaciones sobre sus líderes o innumerables artículos de prensa relativos a situaciones puntuales en el país renuevan su interés con una mirada histórica que lleva a tesis académicas y publicaciones mayores. Está también la presencia pública de muchos de sus participantes. Pero el del MIR es un relato que aún no se escribe sino parcialmente y desde una perspectiva a veces de poco valor investigativo. No es el caso de este libro de Soledad Pino, que es un escrito a partir de entrevistas hecho con seriedad profesional.

Aquí se trata de una perspectiva que enfoca seis caras de un caleidoscopio, cuya multiplicidad y movimiento están por armarse. Cada uno de estos es la faceta que entrega una entrevista. Se trata, pues, de personas de diverso origen, con diversa función dentro de la perspectiva del Movimiento, en general de relatos disímiles, cuyas vidas fueron atravesadas por el torbellino de la acción política de este grupo político, situada, a su vez, en años álgidos de la vida del país y el continente. Lo que aúna a los personajes es la relación con la historia del MIR, menor o mayormente cercana. Así, la primera es el relato de un militante de base, de extracción popular: “Tenía dudas severas de que pudiéramos hacer la revolución con gente que nunca había pasado hambre, y en el MIR había mucha burguesía”. La segunda, sorprendente, es la de un torturador confeso: “En el mundo militar todos nos declarábamos antimarxistas sin tener ni la más pálida idea de lo que eso significaba”. La tercera, de un empresario ligado a personas del MIR: “Estando en prisión tuve un cambio sustancial: me volví bastante insensible”. La cuarta es la de la pareja de Alfonso Chanfreau y uno de los casos emblemáticos de la tortura: “Yo iba sentada en una micro y de repente vi colgada en un kiosco la portada con la cara de ese sujeto; me dio una especie de fatiga, creo que mi cuerpo resintió el miedo que yo no reconocía conscientemente que tenía”. La entrevista siguiente es la de un ex

miembro de la dirección del MIR que alude a su historia, sus aciertos, sus fuertes críticas a la organización: “Se me aclaró la película, vi que el MIR estaba básicamente destruido y nosotros seguíamos hablando de derrocar la dictadura y constituir un gobierno popular”. Este testimonio deja ver, entre líneas, algo que me parece importante: el humor negro que permite el distanciamiento necesario para la reflexión.

La entrevista final es el relato de vida de dos hermanos (quien habla es Alexandra) que viven la infancia y parte de la adolescencia a cargo de su abuela en distintos países, porque sus padres han vuelto clandestinos al país a formar parte de la resistencia armada. A diferencia de las demás, y por su propia naturaleza, esta entrevista toca más hondo en lo emocional. No hay aquí victimización, a pesar de que se trata de vidas trastocadas por las circunstancias, porque la experiencia de crecimiento con la abuela es altamente positiva. Sabemos que no fue así en otros casos.

Como vemos, esta es la muestra de un universo polifacético cuyas piezas están lejos de constituir hoy un relato histórico coherente. Entiendo que hay historiadores que están trabajando en esto. Hay en estas entrevistas distintas perspectivas etarias, ideológicas, acontecimientos que pertenecen a diversos tiempos, personajes que actúan en diferentes lugares del Movimiento. No es posible evaluar los relatos de la misma manera. Hay momentos en la evolución del MIR que lo caracterizan (y responsabilizan) de manera diferente: el primero parece ir hasta la muerte de Miguel Enríquez; las conducciones siguientes le imprimieron otro perfil al Movimiento.

Por todas estas razones, también me parece que la periodista nos debe un análisis que vaya más allá de lo metodológico. También hubiéramos querido que la agudeza de Ascanio Cavallo (autor del prólogo) nos entregase elementos mayores en respaldo de su tesis, pues en esta épica pienso que hubo muchos héroes: todos esos jóvenes y menos jóvenes generosos que fueron hombres y mujeres de su tiempo, torturados y muertos por pensar (equivocadamente o no) que podía haber un mundo de mayor equidad.

Todo este trabajo de búsqueda, sin embargo, es de gran utilidad para historiadores y analistas, porque contribuye al acopio de elementos que entregarán en algún momento los distintos relatos que el tema merece. **S**



## De armas tomar. Vidas cruzadas por el MIR

Soledad Pino

Catalonia-Periodismo UDP,  
2016

188 páginas

\$12.100

# Los simios tocan el cielo

POR GABRIEL VERGARA

Tras escribir un par de obras sobre estrategia militar en la Edad Media y el Renacimiento, el historiador israelí Yuval Noah Harari dio un giro temático para ocuparse, en un análisis de muy largo plazo, de la historia de un simio muy especial, uno que pasó de ser un simple cazador recolector a dominar el planeta. El libro resultante (*Homo sapiens: de animales a dioses*) era un vertiginoso repaso del devenir de la humanidad que mezclaba historia, teoría de la evolución y ciencia de punta.

Según Harari, hoy los humanos han derrotado el hambre, la guerra y la enfermedad, lo cual los deja listos para un nuevo reto: vencer a la propia muerte. *Homo Deus: breve historia del mañana* apunta en esa dirección. El texto empalma con el punto en que termina *Homo sapiens* y, de hecho, se pueden leer como una sola obra. Ambas presentan una marca que tiene mucho que ver con el enorme éxito que han cosechado: la notable habilidad para explicar procesos complejos de manera didáctica, precisa y muy irónica. Todo parece sencillo y obvio cuando lo cuenta Harari.

La tesis de *Homo Deus*: la conjunción de las ciencias biológicas y la informática se aprestan a redefinir lo que pensamos es nuestra esencia inmutable. Y de ese cambio podría surgir una nueva especie.

A lo largo de las últimas décadas, la biología ha llegado a la conclusión de que todo lo que hacemos, pensamos y sentimos está determinado por algoritmos biológicos generados a lo largo de la evolución. En este aspecto, no nos diferenciamos mayormente de ratas, cucarachas o delfines. Manipular esos algoritmos es cuestión de tiempo... y de química. En resumen, un asunto meramente "técnico".

En paralelo, los algoritmos informáticos han ido generando programas cada vez más complejos, cuyo funcionamiento puede replicar (y superar) el de la mente humana. Por si fuera poco, la ingeniería puede ayudar, mediante implantes y piezas biónicas, a aumentar las capacidades que la evolución ha creado para nosotros a lo largo de millones de años. "El ascenso de humanos a dioses puede seguir cualquiera de estos tres caminos: ingeniería biológica, ingeniería cibernética e ingeniería de seres no orgánicos", resume el autor.

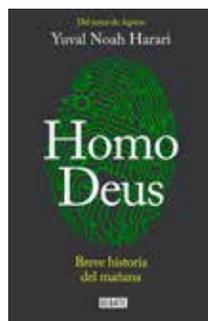
Son anticipos arriesgados. Tal vez por eso Harari, reconociendo tácitamente la sospecha que genera el hecho de que un historiador haga profecías, agrega que el futuro no se puede adivinar y que "mi predicción se centra en lo que la humanidad intentará lograr en el siglo XXI, no en lo que conseguirá lograr".

Varias de sus ideas son estimulantes, pero es difícil no ponerlas en duda cuando hablamos de vencer a la muerte y de un mundo en donde los algoritmos matemáticos pueden llegar a predecir nuestro comportamiento en todos los ámbitos posibles.

La fuerza del libro, sin embargo, es precisamente esa: obliga al lector a pensar en un futuro que parece sacado de un libro de Huxley (más que de Orwell) y tomarse en serio la posibilidad de que las cosas avancen en dicha dirección.

En el corazón de esa ruta está la que sin duda es la parte más fascinante del libro, que surge cuando el autor se pregunta qué es, finalmente, lo que le dio ventaja a la especie humana. Su respuesta no está en la inteligencia o en la capacidad de trabajar de manera colectiva (hay animales que lo hacen muy bien en cada uno de esos aspectos), sino en una derivada especial: los humanos somos capaces de crear realidades intersubjetivas, relatos que solo existen en la medida en que creemos en ellos y que les dan sentido a nuestras vidas: una categoría en la que ubica a todas las religiones, incluso las laicas, como el humanismo.

Aunque hay preguntas insoslayables, como qué será de la conciencia, las emociones y la individualidad, *Homo Deus* resulta un libro atractivo para empezar a entender la dirección (y la fuerza) que pueden tomar las principales tendencias que definirán un futuro no tan lejano. **S**



**Homo Deus: breve historia del mañana**

Yuval Noah Harari

Debate, 2016

492 páginas

\$15.000

# ¿Dónde está el enemigo?

POR PABLO RIQUELME

Bagdad, 2011. La agente de la CIA Carrie Mathison recibe el siguiente chivatazo de un contacto local que minutos después será ejecutado por el gobierno iraquí: un soldado estadounidense —dice— cambió de bando en la guerra contra el terrorismo, fue reclutado por Al Qaeda y atentará en suelo estadounidense.

Meses después, una operación en las montañas de Afganistán de un equipo de *marines* encuentra al sargento Nicholas Brody, dado por muerto en 2003 durante la guerra contra los talibanes. Según él, ha pasado ocho años en cautiverio. Todos los estadounidenses aplauden la vuelta a casa del héroe, incluidos el Presidente y los jefes de Carrie en la CIA. Ella es la única que sospecha: cree que Brody es aquel soldado que cambió de bando y que es una amenaza para la seguridad nacional.

La tensión entre este Odiseo retornado de la Troya yihadista y esta Antígona disidente del monstruoso aparato de vigilancia de Estados Unidos sustenta el comienzo de *Homeland*, un melodrama de intrigas internacionales (basado en la serie israelí *Prisioneros de guerra*) que examina, como ningún otro show actual, el choque de la maquinaria militar estadounidense con los grupos radicalizados de bandera islámica ocurrido tras los atentados de 2001 y las invasiones de Irak y Afganistán.

Las dos primeras temporadas diseccionan el legado de Bush: un país que, después de 10 años de guerra, está exhausto y moralmente descalibrado (las heridas en el cuerpo de Brody y la bipolaridad galopante de Carrie personifican esos desajustes), y con un aparato estatal (encarnado por la CIA) que despoja a sus ciudadanos de libertades constitucionales, como la privacidad, con el objeto de brindarles seguridad.

A partir de la tercera temporada, *Homeland* sale de Washington para retratar la guerra sucia global ejecutada por Obama: asesinatos selectivos, drones que matan civiles y cacerías humanas fuera de la legalidad internacional contra una Al Qaeda diezmada sin Bin Laden y su sucesor, el Estado Islámico. El teatro de operaciones de Carrie y Saul Berenson (su mentor en la CIA y el personaje que se roba la historia) es tan cosmopolita que, tras la quinta temporada, la guerra contra el terrorismo termina siendo para el espectador lo mismo que fue para Eric Hobsbawm la Segunda Guerra Mundial: una lección de geografía.



## Homeland

Creada por Howard Gordon y Alex Gansa

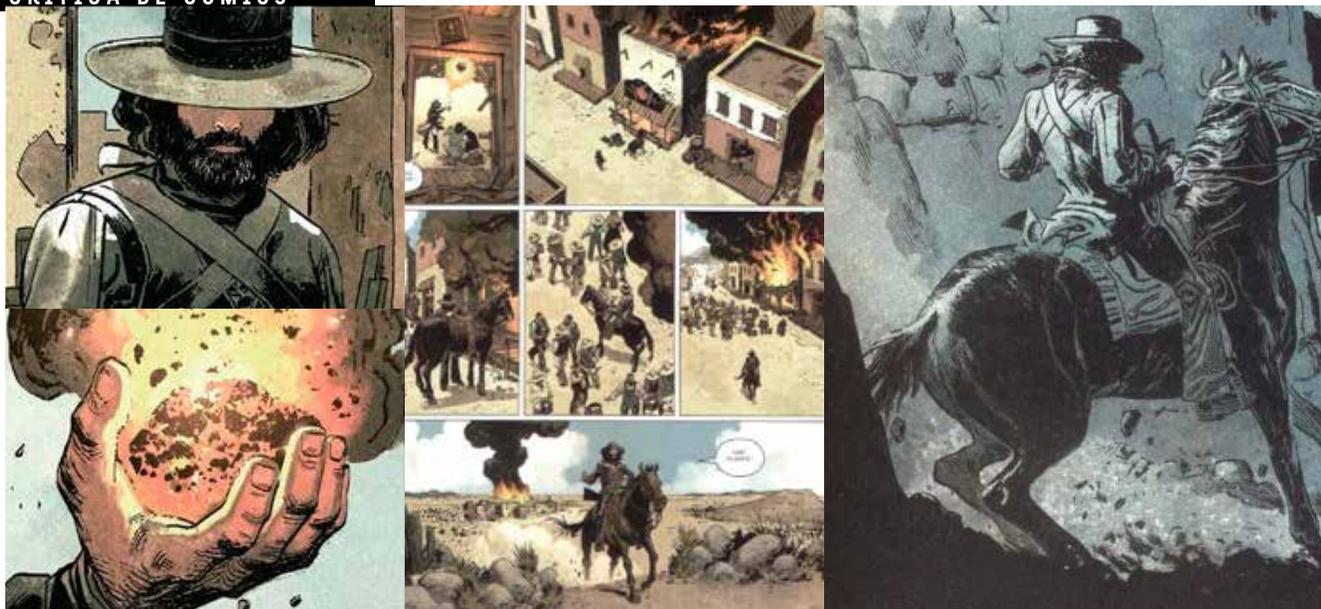
Claire Danes, Damian Lewis, Mandy Patinkin, Morena Baccarin  
Showtime Originals

6 temporadas,

12 capítulos cada una

Un aspecto interesante de *Homeland* es su ambigüedad. A pesar de ser una serie cínica y manipuladora a la hora de caracterizar al mundo islámico, no es menos despiadada cuando explica las motivaciones estadounidenses para defender su patria. La serie da vuelta la retórica maniquea de Bush (“Quien no está con nosotros, está contra nosotros”) y deja que el espectador decida de qué lado está: ¿con los terroristas islámicos o con la potencia imperial que mata niños inocentes? *Homeland* no ofrece buenos y malos, sino el principio ciceroniano de que entre dos males, se ha de elegir el menor.

En este sentido, la serie sugiere que, cuando quieran buscar enemigos, los estadounidenses no necesitan mirar hacia Medio Oriente, sino hacia los cuarteles de la CIA en Langley. Considerando que *Homeland* tiene un olfato geopolítico indiscutible (anticipó en un año el intervencionismo ruso en las elecciones estadounidenses y también el atentado en Berlín), la sexta temporada, que transcurre en Nueva York, en la zona cero de la guerra, augura algo inquietante: la CIA y el FBI están en pugna con la Presidenta electa, y no están dispuestos a perder poder ni aflojar el cinturón de la seguridad nacional. Incluso si eso implica que ellos mismos comiencen a poner las bombas. **S**



# Rostros sobre rostros

POR ÁLVARO BISAMA

Habría que pensar en esto: hay una o dos generaciones de chilenos que vieron en *El Topo* (1970), el western místico de Alejandro Jodorowsky (1929), en una versión en VHS pirateada que él mismo trajo a Chile, en una de sus primeras visitas, a comienzos de la década del 90. El Jodorowsky que vino en ese momento no es el mismo de ahora, pues antes que una superestrella de la autoayuda, su historia podía ser contada desde la picaresca de un judío ruso de Tocopilla que fue miembro de la generación del 50 (donde se hizo hermano de sangre de Enrique Lihn y amigo de Nicanor Parra) y que luego huyó a Francia y a México (y luego a Francia, de nuevo) para volverse mimo, tarotista, guionista de cómics y cineasta. O sea, una leyenda chilena al fin y al cabo.

En 1990 aún no existía la psicomagia y los locales donde se presentaba no estaban llenos de acólitos esperando respuestas demoledoras o ingeniosas. Jodorowsky era alguien que había hecho películas de culto, había fracasado en la adaptación del *Dune* de Frank Herbert, pero luego se había convertido en un guionista central para Humanóides Asociés, gracias a sus trabajos con Moebius (los primeros seis volúmenes de *El Incal*, *La loca del sagrado corazón* Arno (*Alef-Thau*) y *Cadelo* (*El dios celoso*).

Esos trabajos no solo supusieron la confirmación del lugar del autor en el imaginario de la sci / fi y el *fantastique* mundial sino también la comprobación de que el talento

de Jodorowsky era algo concreto, no era una promesa suurrada a la distancia en el Chile de los 50 o el México de fines de los 60.

De este modo, cuando volvió a Chile en 1991, el Jodorowsky de los cómics parecía haber sepultado al cineasta. *El Topo* era apenas una referencia lejana, una cinta de medianoche que el chileno dirigía, escribía y protagonizaba, y cuyos derechos habían sido secuestrados por Allen Klein, el viejo mánager mafioso de los Rolling Stones. Por eso el maletín con los VHS que traía era una *samizdat* de sí mismo. Por eso, antes que los mensajes iniciáticos, es mejor pensar en *El Topo* como una historia de precariedades y malentendidos, una anotación sobre la violencia latinoamericana envuelta en el papel de regalo de una fábula hippie.

Remix de horror en medio de las promesas de un futuro esplendoroso, ahora funciona como un artefacto de época que nos permite calibrar el modo en que circulaban ciertos saberes esotéricos en la década del 60 y cómo estos se sumergían en un mismo paisaje mexicano que había devorado a otros extranjeros, como Burroughs, Breton y Buñuel. La precariedad del filme, sin ir más lejos, hacía más patente lo anterior, pues proponía una fábula que no escondía su condición de parodia. En el momento en que el western norteamericano clásico vivía su ocaso de la mano de Sam Peckinpah y Arthur Penn, y el spaghetti western surgía como una lectura sentimental de los mismos temas de la mano de Sergio Leone, Jodorowsky trabajaba con los despojos, con los escombros invisibles que brillaban al otro lado de la frontera, llevando hasta el límite la premisa de que Juan Rulfo y Carlos Castaneda podían ser leídos como un mismo autor.

*Los hijos del Topo* sigue estas ideas al pie de la letra, al tomar el guion para una presunta secuela de la cinta y convertirlo en cómic. De nuevo, como en *La casta de los Metabarones*, se trata de una historia familiar, la de



---

### **Los hijos del Topo**

---

Alejandro Jodorowsky

---

Reservoir Books, 2016

---

64 páginas

---

\$14.000

---

Caín, el hijo del Topo, el protagonista de la película, un villano solitario que es repudiado por su padre y jura venganza. Estamos ante una ordalía de los temas más caros al mundo jodorowskiano, una clase de western que no aparecía en sus trabajos desde los cuatro volúmenes del narcothriller *Juan Solo*, que dibujó Georges Bess entre 1995 y 1999.

Aquí conviven la destrucción masiva, cultos religiosos apocalípticos, superpoderes, violaciones, suicidios, tumbas al sol, asesinatos colectivos, resurrecciones; todo ambientado en un desierto lleno de casas miserables, pueblos en ruinas y páramos desolados. Esa mezcla permitirá que las peripecias tomen un tono oscuro y a la vez carnalesco, donde hay ideas interesantes, como por ejemplo que el Topo maldiga a Caín, marcándolo en la frente, y que todos se nieguen a mirarlo o hablarle. “Tengo una cara”, dirá el protagonista, pero antes de eso el relato habrá dado mil vueltas presentando un rito de paso tras otro mientras acumula tanta cháchara como sangre.

Pero acá viene la habilidad del mexicano José Ladrönn (1967), formado en la industria norteamericana, quien logra abrirse paso para ordenar la narración y darle un sentido coherente. De nuevo, es interesante cómo Jodorowsky logra que ciertos artistas den lo mejor de sí. Lo mismo que pasó con Moebius, Francois Boucq o Juan Giménez, sucede ahora con Ladrönn. Es posible percibir que hay acá una búsqueda de sus propios límites como artista, el abandono de una zona de confort. En *Los hijos del Topo*, Ladrönn evita cierta espectacularidad ciñéndose a las coordenadas de la cinta original y haciendo que su paleta de colores (otroza deslumbrante en sus portadas para *Planet Hulk* en Marvel o algunas secuelas menores de *El Incal*, con el mismo Jodorowsky) opte acá por tonos ocres y opacos, capaces de captar el aire polvoriento del desierto, pero también los modos en que la cara del guionista se multiplica hasta el infinito. Lo mismo corre

con el cuadrulado de las viñetas: seis o siete viñetas por página, a lo más nueve, como si justamente eso le permitiese proponer cierto orden dentro del delirio narrativo, volviendo todo más legible y, dado lo explícito o violento de algunas imágenes (Caín viola a una mujer en una horca), permitiendo que esa misma claridad haga todo más atroz.

Porque Ladrönn tiene el rostro de Jodorowsky como centro: el Topo, Caín y su hermano tienen la cara del chileno. Acá quizás yace el sentido del arte del dibujante, pues nos obliga a pensar que el álbum puede ser leído como una revisión incesante de esos rasgos, que aparecen descritos desde esa dualidad que define algunos aspectos de su obra. Ahí, el monje bonzo y el pistolero son lo mismo, son solo avatares del autor, destellos de una estética y de una sabiduría donde conviven el exceso y la sanación, la violencia y la iluminación. Nada nuevo ahí, aquello está en los filmes del autor, pero también en el modo en que ha convertido a la psicomagia en una suerte de autobiografía y al tarot, en una forma de autoficción.

Lo interesante acá es cómo Ladrönn cierra el círculo. Un Jodorowsky anciano escribe una obra donde su rostro es el protagonista. En los VHS que vimos hace tantas décadas, ese rostro era el de un hombre de 40 años, listo para devorar el mundo. Casi medio siglo después, el mexicano vuelve sobre él y lo dibuja al modo de un fotograma imposible, el apunte de una pesadilla retrospectiva que funciona como un relato sagrado y también apócrifo; un ejercicio de *retcon* que trata de abrirse camino en el laberinto hipertrofiado del culto a la personalidad y los mitos pop que el chileno ha contado sobre sí mismo. Eso permite disfrutar el cómic en múltiples niveles, porque estamos a la vez ante un western alucinado en tanto secuela del filme original, pero también un violento juego de espejos donde Jodorowsky explota su propia leyenda, para preguntarse si esta aún puede dar algo más de sí, si aún tiene sentido. ●

# ¿Jane Jacobs o Robert Moses?

POR IVÁN PODUJE

Se supone que las políticas progresistas buscan proteger a los desposeídos y propender a una sociedad más justa, con un rol activo del Estado, para lo cual se deben impulsar cambios importantes o reformas “estructurales”, como se las llama en el último tiempo.

Curiosamente, en la ciudad no ocurre lo mismo. Una parte del urbanismo “progresista” defiende más el *status quo* que las transformaciones y promueve pequeños cambios cosméticos, antes que grandes obras. Además desconfía del Estado y suele ver oscuros intereses en sus planes urbanos.

En esta visión ha tenido mucha influencia el pensamiento de la escritora estadounidense Jane Jacobs, quien en 1961 publicó *Muerte y vida de las grandes ciudades*. En este espléndido libro, Jacobs hace una crítica demoladora a la planificación gubernamental impuesta “desde arriba” y promueve un rol activo de la ciudadanía, bien resumido en un artículo escrito por Saskia Sassen publicado en esta misma revista (ver sitio web).

La motivación inicial de Jacobs fue oponerse a una autopista que el gobierno pretendía construir cerca de su casa, en el legendario barrio de Greenwich Village de Nueva York. En esta cruzada su enemigo fue el encargado del proyecto, Robert Moses, quien dirigió por años el departamento de planificación de la ciudad y es considerado el “gran constructor” de esa metrópoli cosmopolita que asociamos a la Gran Manzana.

La guerra entre Jacobs y Moses fue retratada en documentales, libros e incluso cómics, y Jane logró imponer una nueva corriente de pensamiento muy conservadora ante los cambios, pero sumamente liberal para reducir la injerencia del Estado. De ahí viene el rechazo a los grandes proyectos públicos y la fascinación por el emprendimiento individual: moverse en bicicleta, tener almacenes propios, hacer malones en las plazas o acciones colectivas para pintar un paradero o reponer una banca.

Nadie podría discutir la pertinencia de algunos de estos postulados. Funcionan muy bien en zonas con atributos, como el Village de Jacobs o el Barrio Italia de Providencia. El problema es que sirven de poco si el



objetivo es más complejo y verdaderamente progresista, como recuperar guetos de viviendas sociales en Puente Alto, conectar periferias de clase media de Quilicura o revitalizar áreas patrimoniales deterioradas como el barrio de La Vega.

¿Por qué entonces la lógica minimalista de Jacobs influye tanto en la agenda de centroizquierda?

Una primera razón es que calza con la nueva corriente de “empoderamiento” ciudadano que suele endiosar la acción individual y denostar cualquier cosa que provenga del aparato público. Otra explicación es la caricaturización del urbanismo que representa Robert Moses, visto como “destructor de la ciudad”. Es cierto que pasar una autopista por el Greenwich Village era un descriptorio, pero el legado de Moses fue mucho más que eso y,



Fotografía: Victor Ruiz

si lo medimos por el número de beneficiados, bastante más progresista que el aporte de Jacobs. Sus puentes, túneles y avenidas permitieron conectar Manhattan con una periferia donde vivían millones de trabajadores de bajos ingresos, lo que redujo sus tiempos y costos de traslado. Sus proyectos de vivienda social sirvieron para localizar a 150 mil familias vulnerables en áreas centrales, y sus parques y piscinas públicas les permitieron disfrutar de pasatiempos antes reservados para las clases más acomodadas.

Algo similar ocurrió en Santiago con Juan Parrochia y su plan de transporte, aborrecido por los seguidores criollos de Jacobs, por el alto costo del Metro o el impacto urbano de las autopistas, pese a que ambos sistemas resuelven la conectividad de decenas de comunas alejadas.

¿Significa esto que debemos inclinarnos por Moses? Según Scott Larson, el ex alcalde Bloomberg entendió que ambas miradas eran necesarias para implementar su ambicioso plan NYC 2030, y se propuso “construir como Moses”, pero considerando “el pensamiento de Jacobs”.

En Chile podríamos hacer lo mismo. Abandonar el enfoque conservador de cierta élite progresista que piensa que Santiago es como una Providencia grande, e impulsar transformaciones que resuelvan los problemas de equidad y calidad de vida que afectan a millones de habitantes. Para ello no sirven los cambios cosméticos. Se necesitan grandes proyectos, pero con participación ciudadana, cuidado de los barrios y un diseño que ponga en valor la escala humana. En resumen, construir como Moses con Jacobs en la mente. **S**



# La desgracia que no habla

POR MATÍAS CELEDÓN

Thomas de Quincey dedica un ensayo a *Macbeth* en torno a un episodio: los golpes a la puerta que siguen al asesinato de Duncan y el efecto inexplicable que desde muy joven aquellos golpes le produjeron emocionalmente. Cuenta que fue en 1812 cuando por fin pudo ver la obra representada en el teatro de Ratcliffe Highway y recién entonces, al verla en vivo, comprendió el real efecto de ese llamado y su naturaleza: “Cuando el hecho se ha consumado, cuando el trabajo de lo oscuro es perfecto, entonces el mundo de lo oscuro se desvanece como una pompa en las nubes: se escuchan los golpes a la puerta y se hace evidentemente audible que la reacción ha comenzado”. El restablecimiento de las andanzas del mundo, dice De Quincey, nos hace sensibles del poderoso paréntesis que las ha suspendido.

Dentro de ese paréntesis, situada en un viejo hotel abandonado en el distrito artístico de Chelsea, en Manhattan, una compañía inglesa ha montado una intensa experiencia teatral inspirada en *Macbeth*, que es un hito desde hace años en la cartelera de Nueva York: *Sleep No More* hace del sueño su impronta, aunque requiere una presencia activa del espectador (o sea, de un espectador despierto). Por cerca de dos horas, debe transitar un laberinto de escenografías, espejos y escaleras en el que de pronto se encuentra inmerso. Con la estética del cine negro, ambientada en los años 30 en Green Galloway, una ficticia ciudad escocesa de pasado medieval, la acción transcurre en los seis pisos del edificio del Hotel McKittrick, una sucesión de espacios continuos, unos dentro de otros, en donde se asiste a una coreografía de cuadros y escenas que en su mayoría refieren a la obra de Shakespeare.

Un trabajo sin palabras, literalmente: son la música y los efectos, la luz, el movimiento y la acción (es la danza) el modo de participar del diálogo.

Cuando leemos o presenciamos *Macbeth*, observa Harold Bloom, la obra depende del horror de sus imaginaciones. Más allá de los artificios, Punchdrunk, la compañía que ha montado el espectáculo, cifra la experiencia en los hilos invisibles que mueven en las sombras a la perfección. La posibilidad de discurrir con autonomía por los diversos escenarios hace del montaje una realidad sensorial en donde cada espectador habita espacialmente el argumento. Cada piso encaja las piezas de un pequeño

universo que se expande; en cada piso, las habitaciones y corredores, las calles de Green Galloway que conducen a los bosques, al sanatorio, al cementerio, donde a veces los actores aparecen.

En la espectral coreografía de Lady Macbeth, rescatada de la descripción de la Dama al Doctor al inicio del V acto (“La he visto levantarse de su lecho, echar sobre sí su vestido de noche, abrir su pupitre, sacar papel, plegarlo, escribir en él, leerlo y en seguida volver al lecho; todo esto, sin embargo, completamente dormida”), se logra un momento de intimidad profunda, aun cuando los asistentes pueden rodear su cuerpo lánguido, como si se tratara de una antigua lección de anatomía.

No recuerdo si fue en el sanatorio o en la residencia de la familia en el Hotel McKittrick. Pero mientras duerme, en su lecho, es posible leer qué escribe. No son pocas las referencias en *Macbeth* a la apariencia engañosa e inescrutable de un rostro. Los asistentes, que cada tanto se encuentran, pasean con sus máscaras como espectros desorientados. Velados, revisan cajones, se encierran en una pieza, se esconden junto a la cama, mientras lo afeitan, o en las tiendas de la calle principal de Green Galloway. Los únicos con el rostro descubierto son los actores.

La producción advierte “intensas situaciones psicológicas”. Los episodios y personajes que completan la atmósfera son tomados de los juicios a las brujas de Paisley, en Escocia, donde cinco personas fueron colgadas y quemadas en la calle Green Galloway en 1697. Considerando la trascendencia de las brujas en *Macbeth*, es destino inevitable, en este laberinto, encontrárselas en alguna encrucijada.

Por cierto, es inútil intentar entender algo o buscar un argumento. *Sleep No More* es un espectáculo de imágenes que decantan con el tiempo. Recién ahora, al repasar la obra, me doy cuenta de que tal vez llegué casi siempre tarde, o antes, si es que acaso hubo más de un momento cúlmine. Durante muchos pasajes deambulé solo por Green Galloway, perdido en un hotel vacío, escuchando de lejos las campanas que en otros pisos repicaban fuerte, escapando de los pasos y las máscaras (del ruido de las escaleras), en una extraña noche americana en donde todo parecía suspendido. ❸

## Pensamiento ilustrado

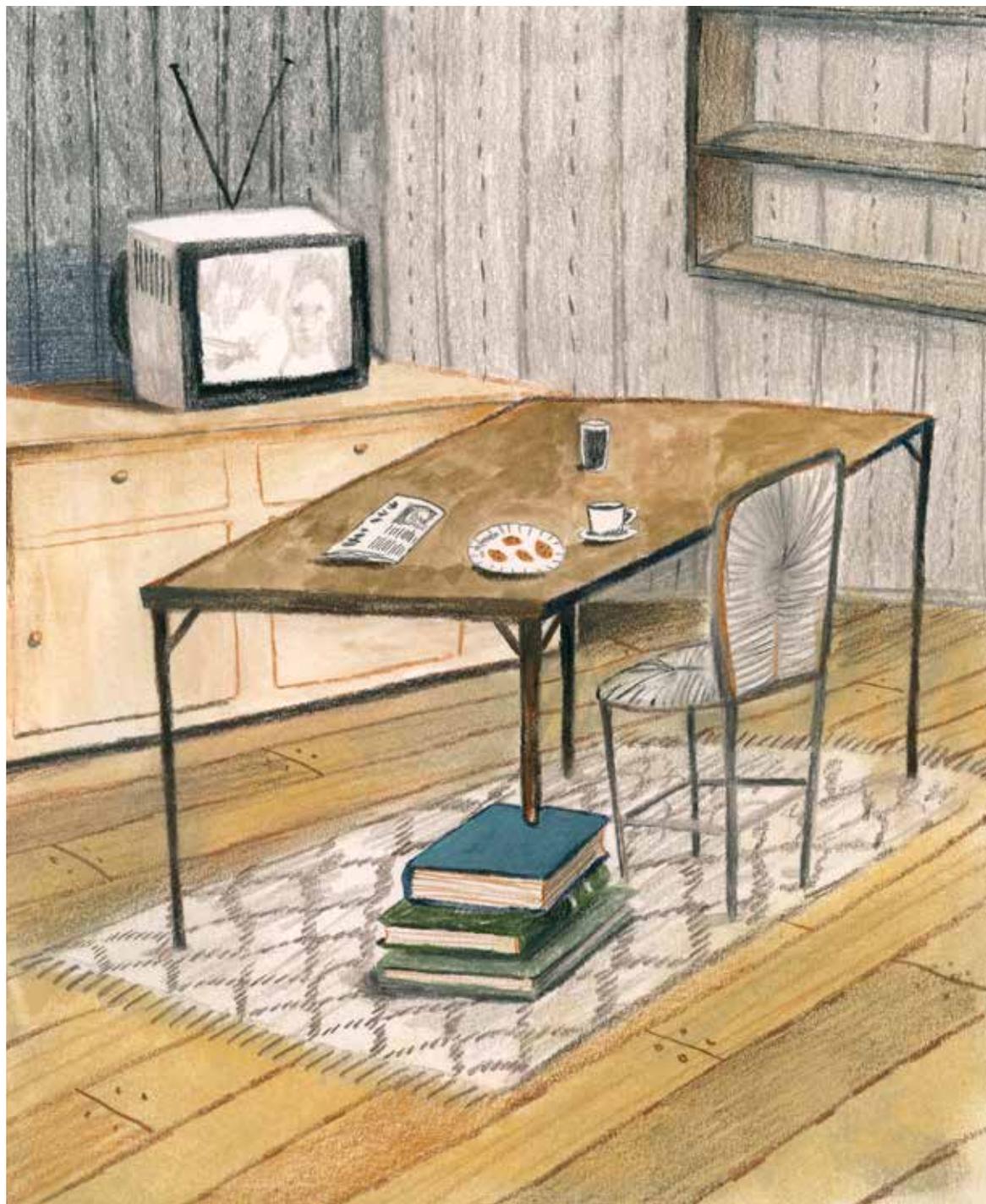


Ilustración: Sebastián Ilabaca

“No hay nada más espantoso que la ignorancia activa”.

G O E T H E

Síguenos en redes sociales

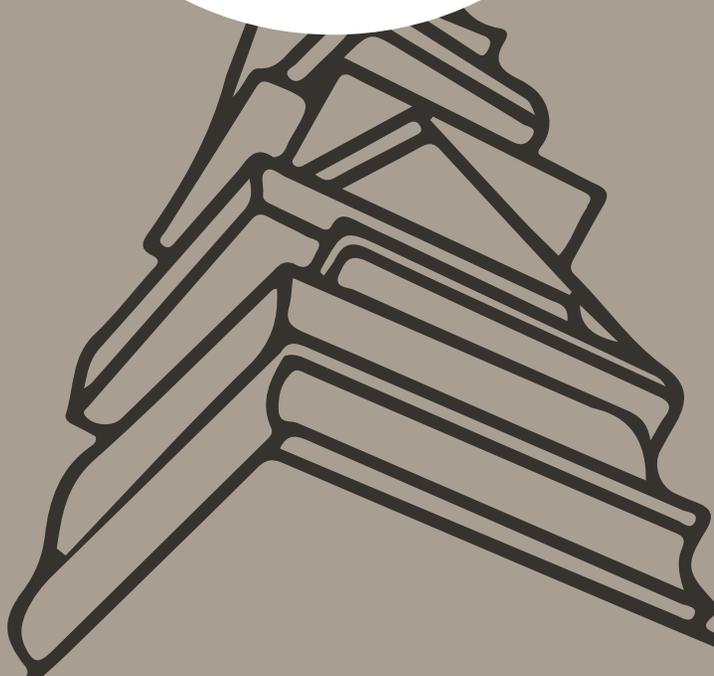
 **revistasantiago**

 **santiagorevista**

 **revistasantiago**

También visita nuestro sitio web. Todas las semanas nuevos artículos, críticas y entrevistas.

[www.revistasantiago.cl](http://www.revistasantiago.cl)





**Vidas de Spinoza**

Jean Colerus, Jean Maximilien Lucas, Pierre Bayle

Colección Vidas Ajenas



**Una visita a Voltaire y Rousseau**

James Boswell

Colección Vidas Ajenas



**Deslizamientos**

Álvaro Bisama

Colección Huellas



**Cuentos reunidos**

Enrique Lihn

Colección La Recta Provincia



**Fuera de lugar**

Óscar Contardo

Colección Huellas



**Formas de ocultarse**

Javier Cercas

Colección Huellas



**Rompas filas**

Bruno Vidal

Colección Poesía



**Intermediarios políticos en Chile: Gobierno local en un régimen centralizado**

Arturo Valenzuela

Colección Ciencias Sociales e Historia



**Totalmente, tiernamente, trágicamente**

Phillip Lopate

Colección Indicios



**El primer libro y otros poemas**

Soledad Fariña

Colección Poesía



**Aborto y derechos reproductivos**

Edición Sofía Salas, Fernando Zegers y Rodolfo Figueroa

Colección Pensamiento Contemporáneo



**Diarios tempranos. Donoso in progress, 1950-1965**

José Donoso

Edición Cecilia García-Huidobro

Colección Vidas Ajenas



**Conversación interrumpida**

Sebastián Edwards

Colección Vidas Ajenas



**Zona Saer**

Beatriz Sarlo

Colección Huellas



**Bolígrafo o Los sueños chinos**

Germán Marín

Colección La Recta Provincia



**Conversaciones con James Joyce**

Arthur Power

Colección Vidas Ajenas

Catálogo en línea

[www.ediciones.udp.cl](http://www.ediciones.udp.cl)

Gorbea 1770, Santiago | +56 2 267 62 136